



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ZARAGOZA

LA FUNCIONALIDAD DE LA PERSONALIDAD A TRAVES DE LA ORIENTACION ACTIVA

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE LICENCIADO EN PSICOLOGIA

PRESENTAN

MARTINEZ DOMÍNGUEZ ALEJANDRO
ORTIZ MONCADA GERARDO



LO HUMANO
ES
DE NUESTRA REFLEXION

DIRECTOR DE TESIS: DR. FELIPE CRUZ PEREZ
ASESOR: MTRO. HUMBERTO ROSELL BECERRIL

MEXICO, D. F.



2002/



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi madre
(De Gerardo)

A mi familia

(De Alejandro)

Agradecimientos (de Gerardo)

A mi madre por ser un gran ejemplo, por sus enseñanzas, por su cariño y apoyo.

A nuestra Alma Mater, la UNAM, por todo lo que significa en mi vida.

Al Dr. Felipe Cruz Pérez por su gran apoyo y motivación a lo largo de este trabajo.

Al Mtro. Humberto Rosell Korsakoff por su amistad e invaluable impulso a lo largo de mis estudios y en la elaboración de este trabajo.

A mi gran amigo Alejandro por haber podido compartir esta tesis y buena parte de mis estudios en la FES-Zaragoza.

A aquellos amigos que han estado conmigo durante una buena parte de mi vida y que me han impulsado a seguirle dando: Chewis, Chucho, Paco, Pollo, Flaco, Porro Mayor, Alejo.

A mis maestros de la FES-Zaragoza: Pepe Sánchez, Patricia Castillo, Sara Unda, Eduardo Contreras, Edgar Pérez, Alberto Vargas por todo lo que he podido compartir con ellos fuera y dentro de las aulas.

A mi hermano por aterrizarme en los momentos que lo necesito.

A Jessica Andrea que es una luz y un motivo para seguirle.

A los que ya se nos adelantaron de quien tengo mucho: Luis Alberto, Judas, Nancy.

A Aeropuertos y Servicios Auxiliares por haberme becado en un momento muy importante de la carrera y por las facilidades para imprimir este trabajo.

A la banda del laboratorio de Cognición y Desarrollo de la Facultad de Psicología por los alivianes durante el desarrollo de este trabajo: Mirzihuatl, Angix, Güeris y Mafer.

Agradecimientos (De Alejandro)

A mi familia, sin ustedes no hubiera sido posible. En especial a mi madre y padre su estímulo, exigencias y ejemplo me ayudaron a confiar en mí.

A Alondra por compartir conmigo tantas y tantas experiencias y por quien viene en camino.

A Alejandro por compartir tanto radical OH.

Al putín del Gerardo por tantos chivos.

A Adriana por ser mi carnala y uno de mis más grandes orgullos.

A Mari por su entereza y valor siempre han sido un estímulo para mí.

Al Beto por la amistad, el ejemplo y las pláticas que hemos compartido (por cierto te voy a tomar prestada tu frase).

Al Pepe por las juergas y las buenas borracheras que compartimos.

A Julio por las chelas.

A Humberto Rosell por las enseñanzas y el ejemplo.

Al Doc. Felipe por la confianza y el apoyo.

A Sara por creer en el proyecto, por el estímulo y por tu amistad.

Al resto de los sinolades, de todos aprendí algo.

A todos los maestros y amigos que me faltan mencionar.

Al final quiero hacer un reconocimiento especial a mí mismo, pus nomás por atreverme a hacer todo esto.

Por último, espero que el tiempo no borre a esta gente que tanto amo, porque sin ustedes no valgo nada su alma es mi alimento, gracias por estar conmigo.

*Voici mon secret. Il est très simple : on ne voit bien qu'avec le cœur. L'essentiel est invisible pou les yeux.**

Antoine de Saint-Exupéry

**He aquí mi secreto. Es muy simple: no se puede ver bien, sólo con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.*

Índice

	página
Resumen	2
Abstract	3
Introducción	4
A. Delimitación de la problemática	35
B. Propósito	38
C. Objetivos	38
Capítulo 1. La personalidad desde una perspectiva histórico-cultural	40
1.1 Concepto de hombre	62
1.2 La actividad social en la génesis y el desarrollo de las funciones psicológicas superiores	86
1.3 La personalidad y las demás funciones psíquicas superiores	110
1.4. La personalidad como sistema funcional complejo	121
Capítulo 2. Orientación activa de la personalidad	134
2.1. Desarrollo de la personalidad	143
2.2. Las funciones afectivas de la personalidad	168
2.3. Las funciones cognoscitivas de la personalidad	203
2.4. Las funciones volitivas de la personalidad	225
Capítulo 3. La lógica funcional de la personalidad	242
Conclusiones	264
Bibliografía	275

Resumen

En este trabajo se aborda la personalidad desde la teoría de la actividad, debido a que ésta permite estudiar la articulación de los aspectos histórico-culturales de las funciones cognoscitivas, afectivas y volitivas de la personalidad a través de la orientación activa. Esto, para integrar diversos elementos heurísticos referentes a una concepción del hombre y los sistemas de actividad en los que cada persona mantiene relaciones psicológicas cambiantes, dependiendo de la identificación de sus necesidades y la jerarquización de sus motivos.

Además, intenta explicar la funcionalidad dinámica en su orientación activa, a través de la cual el sujeto satisface sus necesidades a corto y largo plazo, para así dirigir su actividad conscientemente y enriquecer las funciones de su personalidad.

Palabras Clave: personalidad, funcionalidad, orientación activa, necesidades, motivos, actividad, funciones afectivas, cognoscitivas y volitivas.

Abstract

This work deals with personality from the theory of activity, since this permits to approach the bending of historical-cultural issues of cognitive, affective and willing personality functions through active orientation in order to integrate several heuristic elements referring to a conception of man and to those activity systems in which every person keeps changeable psychological relationships, depending on his need identification and his motive ranking.

It also tries to explain the dynamic functioning in its active orientation through which any subject satisfies his short and long term necessities, so that he may guide his activity consciously enriching his personality functioning.

Keywords: personality, functionality, active orientation, necessities, motives, activity, cognitive, affective and willing functions.

Introducción

El dinamismo teórico así como la diversidad de corrientes existentes han llevado al estudio de la personalidad y desde distintos ángulos, tomando en cuenta aspectos relevantes dependiendo del marco referencial; en este sentido, consideramos necesario organizar el estudio de la personalidad tratando de integrar aquella configuración semántica que posea los elementos heurísticos que impliquen un abordaje completo en el sentido de que la personalidad es un sistema funcional complejo, en el que confluyen contenidos cognoscitivos, afectivos y volitivos, los cuales no se encuentran estáticos, sino que se crean y se desarrollan ante la experiencia histórico-cultural y ese cambiar constante designa los aspectos que distinguen al individuo de las demás personas de acuerdo a los sistemas de actividad en los que se encuentra, entonces no podemos crear una definición apriorística que imponga límites sino que permita el entendimiento del hombre de y para sí mismo, con la mayor amplitud que el término requiere.

En este orden de ideas, las teorías más conocidas han sido estudiadas, tratando de establecer los lineamientos a seguir para la conformación de una teoría de la personalidad que satisfaga aquellos aspectos epistemológicos que la misma teoría del autor requiera (Marx y Hillix, 1963; Bischof, 1964; Skinner, 1961; Cattell, 1972; Fadiman y Frager, 1976; González, 1999) además de que algunos de ellos han realizado una taxonomía definitoria de las diversas corrientes.

A pesar de los esfuerzos por integrar la mayor parte de elementos conformadores de la personalidad, en muchos casos se ha abordado ya como algo meramente estático y, por ende, descrito en un momento concreto, ya como un solo funcional que emite respuestas. Para dar cuenta de ello podemos recordar la teoría de estímulo-respuesta que abordan Dollard y Miller (1950) quienes centran su trabajo en problemas experimentales y ubican a la personalidad como un proceso que depende del aprendizaje en la formación de hábitos que al ser reforzados se convierten en la base de la personalidad, tomando como eje rector la combinación de impulsos, claves, respuestas y recompensas como elementos integradores.

Es posible observar la influencia del psicoanálisis en esta teoría que, si bien trata de integrar aspectos tanto cognoscitivos como afectivos (basados en las neurosis), no considera los aspectos volitivos al esquematizar el proceso de estímulo-respuesta influido directamente por las claves (instrucciones para dirigir la conducta), además de que la primacía que se le da a los aspectos cognoscitivos esta condicionada exclusivamente por el aprendizaje. Si bien el esfuerzo de estos autores de conservar la base de la aproximación conductista trató de ser integrador en el estudio de la personalidad, que para muchos era de corte idealista y, por ende, inadmisibles en ese modelo, tal integración implicó una mezcla de nociones en la que se observa que la personalidad continúa siendo planteada como un proceso idealista.

Por otro lado, encontramos la teoría de los rasgos, la cual parte de que un rasgo es una disposición duradera dentro del individuo, que hace que piense, sienta y

actúe de cierta forma. Además, argumenta que esto hace que se establezcan patrones característicos en cada persona. Estos patrones no son observables sino a través del comportamiento del sujeto ante situaciones de diversa índole, ya que "la personalidad puede definirse como aquello que nos dice lo que una persona hará cuando se encuentre en una situación determinada" (Cattell, op. cit., p.15).

Raymond Cattell, uno de los exponentes más significativos de esta teoría, es quien señaló que hay muchos sinónimos o cuasisinónimos que pueden definir a la personalidad; y así, el número de posibles rasgos de la personalidad es de aproximadamente 200. Cattell planteó que cuando a las personas se les califica en esas 200 características, varios rasgos tienden a agruparse. Así, si a alguien se le califica con determinada categoría semántica, posiblemente también se le considere con otras del tipo. Cattell concluyó que 16 grupos de rasgos explican la complejidad de la personalidad humana y que la psicología matemática ha contribuido y lo hará de manera relevante (Cattell, *ibid*, p.329)

Sin embargo, los rasgos, como elementos de explicación y conceptualización de la personalidad, tan solo nos ubican en un plano concreto de determinadas características del individuo y, por ende, se tornan exclusivamente descriptivos, pero "no pueden utilizarse para explicar funciones diferentes de esos contenidos de acuerdo a su significación en relaciones más complejas dentro de la personalidad" (González, op. cit., p. 2)

En otro sentido, y desde el modelo genetista, al hablar de la base genética de la personalidad nos preguntamos si la herencia interviene en el desarrollo de la personalidad. A lo cual Jean Piaget podría responder afirmativamente, ya que él parte de una base biológica en la cual todo organismo tiende hacia un equilibrio tanto fisiológico como psíquico siendo que “el desarrollo es, por lo tanto, en cierto modo una progresiva equilibración, un perpetuo pasar de un estado de menor equilibrio a un estado de equilibrio superior” (Piaget, 1998, p. 11) y ese equilibrio lo lleva, de acuerdo con este autor, a tener una finalidad específica y predeterminada en el género humano.

Piaget considera que esa finalidad, el equilibrio, es gradual y que sucede por etapas de maduración en la cual no sólo los aspectos cognoscitivos sino todo el aparato psíquico se involucran en un “equilibrio móvil, y más estable cuanto más móvil es” (Piaget, p. 12) en el sentido que “también en el terreno de la vida afectiva, se ha observado muchas veces cómo el equilibrio de los sentimientos aumenta con la edad” (ibidem).

Entonces, si se considera el psiquismo como algo predeterminado genéticamente y que esto involucra una finalidad que es el equilibrio, podemos cuestionarnos acerca de la relevancia del estudio psicológico que pareciera carecer de sentido si finalmente, en algún u otro momento, con el transcurrir de los años, se alcanzará un determinado equilibrio.

El problema dentro de este modelo se incrementa al tratar de explicar los diversos aspectos de la personalidad debido a que las diferencias individuales no encuentran lugar y tan sólo obedecemos a leyes orgánicas de maduración, sin la posibilidad de determinarnos en el contacto con la sociedad y de autodeterminarnos como partícipes de ella misma.

Por otro lado Eysenck (1967) sostiene que los aspectos emotivos y de actividad son parte de una estructura estable-inestable en busca de equilibrio, como algo innato, entonces la estabilidad emocional se explica genéticamente, además de la conducta en general. Y aunque reconocía que "es demasiado prematuro intentar tener una teoría de la personalidad significativa" (citado en Bischof, op. cit., pp. 529), sí pretendía que fuera estudiada en el sentido clásico del positivismo, por medio de análisis factoriales, estadísticas, verificaciones y con un principio metodológico hipotético-deductivo, lo cual presupone una tipologización de las particularidades cualitativas de la personalidad en la que "cualquier suceso aislado pueda ser ordenado y comprendido" (Eysenck, 1979, p. 207).

Una postura también con un corte genetista que ha tenido muchos seguidores y que ha extendido las categorías que permiten el estudio de la personalidad es el psicoanálisis y sus vertientes neo-psicoanalistas. En este sentido, Sigmund Freud, creador del psicoanálisis, al tratar de explicar el porqué de las neurosis de sus pacientes, formuló una serie de constructos en los que explica el desarrollo emocional de los niños. Dicho desarrollo está basado en la sexualidad y el inconsciente en correlación con los sueños y su contenido onírico. De acuerdo a

este autor, existen tres partes en la estructura de la personalidad: el id, el ego y el superego. El primero se refiere a la fuente inconsciente de los motivos y deseos el cual opera bajo un "principio de placer", lo que implica la gratificación o satisfacción inmediata; el segundo tiene que ver con la razón y el sentido común, además de ser el mediador entre el id, el mundo exterior y, en cierta medida, el superego, el ego se desarrolla cuando el id no obtiene la gratificación requerida, este opera bajo el "principio de realidad". El tercero hace referencia a la incorporación de la moral a través de la identificación que tenga con el padre o la madre (aquel que sea del mismo sexo).

En la concepción Freudiana, el ser humano atraviesa diferentes etapas de desarrollo psicosexual y de su personalidad, estas etapas son definidas y nombradas dependiendo de aquella parte del cuerpo a ser gratificada (oral, anal, fálica y genital); "las experiencias durante estas primeras etapas críticas determinan los patrones de ajuste individual y las características de la personalidad que tendrá de adulto" (Papalia, et. al., 1977, p. 222).

Si bien las aportaciones de este autor han permitido un gran avance por ser el quien sentó las bases del psicoanálisis y por las implicaciones que su modelo mantienen hoy en día, de igual modo carece de elementos que ubiquen al sujeto como parte integral de su sociedad, ya que la postura idealista que maneja separa al individuo de su entorno y le resta la capacidad de autodeterminarse debido a que "el psicoanálisis no ve en la conciencia la esencia de lo psíquico, sino tan sólo

una cualidad de lo psíquico, que puede sumarse a otras o faltar en absoluto” (Freud, 1970, p. 245).

Esa falta de conciencia implica que el sujeto tan sólo esté determinado por sus impulsos bioenergéticos, lo cual desecha el desarrollo como el elemento histórico que ha permitido la complejización de la especie humana, además de que retorna al individuo a una permanente involución al estar atado a esos impulsos. Y aunque Freud...

...ofreció un marco dinámico más complejo del comportamiento humano, que permitió comprender lo psíquico en términos de conflictos y contradicciones entre sus distintos contenidos, las categorías que constituyeron los pilares de esta dinámica tenían un carácter ahistórico y se definían por contenidos inherentes a todos los individuos (González, op. cit., p.2)

Es de reconocer que si bien estos modelos han aportado, desde diversas perspectivas, una amplia gama de nociones, las cuales han permitido un estudio más extenso del tema de la personalidad, consideramos que estas nociones tan solo hacen un planteamiento descriptivo de la personalidad y reducen la labor del psicólogo a catalogar las características de la misma, para, en algunos casos, interpretar la combinación individual de ellas. Esto es, el hecho de establecer etapas, fases y/o periodos rígidos de desarrollo con determinadas particularidades en cada uno de ellos mantiene la rigidez que se rompe en el análisis de la dinámica del desarrollo de la persona. Ante esto podemos agregar que...

...no hay nada precario, por supuesto, en el concepto de personalidad como un conjunto de características. Sin embargo, no es heurístico, tan sólo por el hecho de que borró el límite entre los conceptos de "personalidad" e "individuo", separó la personalidad en sus componentes existentes uno con el otro, y privó el concepto de personalidad de su contenido categórico, su alto nivel de generalización (Petrovsky, 1990, p. 410).

Este carácter de generalización de la personalidad es posible entenderlo cuando se aborda su génesis y su desarrollo de carácter histórico-cultural; su procesualidad mediada a través del lenguaje, de la actividad social y de la relación inter-intrapsicológica que la persona establece en su contexto; y su funcionalidad referente a las capacidades de la personalidad de recontextualizarse, transformarse y autodeterminarse a través de la orientación activa.

Es por lo anterior que consideramos que la personalidad no es una categoría cerrada que determine rasgos o cualidades intrínsecas ni estáticas del individuo; por el contrario, requiere del análisis de la confluencia que tiene con otros procesos, como elemento articulador de estos, así como elemento heurístico que permite el abordaje de la lógica funcional y la formación de la diversidad de cualidades psicológicas en sistemas cada vez más complejos con un sentido y significado cada vez más amplios y que dan cuenta de los fenómenos subjetivos encontrando la ontogenia de los mismos en un devenir histórico-cultural.

Este devenir determina las condiciones de desarrollo de la persona, pero no "disuelve" la personalidad a un conglomerado, sino que entiende al individuo como ente genérico que mantiene diversos sistemas de actividad mientras va formando y conformando peculiaridades y diferencias no sólo individuales sino también personales; y es entonces que en ese proceso, lo social no se muestra como el impacto de la masa o lo colectivo en un individuo; por el contrario, lo hace también elemento determinante de la sociedad por ser parte de ella aunado a sus cualidades psíquicas "concientes, voluntarias y autorregulables por la forma de su funcionamiento" (Quintanar, 2001, p.7).

Ahora bien, la actividad del sujeto que se ubica en una esfera psíquica permite la ejecución de acciones en un entorno en el que "la formación de la personalidad es un largo y polifásico proceso de socialización temprana del individuo" (Ananiev, 1977, p.146). Esa cualidad "polifásica" está altamente relacionada con los elementos a estudiar de la personalidad; esto es, al considerarla como un sistema funcional complejo, debemos tomar en cuenta:

- Su origen y desarrollo histórico-cultural;
- Su movilidad y dinamismo ante las condiciones inter e intrapsíquicas (Asmolov, 2002);
- La diferencia entre el individuo y personalidad, ya que el primero obedece al elemento de una agrupación, en este caso a un ente genérico, con capacidades morfofisiológicas y psicofisiológicas para desarrollar funciones

psicológicas superiores y, por tanto, como portador de la personalidad, esta otra noción como un conjunto de cualidades adquiridas en la práctica social del primero (Leontiev, 1978);

- Las propiedades concretas individuales que se desarrollan en el devenir histórico-cultural en un sistema de relaciones interpersonales mediadas por los contenidos, valores y significado de la actividad conjunta de individuos en un entorno social concreto (Petrovsky, 1990);
- Su relación con otras personalidades, lo que significa no separar el desarrollo y conformación de la personalidad como algo, que si bien es único, no está separado ni disociado, sino íntimamente relacionado con otros en condiciones contextuales similares; conformando de tal modo un sistema funcional complejo a nivel social (Ananiev & Ilyenkov, 1977);
- Sus atribuciones inter-individuales, intra-individuales y meta-individuales en el plano de la interpretación psicológica de estas tres esferas concatenadas en un todo (Petrovsky, 1990, citado en Petrovsky, op. cit.);
- La integración indisoluble de sus contenidos afectivos, cognoscitivos y volitivos, adquiridos en un proceso de internalización y complejización de los mismos (Bozhovich, 1978);
- La creación de zonas de desarrollo próximo (Vygotsky, 1996) que le den significado a su actividad (Talízina, 1988) para poder trascender la inmediatez, para poder tomar diversas actitudes ante lo nuevo y/o diferente, y para poder programar su actividad hacia el futuro (Nadirashvili, 1986);

- La orientación activa que se le da durante el proceso de internalización de la información histórico-cultural, como mecanismo de autorregulación de las necesidades, motivos y actividad psíquica general en el desarrollo de sus propios contenidos (Galperin, 1976);
- Su lógica interna que le permite desarrollar un determinado nivel de funcionalidad, dependiendo de sus particularidades (Zeigarnik, 1981);
- Y el postulado de maximalización en el que el individuo busca una mayor personalización de la información adquirida, para con ello conformar y expresar su identidad precisamente como individuo-personalidad en situaciones comunicativas que le conduzcan a la consolidación de tal identidad y representación del “yo” (Petrovsky, op. cit.; Petrovsky, op. cit.; Asmolov, op. cit.)

Todos estos elementos mencionados nos llevan a entender la personalidad desde una perspectiva integral, en la que la actividad de la persona “emerge ya sea como la relación sujeto-sujeto (comunicación) o como la relación sujeto-objeto (actividad relacionada al objeto)” (Petrovsky, op. cit., p. 417). En ambos tipos de relaciones la mediación juega un papel muy importante, ya que es la constante que mantiene los vínculos entre la persona y su ambiente social, esa mediación variará dependiendo de los sistemas de actividad en los que se desarrollen tales vínculos.

La variación de los sistemas de actividad es la cualidad que hará que el sujeto recontextualice su personalidad; y es precisamente en esa transformación constante de las relaciones ya mencionadas, que la persona muestra cierto grado de funcionalidad o disfuncionalidad; esto es, la lógica funcional está relacionada con la orientación activa que el sujeto le da a sus contenidos personales, tomando como disfuncional la carencia de esta orientación ante los cambios dentro de la actividad social que ejerza.

Por lo anterior, este trabajo está enfocado al abordaje, a partir de la orientación activa de la personalidad, de los aspectos funcionales y disfuncionales de la misma como herramienta teórico-conceptual para el trabajo del psicólogo clínico y del psicólogo general. Tratando de exponer el valor heurístico de la funcionalidad y de la orientación activa en el estudio de la noción de personalidad como un sistema funcional complejo regulador de la actividad de cada persona. Esto desde un análisis de corte teórico-conceptual en el cual se desarrollan algunas de las categorías que consideramos que confluyen en la personalidad.

Acerca de la escuela histórico-cultural

La idea fundamental que dirige los trabajos en torno a la concepción histórico-cultural en psicología consiste en que las funciones psicológicas superiores (memoria lógica, pensamiento abstracto, lenguaje, atención voluntaria, lenguaje verbal, etc.) se originan y desarrollan por medio de la actividad social e histórica que el individuo mantiene en su contexto. Cole (1997, p. 20) indica lo siguiente: "la tesis fundamental sobre la que se fundó la escuela histórico-cultural, es que los

procesos de la estructura y el desarrollo de la psicología emergen en el proceso de la actividad práctica, desarrollada históricamente”.

La aparición de las funciones psicológicas responde a la internalización constante (punto que se analizará más adelante), por parte del individuo, del mundo de la cultura y de las relaciones sociales que se gestan a su alrededor. Se puede decir que el ser humano nace con características morfofuncionales, que dependen de la herencia, de las cuales se originan procesos psicológicos primarios (memoria, atención, percepción, sensación) cuyo orden de expresión se basa en la fuerza del estímulo y en respuestas condicionadas, a partir de lo que el adulto desea del menor, es decir, los procesos psicológicos primarios se determinan desde el exterior, no son voluntarios y dependen de las características biológicas del recién nacido. Por ello Vygotski (1995) afirma que:

El recién nacido es un ser natural en el sentido más completo y exacto de la palabra. El momento del viraje más significativo en esa etapa, desde el punto de vista del desarrollo cultural, es cuando el niño domina las primeras herramientas” (a los 9 meses de edad) (p. 330).

Así tenemos a un niño cuyo comportamiento pasa por tres etapas: los instintos, los reflejos condicionados y las formas más simples del pensamiento (p. 331).

Todo este período es de transición de la vida natural del niño a la cultural (p. 332).

De tal manera encontramos que en las primeras etapas del desarrollo ontogenético las características psicológicas del pequeño están determinadas por los procesos biológicos propios de su sistema nervioso central, no obstante, las características psicológicas superiores se desarrollan gracias a que el pequeño asimila la cultura que le rodea por medio de la utilización de instrumentos, entre los que el lenguaje juega un papel primordial, ya que le permitirá al pequeño pasar de una conducta dependiente del medio a una conducta autodirigida, por ello Quintanar (op. cit., p. III) afirma que:

La esencia del cambio (de las funciones primarias a las superiores) consiste en que el comportamiento del niño pasa de una conducta dependiente del medio a una conducta voluntaria. En otras palabras, el comportamiento que anteriormente se regulaba externamente ahora se regula internamente, con la posibilidad de seleccionar su propia conducta.

El desarrollo de las funciones psicológicas consiste en el autodomínio de las mismas vía la personalidad. En la medida en que el niño controla el lenguaje puede dirigir de manera volitiva su comportamiento hacia la satisfacción de sus propios motivos que le impelen a la actividad, por ello, pasa de una conducta dependiente del medio a una que depende cada vez más de las condiciones personales de existencia. En ese sentido, Vygotski (op. cit., p. 329) indica que:

La esencia del desarrollo cultural consiste en que el hombre domina los procesos de su propio comportamiento. Pero la premisa imprescindible para ese dominio es la formación de la personalidad, de modo que el desarrollo de una u otra función depende, y está siempre condicionado por el desarrollo global de la personalidad (p. 329)

El desarrollo de la personalidad se entiende a partir de la determinación cultural de la misma. El recién nacido no cuenta con personalidad, ya que ésta se gesta y desarrolla por medio de la actividad que establece el hombre en su entorno.

Para poder seguir abordando los mecanismos que promueven el desarrollo de la personalidad, es necesario abrir el siguiente espacio con el fin de delimitar algunos de los postulados básicos de la escuela histórico-cultural (tratando de no recurrir a una simplificación improductiva de tipo enciclopedista delimitante de definiciones) los cuales pueden ser enlistados de la manera siguiente: actividad práctica, mediación cultural, desarrollo histórico, orígenes sociales de las funciones psicológicas superiores, internalización y zona de desarrollo próximo. A continuación procedemos a una descripción general de los mismos.

Actividad Práctica

Según esta idea, las funciones psicológicas se originan a través de la actividad cotidiana que el individuo tiene en su contexto.

Leontiev (op. cit.) indica lo siguiente:

Es el análisis de la actividad lo que constituye el punto decisivo y el método principal del conocimiento científico del reflejo psíquico, de la conciencia. En el estudio de las formas de la conciencia social es el análisis de la conciencia social, de los modos de producción y del sistema de relaciones sociales inherentes a ella, en el estudio del psiquismo individual es el análisis de la actividad del individuo en condiciones sociales dadas y en las circunstancias concretas que le tocan en suerte a cada uno (p. 22).

Desde la escuela histórico-cultural la actividad no se entiende como una respuesta o reflejo solamente, sino que implica un componente transformador del medio con la ayuda de los instrumentos. Ya que el ser humano no se adapta a las necesidades impuestas por el medio, sino que las más de las veces, lo transforma, modificando las relaciones establecidas de existencia, no podemos entender la formación de sus funciones psicológicas superiores, y de su personalidad, como la copia fotográfica de las relaciones que se establecen a su alrededor; por medio de la actividad, él puede transformar la información internalizada.

Asmolov (op. cit.) indica que:

...en el centro del desarrollo se encuentra, no el individuo, no el medio por separado, no la cultura por separado, sino se encuentra el movimiento, la interacción del hombre en el mundo de la cultura. Precisamente, el movimiento

en el mundo de la cultura permite entender cómo la cultura constituye la personalidad, pero no únicamente eso; cómo la personalidad constituye la cultura. Nosotros llegamos a este mundo y nos convertimos en personalidades, pero ¿qué significa convertirse en personalidad? Eso significa crear mundos.

Por ello es la actividad cooperativa e individual que mantiene el individuo la responsable de que en él se formen determinadas características de personalidad. En la medida en que el hombre mantiene una actividad práctica con los objetos, transforma su contexto, y además se forma como personalidad.

Asmolov (ibid.) identifica la actividad como el movimiento que produce la imagen, es decir, el trabajo que mantiene el individuo dota de contenidos a su psiquismo. En la medida en que el hombre actúa sobre los objetos conoce el significado funcional de los mismos pudiendo por esta vía dirigir el control y manejo del comportamiento.

Consideramos necesario indicar que la manera en que el hombre desarrolla su actividad no se muestra como por entes aislados, sino en interacción constante con diversas personas y variados objetos, los cuales, en conjunto, forman sistemas de actividad dinámicos que varían de persona a persona.

El concepto de actividad está ligado de manera indisoluble al concepto de mediación cultural. La actividad práctica del hombre con los objetos y con el

hombre se establece a partir de la utilización de herramientas y símbolos formados a lo largo de la historia cultural de la humanidad, por ello a continuación se revisa el concepto de mediación cultural.

Mediación cultural

Las funciones psicológicas se hallan mediatizadas por la utilización de los signos y las herramientas, sí el hombre puede actuar en su entorno lo hace gracias a la utilización de artefactos a través de los cuales modifica su contexto.

Según Riviére (1988, p. 44) "la cultura proporciona las herramientas simbólicas necesarias para la construcción de la conciencia y de las funciones superiores (fundamentalmente los símbolos lingüísticos)". A través de la utilización de las herramientas culturales, el ser humano puede crearse, gracias a la actividad, como personalidad. Luria (1928, citado en Cole, op. cit., p. 20) indica que:

...el hombre difiere de los animales por que utiliza instrumentos, estos, no sólo cambian la condición de su existencia, incluso reaccionan sobre él, pues producen un cambio en él y su condición psíquica. La consecuencia de la creación y el uso de los instrumentos sobre la estructura básica del comportamiento es que en vez de aplicar directamente su función natural a la solución de una tarea particular, el niño pone entre esa función y la tarea un medio auxiliar... por medio del cual el niño puede llevar a cabo su tarea.

El empleo de útiles y herramientas le permitió al hombre trascender sus limitantes biológicas, es decir, por medio de la construcción de instrumentos, la actividad humana se liberó de las condiciones impuestas por sus características morfo-funcionales genéticamente determinadas pudiendo crear nuevos sistemas de actividad tendientes a la regulación de la vida humana en un medio ambiente en constante cambio y evolución.

La importancia de la mediación cultural no se limita a que por medio de los instrumentos el hombre puede modificar su entorno, sino gracias a la utilización de ésta el ser humano puede construir su actividad psicológica. Los instrumentos permiten la regulación de la actividad en el medio externo y, además, la regulación de la propia conducta y de la conducta con los otros, a través de los signos el hombre puede regular su propio comportamiento.

Vygotski (1979) realiza una distinción entre los mediadores que regulan la actividad psicológica argumentando que:

...la analogía básica entre signo y herramienta descansa en la función mediadora que caracteriza a ambas. Por ello, pueden ser incluidas, desde la perspectiva psicológica, bajo una misma categoría. Podemos expresar la relación lógica entre el uso de signos y herramientas... incluyéndolas bajo un concepto más general que corresponde al de actividad indirecta o mediata (p. 90).

Sin embargo aclara:

Una diferencia esencial entre signo y herramienta, y la base para la divergencia real de ambas líneas, son los distintos modos en que orientan la actividad humana. La función de la herramienta no es otra que la de servir de conductor de la influencia humana en el objeto de la actividad; *se halla externamente orientada* y debe acarrear cambios en los objetos. Es un medio a través del cual la actividad humana externa aspira a dominar y triunfar sobre la naturaleza. Por otro lado, el signo no cambia absolutamente nada en el objeto de una operación psicológica. Así pues, se trata de un medio de actividad interna que aspira a dominarse a sí mismo; el signo, por consiguiente, está *internamente orientado*. Dichas actividades difieren tanto la una de la otra en que la naturaleza de los medios que utiliza no puede ser nunca la misma en ambos casos (p. 91).

Los mediadores regulan la actividad del hombre en la cultura. Gracias a que el ser humano produce, controla y hereda instrumentos, asegura el control y transformación de los objetos y de sí mismo; de tal manera, los mediadores permiten al hombre: producir cambios en los objetos, regular la actividad, controlar, a través de los signos lingüísticos, la propia conducta y producir la personalidad como producto socialmente avanzado.

Desarrollo Histórico

El hombre no sólo crea instrumentos, además los trasmite de una generación a otra, asegurando la continuidad del desarrollo cultural de las funciones psicológicas.

Cole (op. cit. p. 21) argumenta que:

...además de usar y crear instrumentos, los seres humanos hacen arreglos para redescubrir en cada generación los artefactos ya creados. Convertirse en un ser cultural y hacer los arreglos para que otros se conviertan en seres culturales, es una parte íntimamente ligada al proceso de desarrollo humano.

De esta manera, en un primer acercamiento, el desarrollo histórico se comprende como la asimilación de la herencia cultural por parte de las generaciones jóvenes de los conocimientos acumulados a lo largo del desarrollo tecnológico del hombre. Al controlar estos mecanismos culturales el hombre se convierte en parte de la sociedad asegurando la continuación y transformación fecunda de la misma, es necesario recordar, que todo cambio en las relaciones sociales acarrea cambios en los contenidos psicológicos de cada quien.

Cuando el hombre transforma la sociedad, por medio de su actividad instrumental, transforma las relaciones funcionales de su psique por ello a través de la herencia cultural podemos entender la manera en que la sociedad se convierte en la unidad de origen de la personalidad, y no sólo eso, esta misma herencia asegura el

proceso inverso en donde el individuo, como célula básica de la sociedad, impacta las relaciones ocurridas en la escala social.

En un segundo sentido, el desarrollo histórico consiste en el proceso de asimilación gradual (y por ende en la formación y transformación de funciones psicológicas) por parte del individuo del contexto histórico-cultural en que se encuentra inmersa su actividad psíquica. La asimilación de la realidad por parte del individuo no es resultado inmediato de las estimulaciones medioambientales, es un proceso gradual de asimilación.

Shuaré (1990, p. 172) asegura:

Las funciones psíquicas son los productos finales de la asimilación de un determinado tipo de acciones con los objetos, durante la solución de ciertas tareas. En su forma inicial y fundamental estas acciones son acciones prácticas que deben ser asimiladas como tales y el desarrollo de las funciones psíquicas siempre comienza con la formación de las correspondientes acciones externas. Ese desarrollo sigue una serie de etapas (abreviación, generalización, automatización), como resultado de lo cual adquieren el carácter específicamente psíquico, o sea, se convierten en capacidades de la memoria, del pensamiento, etc.

Zaporózhets (citado en Davidov, 1987) aclara la idea anterior:

En el curso del desarrollo del niño los niveles de un sistema semejante se forman por etapas, uno tras otro, y aunque cuando surge un nivel más alto de actividad los niveles inferiores cambian, se desarrollan, subordinándose al control superior, ellos no pierden significación, sino que cumplen su papel subordinado en el sistema general de orientación y regulación de la actividad consciente (pp. 242-243).

Este desarrollo histórico implica que las funciones psicológicas se forman en un continuo temporal en donde se asimilan conocimientos poco a poco, pasando del plano externo al interno permitiendo, una vez que se ha concluido el proceso, al hombre dirigir su propio comportamiento a partir de la imagen mental de la situación.

Orígenes Sociales de las Funciones Psicológicas Superiores

El desarrollo de las funciones psicológicas superiores es un complejo proceso que implica la participación de estructuras corticales y, de manera determinante, la influencia del entorno histórico-cultural, que trabajando a través del medio interno del individuo produce los sistemas funcionales psíquicos. Estos sistemas funcionales se desarrollan gracias a la interrelación de elementos biológicos y culturales. El desarrollo de los sistemas funcionales complejos se desenvuelve bajo el amparo de la cultura, los elementos biológicos por sí mismos no pueden

explicar el origen de ellos; es la cultura que rodea al niño la responsable de que en él se formen determinados mecanismos comportamentales.

En la medida en que el niño comienza a manejar los mediadores culturales, y por la apropiación del lenguaje, comienza poco a poco a regular, de manera cada vez más autónoma, su actividad; ya no es absolutamente el adulto quién dirige el comportamiento del menor ahora él comienza a regular su actividad privilegiando sus motivos para la acción, es decir, el niño comienza a tomar conciencia de sí como individuo desarrollando su personalidad. Del mismo modo, el pequeño es capaz de romper con el influjo directo de los objetos, y ahora puede actuar con ellos sin necesidad de guiarse por sus características físicas inmediatas.

En suma el planteamiento central de la escuela histórico-cultural es que la actividad mental, que define a la especie humana, se caracteriza por que está *"culturalmente mediada, se desarrolla sociohistóricamente y surge de la actividad práctica"* (Cole 1990, citado en Rodríguez, 1999).

Para Vygotski el aprendizaje social antecede al desarrollo, explica la aparición de comportamientos nuevos, cualitativamente diferentes a los anteriores. Lo nuevo encuentra su base en el pasado; sin embargo, el comportamiento humano no puede entenderse como un mero adaptarse a la influencia modeladora del ambiente, ni puede explicarse a partir de la maduración del sistema nervioso central; el comportamiento humano debe entenderse como un continuo entre la influencia del ambiente y la maduración del sistema nervioso central en una

relación dialéctica, entendiendo como tal, la concatenación de dichos aspectos y no como entidades diferentes. El pensamiento práctico consolida la aparición de nuevas funciones, en la medida en que el niño comienza a dominar el lenguaje su actividad se enriquece adoptando nuevas cualidades y pudiendo el niño dirigir sus comportamientos.

De forma descriptiva podemos mencionar que al principio del desarrollo y como parte del origen social de las funciones psicológicas superiores, la inteligencia práctica y el uso del lenguaje son dos líneas independientes la una de la otra, aunque en el adulto estas dos líneas convergen, el pensamiento se torna verbal y el lenguaje se intelectualiza. Para Vygotski "el momento más significativo en el curso del desarrollo intelectual, que da luz a las formas más puramente humanas de inteligencia práctica y abstracta, sucede cuando el lenguaje y la actividad práctica, dos líneas completamente independientes convergen" (Rodríguez, *ibid.*). Cuando esto comienza a ocurrir el niño al actuar, habla y en la medida en que la actividad aumenta su grado de complejidad, aumenta el lenguaje egocéntrico del niño, de esto se desprende que los niños resuelven sus tareas con la ayuda del lenguaje y de los sentidos exteroceptivos. Al principio del desarrollo la percepción, el lenguaje y la acción determinan el curso de su aparición.

Aunado a esto, es posible mencionar que uno de los fundamentos del desarrollo ontogenético refiere que:

...toda función en el desarrollo cultural del niño aparece en dos planos. Primero aparece en el plano social y luego en el plano psicológico. Primero aparece entre la gente como una categoría interpsicológica y luego dentro del niño como una categoría intrapsicológica. Esto es igualmente cierto con respecto a la atención voluntaria, la memoria lógica, la formación de conceptos y la voluntad. Podemos considerar esta posición como una ley en todo el sentido de la palabra pero no está demás decir que la internalización transforma el proceso en sí mismo y cambia su estructura y funciones. Las relaciones sociales o las relaciones entre la gente subyacen genéticamente a todas las funciones superiores y a sus relaciones, (Wertsch, 1985, citado en Rodríguez 1996, p. 455).

Para Harré y Lamb (citado en Rodríguez ibidem) esta cita articula tres ideas fundamentales en la obra de Vygotski:

Primero, la idea de que las formas de la conciencia individual tienen su génesis en la apropiación de las formas de la actividad colectiva. Segundo, la idea de que la mente se conforma de la actividad y no mediante la recepción pasiva de estímulos. Tercero, la idea de que gran parte de lo que se considera propiamente psíquico tiene sus fundamentos en la interacción social y en la colaboración.

Internalización

Vygotsky (1986) describe el proceso de internalización como:

Una operación que inicialmente representa una actividad externa se reconstruye y empieza a ocurrir internamente, y en forma conjunta con esfuerzos internos representa simbólicamente la experiencia y la reconstrucción de la actividad externa simultáneamente con una reconstrucción de la actividad interna (p. 261).

Mediante la internalización, el hombre puede transformar aquellos comportamientos interpsicológicos en intrapsicológicos lo que le permitirá dirigir su propio comportamiento; por esto es importante considerar la importancia teórica del concepto de interiorización ya que este proceso permite explicar tanto el desarrollo cognoscitivo como el desarrollo global de la personalidad. La actividad en sociedad permite al niño individualizarse, en la medida en que el pequeño controla el lenguaje interno puede diferenciarse de las otras personalidades, es decir, desarrollo su propio "yo" con lo cual se está dando luz como personalidad.

Al respecto de la internalización Asmolov (op. cit.) indica que:

Existen tres aspectos en la internalización: primero, como el paso de las formas colectivas de la actividad a partir de la colaboración, a través de la zona de desarrollo próximo hacia las formas individuales; segundo, como el paso a partir del plano externo de la acción hacia el plano interno de la misma, este es el aspecto cognoscitivo; y, tercero, internalización, este es el paso en el cual aparece el propio "yo" del niño, aparece la autoconciencia, el self.

El proceso de internalización ocurre por medio de la utilización de los instrumentos. Al estar en contacto con la cultura, el niño la manipula, por medio de la utilización de instrumentos, ya sean herramientas o signos. Esta mediación instrumental es la que asegura la formación de los sistemas funcionales psicológicos, ya que, facilita la internalización y reconstrucción de la cultura.

Los elementos del proceso de internalización se pueden abreviar de la manera siguiente:

- Aquel de la orientación materializada, es decir, de la orientación que completamente (o en partes) se apoya en los objetos originales o en su representación.
- El de la orientación en el lenguaje hablado, es decir, cuando estos índices sólo se pronuncian en voz alta.
- La orientación a nivel mental, cuando los índices de la orientación se utilizan mentalmente.

Estas fases representan momentos cualitativamente diferentes en la asimilación de la influencia histórico-cultural. La internalización ocurre por fases, cada una de las cuales representa momentos diferentes en la asimilación de la información una vez que la orientación ocurre a nivel de lo voz interiorizada se puede decir que el niño ha personalizado la información, pues la voz interna representa el momento en que el niño controla y dirige la función psicológica. De esta manera la internalización permite entender la manera en que la información es

personalizada, ya que en el proceso de internalización la persona adjudica determinados sentidos y valores al contexto en el cual vive, del mismo modo este proceso de internalización abarca la diferenciación que ocurre en la personalidad pues en la medida en que se internalizan se modifica las funciones y los contenidos de la personalidad.

Zona de Desarrollo Próximo

La zona de desarrollo próximo consiste, fundamentalmente, en la idea de que en el desarrollo del niño existen funciones que se encuentran en estado potencial las cuales se pueden desarrollar a través de la cooperación.

Vygotski (op. cit., p. 133-134) lo dice de la manera siguiente:

... la zona de desarrollo próximo, no es otra cosa que la distancia entre el nivel real de desarrollo, determinado por la capacidad de resolver independientemente un problema, y el nivel de desarrollo potencial, determinado a través de la resolución de un problema bajo la guía de un adulto o en colaboración con otro compañero más capaz... esta zona define aquellas funciones que todavía no han madurado, pero que se hallan en proceso de maduración, funciones que en un mañana próximo alcanzarán su madurez y que ahora se encuentran en estado embrionario (Vygotski, op. cit., pp. 133-134).

En el desarrollo psicológico del niño es importante considerar no sólo el nivel cristalizado de desarrollo en donde el niño puede realizar determinadas actividades con los objetos, las personas y la información de manera independiente, sino también, aquel estado potencial al que puede acceder por medio de la colaboración con otras personalidades, el niño tiene la capacidad de resolver tareas complejas (que se encuentran fuera de su nivel real de desarrollo o que incluso se encuentran en otra etapa evolutiva) trabajando en conjunto con otros niños o con adultos quienes sí pueden resolver por sí mismos la actividad.

Este trabajo cooperativo facilita la reestructuración interna de la función psicológica que aún no ha madurado, permitiéndole al pequeño formar eslabones funcionales nuevos desde los cuales afrontar de manera independiente la nueva situación.

Riviére (op. cit., p. 61) dice que:

...en cierto modo, el desarrollo de las funciones superiores humanas es, necesariamente, artificial. Es un artificio de la cultura y de la relación con los demás. El método genético-experimental de Vygotski situaba el análisis de los procesos de desarrollo en la zona de desarrollo potencial, a través (naturalmente) de la influencia activa del experimentador y del aprendizaje activo del sujeto. Sucede que el aprendizaje, a través de la influencia, era para Vygotski el factor fundamental del desarrollo.

La zona de desarrollo próximo requiere del trabajo cooperativo del niño con aquellas personas que están en el nivel funcional al que se quiere hacer acceder a él, del mismo modo, necesita de la mediación instrumental para facilitar el proceso de adquisición de nuevas cualidades funcionales. El dotar al pequeño de un andamiaje suficiente le permitirá desarrollar de manera óptima sus funciones; por ello, el desarrollo de las funciones psicológicas superiores se considera un concepto histórico-cultural pues es en la cultura y la sociedad donde el hombre puede generar y desarrollar sus funciones psíquicas.

A. Delimitación de la problemática

Una de las tareas centrales de la psicología es la investigación. Estudiar las determinantes de la personalidad le permitirá llegar a una comprensión más amplia de aquellos elementos que definen la vida anímica de las personas.

Al trabajar con la personalidad el psicólogo clínico la había abordado, tradicionalmente, ya sea desde el modelo bioenergético, según el cual las características psíquicas tanto funcionales como disfuncionales son las mismas para todos los individuos. Por ello, la personalidad resultante de este proceso es independiente al hombre mismo (construyendo de esta manera su capacidad de elección a un mero adaptarse), pues ésta es determinada por estructuras psíquicas resultantes de una disputa entre las necesidades internas del sujeto y las imposiciones o represiones del entorno, por lo que la persona se encuentra presa entre las fluctuaciones acaecidas entre ellas, de esta manera se considera a la persona como pasiva y respondiente, del mismo modo, desde ese modelo, la persona es un mediador entre dichas instancias reduciendo así a su conciencia al plano de juez en el mejor de los casos, a la vez, desde esa corriente de pensamiento se utiliza como un criterio central la categoría de determinismo psicológico, el cual depende de las luchas internas entre el id y el súper ego y desde el que se reduce la vida anímica y comportamental a su funcionamiento psicológico.

Otro de los modelos utilizados es el del aprendizaje, desde el cual ni siquiera se toma en cuenta a la persona, ni su personalidad específica, pues en última

instancia ésta es moldeada por las cuestiones estimulares del ambiente, dejando de lado sus características subjetivas, las que son una fuente importante al tratar de explicar la personalidad en su conjunto. Desde este paradigma el trabajo psicológico sería un trabajo de reaprendizaje a partir del cual se tienen que propiciar condiciones óptimas para reforzar, condicionar, modelar, desensibilizar, etc. patrones de conducta, deseados o no por la el individuo.

Parece evidente que una de las limitantes centrales de las aproximaciones mencionadas (psicoanálisis, conductismo) es la poca importancia que se le da al papel de la persona como conformador consciente en su interpretación contextual, refiriéndonos a la capacidad que tiene la persona de comprender las circunstancias para de ahí programar y ejecutar planos de acción. La persona actúa de acuerdo a las necesidades y motivos creados a lo largo de la historia individual de cada uno. Es la persona quien le imprime el matiz propio a las relaciones que mantiene con la comunidad. Por ello, necesitamos una aproximación desde la cual sea posible comprender el papel activo-directivo del hombre en la conformación de su personalidad.

El hombre no está encadenado ni a su inconsciente ni a las complejas redes del aprendizaje, él, como personalidad, se determina en complejas redes funcionales que ocurren dentro de los sistemas de actividad que el individuo mantiene, por ello es menester desarrollar una aproximación que permita comprender los baremos que determinan a la personalidad, sin disgregarla en unidades independientes. Lo anterior da otra posibilidad a la psicología clínica para contar con un basamento

teórico desde el cual se conciba a la personalidad a partir de sus características propias; las cuales son de origen socio-histórico. Otro de los problemas de las aproximaciones clásicas consiste en que buscan encontrar constantes universales en la personalidad.

Tales constantes vendrían dadas por el paquete instintivo o por el determinismo social (aunque parten de una sociedad inamovible), a partir de ello se buscaría contar con modelos de entrevista, baterías psicológicas y otros elementos de trabajo aplicables a todos los individuos independientemente de su sociedad y de los elementos constitutivos de su personalidad. Este tipo de discurso orilla al psicólogo clínico a elaborar tipologizaciones rígidas de la conducta, con ello eliminando de su estudio la importancia de la cultura y de los aspectos individuales, pues las características tanto funcionales como disfuncionales de la personalidad son independientes.

Por lo anterior, el presente trabajo pretende investigar los elementos constitutivos de la personalidad desde una aproximación histórico-cultural (de Vygotski, Luria, Leontiev, Galperin, González, Asmolov), ya que la consideramos de utilidad en la psicología clínica. Además consideramos que ayudaría a sobrepasar algunas de las limitantes esbozadas más arriba, pues en primer lugar, no busca establecer criterios inmutables desde los cuales interpretar la realidad psíquica de las personas, del mismo modo considera que las características de la personalidad y la manera que ésta tendrá para dirigir el comportamiento cambiarán de acuerdo a la cultura en la que se encuentre inmerso el hombre, además, no reduce la

explicación de lo psíquico a alguna función en específico, tales como el aprendizaje o la percepción, sino que lo interpreta como resultado de un sistema funcional complejo en el que todo procesamiento de información es necesario para explicar a la persona, por ello considera que la personalidad es resultante de dicho sistema.

Una aproximación de este tipo debe guiarse por principios básicos tales como: el paso de lo inter a lo intrapsicológico (Vygotski, op. cit.), la importancia del lenguaje en el desarrollo de las funciones psicológicas superiores (Luria, 1984), el principio de la orientación activa (Galperin, op. cit.), la actividad como elemento constitutivo de la personalidad (Leontiev, op. cit.), la identificación de necesidades (ibid), las zonas de sentido y las redes configuracionales de la personalidad (Asmolov, op. cit. y González, 1993), entre otras tantas. De tal manera esta aproximación está abocada al abordaje de la personalidad y su funcionalidad, en sus tres esferas fundamentales, a saber, el área cognoscitiva, afectiva y volitiva (González, ibid).

B. Propósito

Explicar a partir de la orientación activa de la personalidad los aspectos funcionales y disfuncionales de la misma como herramienta teórico-conceptual para el trabajo del psicólogo clínico y del psicólogo general.

C. Objetivos

Objetivo general: Exponer el valor heurístico de la funcionalidad y de la orientación activa como elementos teórico-conceptuales en el estudio de la noción de

personalidad como un sistema funcional complejo regulador de la actividad del individuo.

Objetivo particular 1: Conceptuar la noción de personalidad.

Objetivo particular 2: Conceptuar la noción de orientación activa.

Objetivo particular 3: Considerar la noción de orientación activa como herramienta teórico-conceptual básica en el análisis de los componentes funcionales de la personalidad en su génesis y desarrollo.

Objetivo particular 4: Emplear la noción de orientación activa para comprender la manera en que la personalidad se desenvuelve en condiciones histórico-sociales e histórico-individuales específicas.

Objetivo particular 5: Explicar la manera en que el proceso de orientación activa de la personalidad, en el plano psíquico, produce la funcionalidad o disfuncionalidad de la misma.

Capítulo 1. La personalidad desde una perspectiva histórico-cultural

La personalidad como un sistema psicológico superior y como parte determinante para el control del comportamiento, encuentra su origen en la interrelación del sujeto con el medio histórico-cultural del cual es parte. A través de la adquisición y dominio del lenguaje el ser humano es capaz de desarrollar sus cualidades psicológicas superiores; en la medida en que la persona domina el uso de los instrumentos (en especial los signos) puede orientar su comportamiento hacia aquellos fines que establezca. En este sentido la determinación y jerarquización del sistema de motivos le permitirá saber cuáles son los fines que guían su funcionamiento personal.

La orientación activa de la personalidad en los medios interno y externo facilita la comprensión y solución de motivos, de ello se desprende que la funcionalidad propia de la personalidad viene dada: primero, por la salud del sistema nervioso central, ya que es el eslabón necesario en el cual se desarrolla la vida psíquica; segundo, por el correcto funcionamiento del sistema funcional psíquico, la personalidad no es la suma aislada de partes componentes de las funciones psicológicas superiores; por el contrario, es un sistema funcional complejo que para su funcionamiento necesita la participación de todas aquellas cualidades psicológicas; tercero, por la capacidad de construir y jerarquizar de manera individual motivos estables que dirijan el comportamiento hacia fines concientes; cuarto, por la participación armónica de la persona con sus medios de acción, lo cual vendrá dado por la lógica funcional propia de ésta y no se establecerá desde

fuera como parámetros universales de comportamiento; y, quinto, por el desarrollo constante de su orientación activa.

El origen de los procesos psicológicos superiores se entiende a través de la determinación social o, en otras palabras, estos procesos son por su esencia culturales. Los sistemas funcionales complejos se desarrollan en la medida en que las personas actúan en comunidad, desde esta postura, la idea del individuo aislado es absurda; esto es, el niño desde que nace establece una relación estrecha: primero, con el mundo que le rodea (padres, hermanos, médicos, etc.) estas relaciones psicológicas serán una fuente importante para desarrollar los sistemas funcionales psíquicos que a la larga determinarán las características de la personalidad; la cultura permite dirigir el desarrollo de dichos procesos en la medida en que proporciona la fuente a partir de la cual lo biológico supereditar su desarrollo, y, segundo, consigo mismo, es decir la persona parte de una actitud orientada hacia el medio a una postura orientada hacia sí mismo, lo cual ocurre cuando el niño comienza a dominar el lenguaje, principalmente el interno (Vygotski, op. cit.).

Luria (op. cit.) dice que:

La psicología, como ciencia que estudia la actividad consciente del hombre, los diversos modos de obtención, elaboración y almacenamiento de información, los móviles de la actividad humana y la regulación de los actos psíquicos, ha

de tratar siempre con formaciones funcionales complejas, estructuradas en el curso de la historia social.

Sin embargo, todas las formas complejas de actividad consciente del hombre son obra del cerebro, cuyo funcionamiento está supeditado a las leyes de la actividad nerviosa superior (p. 13).

Entonces, se concibe al entramado biológico-social como un elemento clave en la comprensión del desarrollo de la personalidad. Para abordar de manera más amplia esta relación entre lo biológico y lo social podemos mencionar que si la base de los procesos psicológicos se encuentra en la materialidad del sistema nervioso el cual depende de otros mecanismos a nivel fisiológico, la fuente de "alimentación" está en lo social (Smirnov, et al, 1960, p.17); esto es, el ser humano nace con procesos psicológicos primarios, que son comunes a todos como especie; sin embargo, estos contenidos primarios se convierten en superiores en la medida en que la persona entra en contacto permanente con la cultura que le rodea, apropiándose de mediadores, tales como el lenguaje, que le permitirán desarrollar sus cualidades de personalidad, las que son únicas e irrepetibles entre un sujeto y otro.

Sin embargo, es necesario recalcar que lo dialéctico de esta perspectiva no radica en el hecho de reconocer el papel jugado por lo biológico-social en los procesos psicológicos, lo dialéctico consiste en el reconocimiento de que es la actividad que realizan las personas el factor determinante en la formación de su sistema

funcional complejo y, por ende, de su personalidad; además, la dialéctica permite entender, desde una perspectiva histórico-cultural, la concatenación de diversos aspectos involucrados en el desarrollo de las funciones psíquicas superiores y de la personalidad, como son la relación de lo social y lo biológico, lo colectivo y lo individual, pero además nos permite entender todos los elementos gnoseológicos que confluyen en dicho desarrollo, como son: la historia, la praxis, la actividad, la mediación, las necesidades y motivos, etc.

De tal manera, partimos del supuesto de que lo dado, a partir de lo cual se desarrolla la personalidad, se encuentra en las esferas biológica e histórico-cultural, pero el sujeto no es un ser pasivo que actúa de acuerdo con lo que el medio le proporciona, gracias a la actividad que el hombre realiza en su vida cotidiana, él puede establecer parámetros individuales de relación reconstruyendo por esta vía lo dado determinando a su vez ese mundo.

El origen histórico-cultural de los procesos psíquicos implica partir de la idea de un sujeto activo que constantemente está interiorizando, y por tanto reconstruyendo, formas comunicativas de conducta social, en las cuales el sujeto también desempeña un papel determinante por ser el elemento social básico; es decir, el sujeto y su personalidad se definen en la medida en que en dicho proceso de interiorización, la persona construye su mundo de representaciones propias desde el cual determinará las formas de su comportamiento, dependiendo de la significación que éstas tengan para él. En otras palabras, se trata de ver a la personalidad no como determinada de manera unidireccional por las

circunstancias, sino como un determinante activo de esas circunstancias, esta idea implica rescatar la importancia de la actividad individual como medio de formación de la personalidad.

La actividad se concibe como el elemento clave en la formación y desarrollo de las funciones psicológicas superiores y de la personalidad, desde aquí, la falta de actividad del sujeto con su medio es sólo aparente, pues hasta en los actos contemplativos y reflexivos la persona construye y reconstruye constantemente la información que tiene en sí y la que recibe del medio, por ello, aún no existiendo una actividad comportamental evidente dichos procesos ponen de manifiesto los pasos activos desde los que el hombre puede vivir. Por ello, en la medida en que el hombre trabaja con el material subjetivo puede darse luz como personalidad.

Ésta implica un constante flujo de información de adentro hacia fuera y viceversa, el hombre sólo puede conocer el significado funcional de los diferentes elementos que componen su área perceptual en la medida en que ejerce cierta actividad sobre ellos, esta actividad permite entender al hombre no como alguien preso de las circunstancias sino como alguien capaz de controlarlas y dirigir las hacia la satisfacción de sus necesidades. Entonces, no es necesaria la ejecución de un movimiento evidente, para que la actividad se mantenga; de hecho, resulta indispensable considerar que los procesos de internalización, proyección, verificación, etc. que se efectúan en el cerebro, desde luego, no son observables a simple vista y son los que mantienen la funcionalidad y procesualidad más

compleja del hombre: la actividad psíquica. En este sentido, Rivière (1988, p. 41), dice:

...la actividad no es respuesta o reflejo solamente, sino que implica un componente de transformación del medio con ayuda de instrumentos. El concepto de actividad estaba muy estrechamente relacionado con el de mediación. El empleo de útiles y medios representa, al mismo tiempo, el desarrollo de un sistema de regulación, de la conducta refleja (pero que no se confunde con ella) y la unidad esencial de construcción de la conciencia. Podríamos decir que las herramientas, los utensilios, son tan necesarios para la construcción de la conciencia como cualquier artefacto humano. Permiten la regulación y transformación del medio externo, pero también la regulación de la propia conducta y de la conducta con los otros.

Dicha actividad, a su vez, resulta ser un elemento de mediación clave; si bien podemos hablar de un determinismo histórico-cultural en la formación de las funciones psíquicas superiores, el sujeto, por ser también elemento integral de la sociedad, realiza un grado importante de mediación en sus propios procesos impactando y transformando así su entorno. Esto es, no podemos considerar el desarrollo de dichas funciones en un plano exclusivamente reflexológico, porque entonces estaríamos aceptando una formulación de impacto directo de la sociedad en el individuo y una respuesta directa e inmediata por parte de ese individuo ante tal impacto, en este sentido Luria (op. cit.) argumenta:

Los procesos metabólicos o un flujo directo de información que evoquen un reflejo orientador no son las únicas fuentes de actividad humana. Una gran parte de la actividad humana se evoca por intenciones y planes, por proyectos y programas que se forman durante la vida consciente del hombre, que son sociales en su motivación y que se efectúan con la íntima participación, inicialmente externa, y más adelante interna, del lenguaje. Cada intención formulada en el lenguaje define una cierta meta y evoca un programa de acción conducente a la consecución de esta meta. Cada vez que la meta es alcanzada, la actividad se detiene, pero cada vez que no es alcanzada, conduce a una mayor movilización de los esfuerzos (p. 56).

Esta actividad, a su vez, implica la creación de nuevas necesidades y motivos, ya que, la sociedad al estar en constante cambio, obliga a los individuos a orientarse activamente de manera igualmente constante y en este proceso “los hombres no se adaptan simplemente a la naturaleza. La cambian en correspondencia a sus crecientes necesidades” (Leontiev, op. cit., p. 17).

Por ello Mechinskaia (1973, p. 181) argumenta que:

Todas las formas de actividad humana tienen alguna u otra fuente objetiva: las condiciones de vida del sujeto; su lugar en el sistema de relaciones sociales; toda su experiencia anterior; los conocimientos que ha asimilado producto de la experiencia social y personal; los hábitos, habilidades y costumbres que se han formado en su experiencia, en toda su actividad exterior; bajo la influencia de la práctica social, de la cual es participante (Smirnov, 1976). En

correspondencia con esto, es incorrecto interpretar la imagen como una copia estática de la realidad sensorial y no podemos por ello, sobre la base de este criterio... contraponerlo a la acción que transforma al objeto.

Las fuentes objetivas de la actividad pueden ser reconocidas a partir del análisis de los motivos o fines que dirigen dicha actividad, el proceso de formación del hombre como personalidad, implica la participación activa del sujeto en condiciones sociales de existencia, este principio permite entender la formación no estática ni isomórfica de los sistemas funcionales, éstos corresponden a la internalización activa del sujeto de su contexto cultural, proceso en el cual éste pierde su carácter estático y toma el matiz subjetivo de la persona que lo internaliza.

La formación de la personalidad implica la participación activa del sujeto en su comunidad. En la medida en que el hombre entra en contacto con el mundo cultural, aprende el significado funcional de los signos y las herramientas, lo cual le permitirá mediatizar su pensamiento. En este sentido:

Wertsch (1991) señala que una aproximación sociocultural a la mente comienza con el supuesto de que la acción está mediada, y que no puede ser separada del medio en que se lleva a cabo". La premisa fundamental es que los fenómenos psicológicos son construidos a medida que los individuos participan en interacciones sociales y utilizan herramientas (Ratner, 1991, citado en Rodríguez, 1996, p. 459).

Esta acción mediada está relacionada con las funciones psicológicas de cada individuo, en las que el aprendizaje "crea una zona de desarrollo próximo y así avanza el desarrollo, lo cual se manifiesta en la discrepancia entre la habilidad de un niño para realizar una tarea de manera independiente y bajo la dirección de un adulto, respectivamente" (Mikadze, 1997). En otras palabras, el hombre en su proceso de desarrollo y de humanización no se encuentra aislado, sino ante el mundo que lo circunda, en el cual entabla relaciones mediatizadas con otras personas, dicha mediación no solamente cumple la función de proveer información al sujeto, sino además, permite el desarrollo de los contenidos de la personalidad.

En una etapa primera en la infancia, la relación social en su forma exterior original permite que se gesten otro tipo de relaciones como son la actividad conjunta con el contexto en el que se encuentre el individuo, además de la actividad orientada a través del proceso de comunicación, lo cual "constituye la condición necesaria y específica de la vida del hombre en la sociedad" (Leontiev, 1967, p.27).

Este proceso de desarrollo, aunado a las relaciones que se establezcan en comunidad implica la idea del trabajo no mediato de los sistemas; en este sentido cabe anotar que la manera en que los procesos psicológicos superiores se desarrollan consiste en la adquisición de herramientas y signos los cuales son "un producto de la cultura material que en forma completamente ilustrativa y sustancial expresa los rasgos típicos de la creación humana (Leontiev, *ibid.*, p.22), esta creación no se queda en un plano meramente colectivo, sino que es recibida y personalizada por parte del sujeto, a partir de la cual podrá generar sistemas

funcionales, cada vez más complejos, desde los que dirigirá su personalidad; Vygotski (op.cit.) dice "el sistema de actividad del niño está determinado en cada etapa específica tanto por el grado de desarrollo orgánico como por su grado de dominio en el uso de los instrumentos (p. 42)".

Resulta evidente que, gracias a la actividad humana en el mundo de la cultura, es decir, gracias a que el hombre por su característica genérica se desarrolla a partir de la constante interrelación entre personalidades, podemos entender porque el individuo aislado no podría crearse como personalidad. Para que el niño pueda construir su sistema "yo" (base de la personalidad) necesita, primordialmente, el manejo del lenguaje, este control lo adquiere en la medida en que la cultura le enseña como utilizarlo, por ello las conductas interpsicológicas, por su origen, pasan a ser determinantes del comportamiento individual; el hombre es un ser social, por ello para entender a su personalidad debemos comprender las características culturales en las que vive.

Por lo anterior, en psicología debemos poner especial atención a la actividad que desarrollan los individuos. Este análisis nos dará herramientas para comprender la funcionalidad propia de la personalidad, en la medida en que el hombre actúa en el mundo le adjudica determinados sentidos afectivos, volitivos y cognoscitivos, estas actitudes determinarán el curso que ha de seguir el desarrollo de su personalidad, por ello el origen de la funcionalidad o disfuncionalidad de ella debe ubicarse en la actividad que las personas realizan y no en su interior únicamente.

Es el análisis de la actividad lo que constituye el punto decisivo y el método principal del conocimiento científico del reflejo psíquico, de la conciencia. En el estudio de las formas de conciencia social es el análisis de la conciencia social de los modos de producción y del sistema de relaciones sociales inherentes a ellas: en el estudio del psiquismo individual es el análisis de la actividad de los individuos en condiciones sociales dadas y en las circunstancias concretas que le tocan en suerte a cada uno (Leontiev, op. cit., p. 22).

De esta manera, la forma en que el psiquismo se desarrolla parte de elementos culturales y no de la mera maduración del sistema nervioso central. Un mediador por excelencia es el lenguaje. El lenguaje es la materialización del pensamiento; por medio de él, el humano es capaz de dirigir su comportamiento de acuerdo a sus voliciones y deseos;

... la capacidad específicamente humana de desarrollar el lenguaje ayuda al niño a proveerse de instrumentos auxiliares para la resolución de tareas difíciles, a vencer la acción impulsiva, a planear la solución del problema antes de su ejecución y a dominar la propia conducta. Los signos y las palabras sirven a los niños, en primer lugar y sobre todo, como un medio de conducta social con las personas. Las funciones cognoscitivas y comunicativas del lenguaje se convierten en la base de una nueva forma superior de actividad en los niños... (Vygotski, op. cit., p. 53-54).

El lenguaje sirve primero como un medio de comunicación con quienes rodean al niño y segundo, como un medio para organizar su vida psíquica; esto es, el uso

del lenguaje a cualquier nivel (sintáctico, morfológico, semántico, etc.) involucra una acción tanto personal como social y esto conlleva un cambio en la actividad del hombre en su intención de comunicarse y poder elaborar formas de relación con el medio más complejas. En este orden de ideas Vygotski menciona que:

El lenguaje, que al principio es un medio de relación, de comunicación, un medio para organizar el comportamiento colectivo, se transforma más tarde en el medio fundamental del pensamiento y de todas las funciones psíquicas superiores, en el medio fundamental de la estructuración de la personalidad (Vygotski, op. cit., p. 227).

Por ello Talízina (op. cit.) refiere que "la importancia del lenguaje no deberá quedar tan sólo como una parte del desarrollo de conceptos, sino como un proceso de desarrollo de significados" (p.19) los cuales están enmarcados en el espacio de la realidad que corresponda a cada sujeto.

Por medio de la dialogicidad es posible crear zonas de sentido, tales zonas parten del planteamiento de Vygotsky de las zonas de desarrollo próximo, definidas como la capacidad para el desarrollo guiado que existe en las personas en cualquier momento de su desarrollo; esto es...

Si respecto a una capacidad o destreza determinada, el niño no ha accedido aún a un cierto nivel de competencia, pero puede acceder a ella con ayuda y

guía, entonces decimos, que tales ayudas han sido eficaces porque se han situado en la ZDP del niño (González y Palacios, 1990, p.101).

Recalcamos las zonas de sentido a las que nos referimos, no son algo preexistente, sino que se dan en interrelación, primero del niño con el adulto, y posteriormente ese niño, al empezar a orientarse activamente durante el desarrollo de su personalidad, crea elementos propios para relacionarse a sí mismo en el medio y hacer frente a las condiciones que se presentan a lo largo de su vida; sin embargo, cabe destacar que dichos elementos no son parte de un receptáculo, sino que el individuo, al ir interiorizando la información del medio, va tomando parte en él y le va dando significado.

Este significado personal es lo que llamamos sentido que se define constantemente dependiendo de la situación de interacción en la que se encuentre, basándose en las necesidades y motivos de cada individuo.

Por otro lado, la idea de la participación en interacciones sociales, obliga a entender el desarrollo psicológico a partir del concepto de cooperación. El individuo por sí mismo no tiene las cualidades psicológicas que le caracterizan como humano, éstas las adquiere en la medida en que participa activamente en la cultura de la que es integrante.

La labor del psicólogo consiste en comprender la manera en que lo social determina la formación de determinados contenidos psicológicos en el cerebro

humano ya que “cuanto mayor sea el conocimiento de una persona respecto del contenido de la cultura que condiciona el origen de la conducta –valores, normas éticas y morales- mayor será su comprensión o sensibilidad para los problemas comunes de otros seres humanos” (Dana, 1972, p 15) y de sí mismo. Como se dijo antes, es necesario tener en cuenta el carácter no estático de las funciones psicológicas superiores, o, en palabras de González (op. cit.):

...no son los objetos externos los que definen por su reflejo en el plano psíquico el fenómeno de la subjetividad, sino las diferentes formas de respuesta en las que el hombre actualiza sus potencialidades en cada uno de los momentos de su acción social, las cuales se organizan y constituyen a nivel subjetivo. La constitución de la subjetividad individual es un proceso singular, que se define no desde fuera sino en la compleja unidad dialéctica entre el sujeto y su medio actual, definida en término de sus acciones, a través de las cuales su historia personal y la del medio en que se desarrolla confluyen en una nueva unidad, susceptible de constituirse a nivel subjetivo en la misma medida en que este medio es construido por el sujeto en términos no isomórficos con su constitución subjetiva (p. 108).

Este nivel subjetivo al que González se refiere es muy importante, ya que es parte del desarrollo en un plano temporal, y por tanto cambiante, en el cual se van desarrollando a la vez, tanto las necesidades como los motivos de la persona. Estas necesidades y motivos serán indivisibles en la configuración de la personalidad y en la orientación activa de la misma. Entonces es posible

mencionar que la subjetividad será el plano en el que se desarrolle cada individuo concreto, esto a través del proceso de internalización de la información del medio, en la conformación de la personalidad como sistema funcional complejo.

Cuando nos referimos a que el hombre internaliza su realidad, esto es cierto, pero este proceso de internalización no da como resultado una copia exacta del medio externo a la persona. El hombre internaliza selectivamente la información recibida del entorno, esta información, al ser analizada por el individuo, toma el matiz personal y significativo de quien está interiorizando la situación, por ello tiene gran importancia analizar el procesamiento que cada persona hará de su contexto el cual se determinará por su situación afectiva, volitiva y cognoscitiva. El psiquismo corresponde a una relación dialéctica entre el sujeto y su medio; el determinismo es bidireccional en la medida en que el sujeto es parte de la sociedad, determinando con su actuación las relaciones que en ella ocurren, del mismo modo esta sociedad, a la cual va impactando, será responsable de la formación de las características propias de su personalidad. En este orden de ideas Rodríguez (op. cit.) indica que:

...con respecto al determinismo social, como cualquier tipo de determinismo, precluye las posibilidades de transformación. No obstante, un supuesto fundamental del enfoque sociocultural es que los seres humanos transforman su mundo natural y social mediante el uso de herramientas, y en el proceso se transforman a sí mismos (p. 459).

Partir de la idea de la internalización activa de la esfera cultural permite romper con el determinismo social absoluto. El individuo desarrolla su personalidad a partir de la influencia bilateral entre su esfera interna y la cultural, produciendo con esto formas específicas de interpretación y de funcionalidad de su personalidad y demás procesos mentales.

Ahora queda una cuestión por explicar en referencia a la actividad de la personalidad, la cual puede ser formulada de la siguiente manera: ¿qué dirige el proceso activo de la personalidad? o ¿cuál es el origen propio de la actividad de la personalidad? En primer lugar, debemos anotar que toda actividad se determina por su fin (*el fin dirige la actividad*), esto implica que para comprender la dirección que toma la actividad del hombre es necesario conocer las metas o motivos que la dirigen, las que a su vez dependerán de las necesidades personales de existencia. Las necesidades proporcionan el plano orientador que ha de dirigir a la actividad

...en su función orientadora es donde la necesidad constituye el objeto del conocimiento psicológico. En el primer caso, la necesidad no aparece más que como estado de necesidad del organismo, que por sí mismo no puede provocar ninguna actividad definitivamente orientadora; su papel se limita a estimular las funciones biológicas correspondientes y la excitación general de la esfera motriz que se manifiesta en los movimientos de búsqueda no orientados. Sólo como resultado de sus encuentros con el objeto que le responde, la necesidad puede por primera vez orientar y regular la actividad (Leontiev, op. cit., pp. 70-71).

Y es entonces que este contacto, por parte del sujeto con el objeto, es primeramente cultural e histórico y poco a poco se va internalizando; sin embargo, su carácter cultural no se pierde, ya que, las necesidades básicas al ser identificadas, permiten que se creen motivos, y tanto las necesidades como los motivos, al encontrarse en un proceso de actividad constante, están supeditadas a dos niveles: el social, en el sentido de las posibilidades de interactuar con los demás bajo ciertas normas, y con determinados valores, los cuales plantean el otro nivel que es el individual, en el sentido de los requerimientos personales.

La necesidad impele a la acción, aunque debemos reconocer que el origen mismo de la necesidad se encuentra en la actividad. La actividad promueve el establecimiento de relaciones tanto con los otros como con uno mismo, estas relaciones producen la formación de necesidades y motivos, los que a su vez, definen el curso propio de la actividad. Es decir la actividad crea necesidades y estas, a su vez, terminan motivando la actividad de la personalidad.

Con la apreciación anterior, podemos, entonces, decir que la necesidad se encuentra como la iniciadora de la actividad, por ello, ésta se halla como el motivo que desencadena a la acción. Los motivos para la acción deben ser detenidamente analizados para comprender la manera en que la personalidad dirige al comportamiento. El hombre debe ser consciente de las necesidades que lo impulsan a la acción. Para ello debe romper con las respuestas automáticas y desarrollar su orientación activa. El reconocimiento del objetivo de la acción le permite a la personalidad construir aquellos procesos a través de los cuales

satisfacerá la necesidad, si no es consciente del fin, no podrá programar el curso de su actividad y por lo tanto ésta será disfuncional, pues no le lleva a la consecución de ninguna meta concreta; si no se es consciente de lo que se busca, entonces cómo se podrá programar medios para la satisfacción de los motivos.

De esta manera podemos decir que la actividad de la personalidad, su origen, se encuentra en los motivos para la acción, son los fines los que determinan el curso del comportamiento, es decir:

... lo que distingue a una actividad de otra, es la diferencia de sus objetos, ya que es el objeto de la actividad el que le confiere determinada orientación... el objeto de la actividad es su verdadero motivo... Lo fundamental es que detrás del motivo está siempre la necesidad, que aquél responde siempre a una u otra necesidad... el concepto de actividad está necesariamente unido al concepto de motivo. No hay actividad sin motivo... [por ello se puede decir] el concepto de fin se correlaciona con el concepto de acción (Leontiev, *ibid*, p. 82).

Entonces, el qué determina el curso de la actividad. La personalidad está determinada por la finalidad por ello se dirige por su fin, este guiará la producción de aquellos medios específicos para la consecución de las metas planteadas por el hombre.

La persona debe ser capaz de distinguir de manera consciente aquellos motivos hacia los cuales se subordina su actividad; necesita comprender qué es lo que busca alcanzar con sus acciones cotidianas. La discriminación de motivos permite dirigir el proceso para la satisfacción de los mismos, es decir, permite al elemento volitivo dirigir el proceso de satisfacción de la necesidad. Cuando la persona se enfrenta a un conflicto necesita comprender los elementos determinantes de éste para en su momento darle una solución que le satisfaga y le ayude a desarrollarse como personalidad. Para lograr esto, la persona necesita orientarse de manera activa en su entorno.

La necesidad dicta solamente una estimulación, la orientación hacia un fin; pero la elección del camino, la determinación del contenido concreto de la acción y la adaptación de la acción a las condiciones del momento se convierten, en este caso, en una tarea específica, en una tarea de la actividad orientadora investigativa.

Como resultado de la puesta en marcha de la actividad orientadora, la acción automatizada se omite (o se retrasa) y, en consecuencia, la necesidad como estructura psicológica se convierte en fuente y base de la orientación hacia un fin (Galperin, op. cit., p. 60).

La orientación activa o investigativa es el elemento que permitirá a las personas discriminar las características funcionales de los objetos o de las situaciones. Esta discriminación facilitará la creación del programa de acción para el cumplimiento

del fin. Si la persona al enfrentarse a determinados conflictos no puede entender las características inherentes de estos, entonces no podrá resolver la situación y por lo tanto su personalidad caerá en la disfuncionalidad. La resolución de los conflictos implica que el sujeto pueda contar con mecanismos regulatorios que le permitan salvar el problema, pero si a través de su educación la persona ha aprendido a actuar de manera automatizada entonces no podrá resolver las tareas nuevas pues no puede comprender sus características. Para resolver un conflicto es menester orientarse activamente en el medio. Galperin (citado en Davidov, op cit., p. 127) indica:

... llamamos orientativa, por su papel objetivo en la acción, a la que sumariamente se denomina comprensión; ella incluye: la composición del cuadro de las circunstancias, el esbozo del plan de acción, el control y la corrección de su ejecución. La ejecución misma (capacidad) compone la segunda parte de la acción objetiva y, aunque depende de la orientativa, no puede ser reducida a ella. *La parte orientativa constituye la instancia directiva y, en lo fundamental, de ella depende la calidad de la ejecución* (las cursivas son de los autores).

La actividad orientadora investigativa proporciona al sujeto el marco referencial desde el que puede comprender las características de las situaciones, para de ahí crear el plan de acción tendiente a la satisfacción de los fines. La actividad orientadora proporciona el andamiaje que permite analizar la situación, aclarar el

problema, distinguir el objeto de la necesidad, crear los pasos necesarios para alcanzar la meta propuesta y regular la acción en cada etapa de su desarrollo.

Como se ha venido mencionando, dentro de la escuela histórico-cultural la idea de la cooperación es de vital importancia. A través de la cooperación el individuo adquiere el aprendizaje necesario para el uso correcto de los instrumentos y herramientas culturales con lo cual se facilita el funcionamiento óptimo de su personalidad.

Todos los elementos hasta ahora mencionados conforman un sistema funcional complejo de significados que nos permiten entender la personalidad como un "sistema subjetivo auto-organizador de la experiencia histórica del sujeto concreto" (González, 2002, p. 212) en la cual confluyen contenidos de naturaleza social, y que se ubican en esferas afectivas, cognoscitivas y volitivas; y que además cuenta con la cualidad, dentro de esa organización, de ser orientada activamente en un continuo tanto procesual como funcional.

En este marco de la personalidad y, para propósitos de este trabajo, ahondaremos en los siguientes apartados en este sistema funcional complejo, tomando en cuenta su funcionalidad, la cual entendemos como la posibilidad y potencialidad de cada individuo de participar en su medio de manera activa, bajo premisas tanto individuales como de carácter histórico-cultural, esto no tiene como intención, plantear que todos y cada uno de los individuos deben ser parte de una norma funcional, por el contrario, es indispensable atender las diferencias individuales a

través del abordaje de necesidades y motivos personales, para que, a partir de ello, el individuo pueda orientar la actividad de su personalidad. Este proceso consiste en que "el sujeto realiza un examen de la situación nueva, confirma o no el significado racional o funcional de los objetos, prueba y modifica la acción, traza un nuevo camino y más adelante, durante el proceso de la realización, lleva a cabo un control de la acción de acuerdo a las modificaciones previamente establecidas" (Galperin, op. cit., p.81).

A lo largo del presente trabajo se desarrollará la noción de orientación activa de la personalidad con el fin de explicar los aspectos funcionales y disfuncionales de la misma. Como conclusión de este apartado podemos indicar, que la personalidad, como un sistema funcional complejo tendiente a la regulación del comportamiento, necesita para su funcionamiento contar con aquellos mecanismos orientativos que le permitan comprender las características de los medios interno y externo para su posterior control y dirección, esta idea implica el interés creciente de regresarle el control de su propia vida a la persona, pues es ella quien debe establecer los baremos de su actividad.

Antes de empezar a esclarecer este punto, desarrollaremos el concepto de hombre desde una perspectiva histórico-cultural con el fin de poder enmarcar las nociones que de tal concepto se desprenden para así, facilitar la comprensión de los postulados de esta escuela en torno a la personalidad.

1.1. Concepto de Hombre

En psicología se maneja, ya sea de manera implícita o explícita, una noción acerca del hombre; lo anterior adquiere un significado diferente al tratarse de la personalidad, pues en ella se aglutinan aquellos elementos considerados como lo específicamente humano (Leontiev, op. cit.) por ello a continuación se abordan algunos de los elementos centrales que permiten hablar del hombre.

Buber (1990) indica que:

El hombre desde que tiene conciencia de sí como tal sabe que es el objeto de estudio predilecto, aunque tal parece que no se atreviera a abocarse a este problema. A veces, inicia la tarea, pero pronto se ve sobrecogido por la inmensidad de esta ocupación y vuelve atrás, para volver a intentarla después de cierto tiempo (contraportada).

Con esta cita Buber nos quiere poner sobre aviso de la complejidad intrínseca que implica intentar delimitar lo que entendemos por hombre o mejor dicho lo que se entiende por lo específicamente humano. A lo largo de la historia han existido muchos intentos por delimitar nuestra comprensión acerca de los elementos definitorios de nuestra especie, a través de este deambular podemos encontrar desde posturas empañadas por una fuerte carga metafísica, o por sus contrarias, posturas arraigadas en lo más profundo del materialismo clásico.

El abordar la personalidad del hombre exige que comprendamos lo que debemos entender por éste. La psicología al abordar al hombre como objeto de estudio parte de una visión acerca de éste. En la historia, han prevalecido dos formas clásicas de ver al hombre y de ahí de explicar sus procesos psíquicos. Una de ellas considera que éste es determinado por el espíritu absoluto, de lo cual se desprende que los contenidos psíquicos no deben buscarse en la relación del hombre con el ambiente, sino en el interior de éste.

En otras ocasiones, se ha buscado explicar al hombre como un ser reactivo que sobrevive en el mundo, llevando el discurso psicológico a la consideración de que lo psíquico es resultado de la asimilación, por parte del hombre, de las circunstancias externas a él, reduciendo así la actividad del hombre o el caso extremo eliminando del discurso psicológico la categoría de actividad psíquica. De esta manera podemos observar que en el discurso del psicólogo va implícita una concepción antropológica que orienta las formulaciones que se hacen en torno al hombre. Por ello, consideramos clave proponer la postura antropológica que hemos de manejar a lo largo de este trabajo, para así facilitar la comprensión del abordaje de las funciones psicológicas superiores y de la personalidad; sin que ello implique la antropologización del discurso remitiendo la psicología a éste.

De acuerdo a Miranda (1988), los primeros intentos por delimitar a lo humano datan del pensamiento griego en que se tenía la idea del origen sobrenatural del hombre; este autor argumenta que:

Los orígenes del problema de la naturaleza humana, se remontan al pensamiento griego, particularmente a Aristóteles y a los sofistas, quienes consideran la existencia de una relación intrínseca entre la naturaleza y la sociedad, pero también en los griegos encontramos la visión sobrenaturalista de la naturaleza (p. 46)

Los griegos fueron unos de los primeros que buscaron dar una explicación del hombre, ellos creían que la aparición del hombre sobre la tierra había sido determinada por causas de corte metafísico. De la cita anterior podemos decir que los griegos, a pesar de su tendencia sobrenaturalista, se estaban acercando a dar una explicación más compleja de cómo abordar el estudio del hombre: primero se tenía que entender a éste como parte del mundo natural y por tanto sometido a sus mismas leyes y, segundo, el ser humano se encuentra en una situación especial, con respecto al resto de la naturaleza, ya que éste no se adapta de manera pasiva a su entorno, por el contrario, lo modifica adaptándolo a sus necesidades; la sociedad es producto de esta creación artificial humana, es decir, este segundo punto que debemos considerar es el de ver al hombre determinado por factores sociales e históricos.

Aunque en los griegos encontramos los dos elementos anteriores como los definitorios del hombre se ubican a niveles diferentes, separados, no existe en ellos una teoría que los unifique; en algunas ocasiones consideran que lo netamente humano está determinado por las cuestiones espirituales las cuales emanan sin necesidad de que el hombre participe en su entorno, ya que, son

características que él trae de por sí; en otras, la naturaleza es la única determinante de la esencia humana; además, al considerar al hombre como un animal social lo que se hace es reducir este aspecto social-humano a interacciones instintivas, por tanto es necesario dejar en claro que la idea de naturaleza y de sociedad, que tenían los griegos, dista mucho de lo que en este momento histórico-social concreto que vivimos, entendemos por tales.

A la concepción anterior se le conoce con el nombre de "las dos naturalezas" (Miranda, *ibid.*, p. 46), con ella los autores griegos son los primeros, en la historia occidental, en diferenciar entre el producto de la naturaleza y el producto de la creación humana la cual era conocida por Aristóteles como accidentalidad.

De esta forma los elementos fundamentales sin los cuales no podríamos comprender la existencia del ser humano, como se mencionó, son: la herencia biológica que aporta los elementos morfofuncionales, tales como órganos, sistemas, etcétera, que regulan la actividad humana con su ambiente. Además la herencia cultural, social e histórica que transforma al hombre en humano, al aportarle los mediadores y la información necesarios para su desarrollo y formación. Estos dos factores actuando de manera conjunta determinan los procesos de humanización y por tanto de las características del hombre.

Posteriormente en la etapa del oscurantismo se conserva la idea de las dos naturalezas aunque la carga sobrenatural que se le adjudica es mayor que con los griegos, en esta etapa se cree que la obra de la naturaleza y la humana son

determinadas por un dios todopoderoso y que el hombre, como punto más elevado de la creación, ha sido hecho a imagen y semejanza suya.

A este respecto Cruz (1988) afirma que:

El hombre no es creado a imagen y semejanza de ningún dios; el hombre se crea a sí mismo al mismo tiempo que crea su historia y él es quien crea dioses, a su imagen y semejanza, y conforme se perfecciona, los perfecciona. Es el único ser que al crearse permanentemente va haciéndose conciente de la necesidad de cambio permanente en sus formas sociales. (p. 153).

Según el naturalismo, la humanidad no es obra y gracia de ningún dios; es obra y gracia de hombres de carne y hueso.

Es hasta el Renacimiento cuando se empieza a dar una explicación sistemática y amplia del hombre, en este periodo se supera (no por ello desapareciendo) esta visión sobrenatural del ser humano, reduciéndose el problema a una visión racionalista naturalista, esta etapa se caracteriza por dar prioridad a la materialidad del mundo, aunque esta materialidad es de corte estático y por tanto mecánico. No obstante, descubrimientos importantes en el área de la física, la biología, la química, y otras áreas del conocimiento, facilitaron trascender la postura sobrenatural y la aceptación de una visión naturalista del ser humano.

La visión naturalista del origen humano es representada, principalmente, por Darwin que con su obra "El origen del hombre", pone de manifiesto el hecho de que el hombre, por ser parte de naturaleza se somete a sus mismas leyes, apareciendo con esto un nuevo mito: "el de la homogeneidad de la naturaleza" (Miranda, op. cit, p. 48).

Las ciencias naturales modernas han sostenido como uno de sus mitos principales la idea de la homogeneidad de la naturaleza, en tanto todos somos parte de ella. Toda vida es natural –se nos dice–, el humano no puede saltar los límites que la misma naturaleza le impone, en tanto ser biológico. El mito de la naturalidad de lo humano es piedra de toque de una ciencia que se empeña en negar lo específico del hombre. (Ceja, citado en Miranda, ibidem, p. 48).

Este segundo mito se puede llamar el del biologicismo humano que propone como principio básico de su compleja vida las leyes de la herencia y de la evolución de las especies, de esta forma las diferencias entre lo humano y lo animal serían únicamente diferencias de grado. En esta medida se pretende reducir la complejidad humana a cuestiones instintivas, o a determinaciones ambientales, tal es el caso de los estudios comparativos en psicología, que por medio de estudiar comportamientos animales pretenden extender sus resultados de manera directa al comportamiento humano.

Es cierto que pertenecemos al reino animal, pero no debemos olvidar que en nuestro caso esta característica se supedita y se transforma a medida en que entramos en contacto directo con la cultura y la sociedad que nos rodea. En este caso nuestra biología se modifica por las exigencias de los grupos culturales a los cuales pertenecemos, de tal forma, cuando el hombre se apropia de la cultura y de su entorno deja en un plano inferior a los reflejos incondicionados, tomando la primacía del comportamiento la actividad que surja en el transcurso de la enculturación del hombre.

Asimismo, el importante desarrollo de la neocorteza cerebral, en especial del córtex prefrontal "juega un papel esencial en la regulación del estado de actividad, cambiándolo según las complejas intenciones y planes del hombre formulados con la ayuda del lenguaje. Este papel de los lóbulos frontales en la regulación de los estados de actividad que son la base de la conducta es una de las formas más importantes en las que las regiones prefrontales del cerebro participan en la organización de la conducta humana (Luria, op. cit., p.85), permitiendo además que el ser humano programe y verifique su actividad, convirtiéndose estos elementos en los directores del comportamiento del hombre.

Del mismo modo, esa explicación (la biológica) olvida el hecho de que las relaciones humanas no se determinan por aspectos instintivos ni mucho menos por elementos tales como las hormonas, la vida humana se determina por que ésta se lleva a cabo en un ambiente histórico-social creado por el hombre el cual determina el desarrollo de su pensamiento y de su personalidad. De tal forma, la

esencia humana es representada por procesos de creación y de autocreación además de un dominio creciente de la naturaleza y de la técnica, así el hombre trasciende las leyes biológicas ubicándose en un plano antropológico diferente. Claro está que no se puede dejar de lado la importancia de los elementos biológicos que tenemos como especie, pero no podemos reducir toda la esencia humana a intercambios físico-químico únicamente, ya que es necesario considerar todo el abanico de determinantes de lo humano, de entre los cuales lo biológico es lo primario que en unión con los factores históricos-sociales determinan el curso de evolución de nuestra especie.

Además de lo anterior es necesario reconocer lo siguiente:

Desde hace más de un siglo – desde que los hombres comenzaron a tomar plena conciencia de lo que son la historia y la técnica -, dos tesis contrapuestas acerca de la naturaleza humana circulan por el mundo. Según una, esa naturaleza, a través de las enormes novedades históricas que han convertido al homínido paleontológico en el hombre civilizado y culto del siglo XX, tendría un nervio constante e invariable. Primitivo, asirio, griego, medieval, romántico o astronauta, el hombre nunca deja de ser hombre, y esto hace que siempre haya algo permanente en su conducta; la cual, claro está, es el nada leve problema del qué de esa constante y radical hominidad. ¿Qué es lo que realmente nos autoriza a equiparar, en cuanto hombre, al de Neandertal y a Alberto Einstein? Según otra, la naturaleza humana ha ido sufriendo y puede todavía sufrir cambios tan profundos y fundamentales, que son posibles, y lo irán siendo más y más en el futuro, modos de ser hombre –o superhombre–

enteramente distintos de lo que hasta ahora han aparecido sobre el planeta; con lo cual la expresión naturaleza humana no pasaría de ser una venerable antigualla, una superstición procedente de los tiempos en los que la capacidad innovadora de la historia y la capacidad transformadora –o creadora– de la técnica no habían sido suficientemente descubiertas. (Lain, citado en Orwell, 1971, p. 7-8)

Así es preciso partir del hecho de que no existe la llamada naturaleza humana, si consideramos ésta como algo estático, ya que las organizaciones sociales y el avance de la técnica provocan que lo humano esté en constante devenir a tal grado que podemos afirmar que existen muchos modos de ser hombre, de esta manera en la actualidad la segunda opción parece la acertada, basta que reflexionemos, acerca de los enormes avances que se han logrado en la biología, en especial, en la genética, ¿acaso estos avances no permiten planear una manipulación del material genético para así formar un hombre a nuestro antojo? Además si a lo anterior le aunamos los avances logrados en el área de la neurología y del control de la conducta, creemos que la manipulación de los elementos biológicos que forman parte de la base de lo humano es posible, por lo tanto es necesario ver a éstos como susceptibles de cambio y no como algo estático.

Pero en suma ¿Cuál es el estatus antropológico del hombre con el que hemos de trabajar? La concepción materialista-dialéctica ve en el hombre la unión entre aspectos de corte natural o biológico y elementos artificiales o histórico-sociales

que por medio del trabajo y de la praxis determinan la génesis del individuo y de la humanidad. A este respecto Schaff (1967, p. 96) afirma que "el punto de partida es el individuo considerado como ser vivo, como ejemplar de una especie biológica, como parte de la naturaleza."

Más adelante este mismo continúa diciendo:

La concepción del individuo parcela de la naturaleza; la del individuo miembro de la sociedad (y en este sentido es como sus actitudes, ideas, juicios son función de las relaciones sociales); por último, la del hombre fruto de la autocreación, producto de la actividad práctica de los hombres creadores de la historia: tales son los principios fundamentales de la concepción marxista del ser humano. (Schaff, *ibid.*, p. 107)

Por su parte Markus (1985, p. 15) dice:

El punto de partida de las investigaciones marxistas es la convicción materialista-naturalista de que el hombre es una parte de la naturaleza, esto es, un ser natural material, sensorial-sensitivo, originado como tal a consecuencia de determinados procesos naturales inconscientes. Se trata, naturalmente, de un ser natural vivo, que sólo puede subsistir por su constante intercambio o metabolismo con la naturaleza; el hombre asegura ese intercambio mediante su propia actividad vital: es un ser natural activo... los objetos de sus impulsos existen fuera de él, como objetos independientes de él, pero que esos objetos son objetos de sus necesidades, objetos

imprescindibles, objetos esenciales para su actuación y la confirmación de las fuerzas de su propio ser... constituyen, por así decirlo, el cuerpo inorgánico del hombre, "el cuerpo objetivo de su subjetividad, dado desde el principio como naturaleza inorgánica"

Leontiev (op. cit.) propone algo similar:

El desarrollo biológico del hombre trcurría bajo la influencia del desarrollo de la producción. Pero la producción es desde el principio un proceso social, que avanza por sus propias leyes objetivas, leyes social-históricas; por eso la biología ha empezado a "registrar" en la estructura anatómica del hombre el comienzo de la historia de la humanidad. (p. 13).

De tal manera las estructuras biológicas han comenzado a adaptarse a las necesidades de la vida humana, que a partir de la praxis del individuo, inmerso en sociedad, con su entorno lo modifica, modificándose de esta manera así mismo. Este mismo autor nos dice:

El hombre convertido en sujeto del proceso social, depende de la acción de dos leyes: primero de la acción de leyes biológicas en virtud de las cuales sus órganos se adaptaron a las condiciones y exigencias de la producción; y, segundo, a través de estas leyes social-históricas, que regulan el desarrollo de la producción y de los fenómenos que ella engendra (ibidem, pp. 13-14).

Una vez que el hombre continúa su desarrollo, tanto biológico como social, su vida junto con sus cualidades deja de depender de la biología y comienza a depender cada vez más de la cultura y de la sociedad en la cual está inmerso.

Citémos de nueva cuenta a Cruz (op. cit., pp. 153-154), quien dice:

El hombre de Marx es el hombre que crea su propia naturaleza, la crea al crear sus tipos de sociedad y su historia. Simultáneamente el hombre está dentro del proceso histórico y adaptado al mundo que él va cambiando. La naturaleza humana es, por lo tanto, cambiante, como cambiante son sus relaciones sociales. Cuando el hombre cambia sus modos de producción y sus relaciones sociales, necesariamente debe cambiar su pensamiento, sus necesidades objetivas y subjetivas, sus sentimientos sus valores, éstos a su vez le van a servir de guía y motivo para la transformación constante de la sociedad.

La postura materialista-dialéctica acerca de lo humano parte del principio de reconocer los elementos morfofuncionales del hombre, los cuales representan la base de la vida, pero al contrario que con el biologicismo, no pretende, ni mucho menos, reducirle a los factores biológicos; lo humano debe buscarse en la cultura y en la sociedad, en la actividad que realiza cada sujeto y por lo tanto en la manera en que cada sujeto se apropia de su cultura específica.

El hombre es un ser que está orientado al aprendizaje y a la educación. Dado que la forma de vida humana no es innata ni se desarrolla de un modo biomecánico, el hombre se ve en la precisión de aprender su forma de vivir, que encuentra en la cultura de la sociedad que le rodea y así poder colaborar a la continuación fecunda de la misma. Es por lo anterior que puede definirse al hombre como productor y producto de la sociedad.

Podemos afirmar, como lo hiciera Markus (op. cit., pp. 39-40) que:

El hombre es un ente genérico, esto es, un ser social y comunitario de los hombres, éstos crean, producen mediante la actuación de su ser el ser comunitario humano, el ser social, que no es ningún poder abstracto y general frente al individuo singular, sino el ser de cada individuo, su propia actividad, su propia vida, su propio espíritu, su propia riqueza... significa por una parte, que el hombre no puede llevar una vida humana, no puede ser hombre como tal más que en su relación con los demás y a consecuencia de esa relación... Por otra parte, el individuo no es individuo humano más que en la medida en que se apropia de las capacidades, las formas de conducta, las ideas, etcétera, originadas y producidas por los individuos que le han precedido o que coexisten con él, y las asimila (más o menos universalmente) a su vida y a su actividad... el individuo humano es un producto en sí mismo histórico-social.

Por tanto, lo humano debe buscarse en la cultura, en el ser comunitario del hombre, ya que sólo en la relación del hombre con el hombre, del ser individual con la comunidad puede entenderse la complejidad humana. Para Vygotski el

individuo como criatura aislada no existe, el hombre siempre está en relación con otro hombre. De tal manera surgen los sistemas sociales, como responsables, en parte, de la determinación de éste. Lo anterior se sustenta en que:

Ninguna experiencia personal, por rica que sea puede llegar a pensar de manera lógica, abstracta o matemática, e individualmente establecer un sistema de ideas. Para conseguir esto se necesitaría no una vida sino miles. En realidad, el pensamiento y los conocimientos de cada generación subsiguiente se forman apropiándose los avances ya alcanzados por la actividad de las generaciones anteriores (Leontiev, op. cit., p. 18).

El hombre por medio de su actividad con los objetos y de la inserción de su vida en la sociedad, además de la educación que ésta le asigna, se va creando así mismo. No podríamos comprender de que otra manera el ser humano es capaz de dominar la naturaleza, más que a través de la transmisión, apropiación y reconstrucción de la información y de la cultura acumuladas a lo largo de la historia de la humanidad, la vida en sociedad permitió al hombre crear nuevos mecanismos adaptativos y regulatorios con el medio, esta vida en sociedad aseguró la vida del ser humano en un medio ambiente azaroso y que exige de él todo con tal de mantener una regulación funcional con su entorno, de tal manera es el aspecto histórico-social el elemento determinante del hombre. Al crear a la cultura y a la sociedad él crea su forma de vida, al apropiarse de los conocimientos y de los mediadores acumulados a lo largo de la historia humana

puede relacionarse con el medio adaptándose y adaptándolo a sus necesidades específicas de existencia.

Sin embargo ¿De qué manera se asegura que el ser individual se apropie y continúe con la creación fecunda de su cultura? En el caso del animal esta continuación se presenta en forma, en la mayoría de los casos, de información genética pero en el hombre estos procesos se consolidaron por una acción diferente a la biológica

...se afirmaron en una forma completamente especial, aparecida sólo por primera vez en la sociedad humana, bajo la forma de fenómenos exteriores, de fenómenos de la cultura material y espiritual. Esta forma especial de consolidación y transmisión a las siguientes generaciones de los progresos del desarrollo surgió en virtud de que la actividad de los hombres, a diferencia de los animales, es creadora, productiva. Esta es por lo tanto, y ante todo, la actividad fundamental del hombre, el trabajo (Leontiev, *ibid.*, p. 16-17).

La transmisión de los conocimientos acumulados a lo largo de la historia de la humanidad es posible en la medida en que el hombre a partir del contacto y transformación que tiene con la naturaleza va creando mecanismos de producción y transmisión diferentes a los naturales. En el desarrollo de la humanidad han ido apareciendo diversos modos de comunicación; desde la pintura rupestre, hasta el lenguaje verbal y escrito y a través de estos medios el hombre ha asegurado que la transmisión cultural sea posible, así otro elemento clave para entender al

hombre es el trabajo; la praxis. Engels (1987, p. 7) propone que “el trabajo es la condición básica y fundamental de toda vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto, debemos decir que el trabajo ha creado al propio hombre”.

El trabajo social y la creación de herramientas permitió al hombre separarse, tanto cualitativa como cuantitativamente de sus ancestros homínidos; el trabajo facilitó la especialización del dedo pulgar para funcionar como pinza, esta función no la encontramos en la forma tan perfecta y evolucionada en otra especie; el trabajo aseguró la posición erecta del hombre, alejándolo así de su posición cuadrúpeda y de esta forma encontramos en el ser humano la libertad de movimiento de las manos para así producir libremente cuanta herramienta necesite; y así:

Primero el trabajo, luego y con él la palabra articulada, fueron los dos estímulos principales bajo cuya influencia el cerebro del mono se fue transformando gradualmente en cerebro humano, que, a pesar de toda su similitud, lo supera considerablemente en tamaño y perfección. Y a medida que se desarrollaba el cerebro, desarrollábanse también sus instrumentos más inmediatos: los órganos de los sentidos. De la misma manera que el desarrollo gradual del lenguaje va necesariamente acompañado del correspondiente perfeccionamiento del órgano del oído, así también el desarrollo general del cerebro va ligado al perfeccionamiento de todos los órganos de los sentidos... (Engels, *ibid*, p. 14)

El crear un sistema de señales que facilitara la comunicación entre la especie, que es el lenguaje como un sistema de códigos que funcionan como substitutos, se permitió una abstracción mayor de la realidad, además es la materialización del pensamiento. En el ser humano el lenguaje juega un papel central en la conformación y dirección de los procesos psicológicos superiores. Gracias a este sistema de señales se pueden designar las características del mundo externo e interno, los eventos que en ellos ocurren, sus acciones y cualidades.

Por su parte Markus (op. cit., p. 15) dice que:

Lo que ante todo distingue al hombre del animal es una específica actividad vital, la cual constituye su propia esencia. La actividad vital del hombre es el trabajo... los hombres empiezan a diferenciarse de los demás animales en cuanto que empiezan a producir sus medios de vida, sus alimentos; ese paso está condicionado por su organización somática. Al producir sus medios de vida, los hombres producen indirectamente su misma vida material.

Este mismo autor resalta otra de las características esenciales del trabajo:

En el trabajo humano como actividad objetualmente mediada, dejan de coincidir inmediatamente el motivo y el objeto de la acción...; por eso el trabajo humano produce y supone necesariamente una ruptura de la fusión animal de necesidad y objeto, de sujeto y objeto; el trabajo genera el ser conciente y autoconciente del hombre." (ibid, p. 49).

Es decir, al no existir una relación directa, de uno a uno, entre la necesidad y el trabajo, el hombre tuvo que crear mecanismos de anticipación y previsión para regular su actividad. La conciencia fue el resultado de esta necesidad, por medio de ella se crea un reflejo de la realidad que aún en ausencia de esta permite que el ser humano pueda relacionarse armónicamente con el entorno. ¿Qué debemos entender por conciencia? Debemos entenderla

... como momento constitutivo de la actividad, diferenciado y constituido a su vez paulatinamente en el curso de la evolución histórica y materializado en formas propias de actividad y objetivación... la conciencia no es sólo un fenómeno concomitante necesario de todo hacer y de todo proceso social, sino también un momento a la vez constituido y constitutivo de esas actividades y esos procesos... (Markus, *ibid.*, p. 52).

Por lo tanto la conciencia se relaciona con la direccionalidad que se le da al comportamiento y del mismo modo el comportamiento al poner en contacto al hombre con su realidad crea la conciencia. Así podemos observar que por medio de la actividad y de la vida genérica del hombre, se crean sistemas funcionales cada vez más complejos, con el fin de que el hombre pueda vivir en el mundo creado por sus ancestros y continuado fecundamente por él.

De esta manera, el entorno natural, en el cual se desenvuelve el animal, comienza a transformarse poco a poco y cede su lugar a un entorno artificial, producto de relaciones histórico-sociales específicas. Es entonces que la cultura comienza a

ser el determinante esencial de la vida humana, las relaciones que establece cada sujeto con su medio ambiente son las que determinarán su psiquismo, es decir, el reflejo que en su cerebro se creará de la realidad, el cual estará determinado por la actividad propia del sujeto, es así como los principios de creación y autocreación son otros elementos que explican la especificidad humana.

En este momento cabe formular la siguiente interrogante ¿Este enfoque social no limita la individualidad a meros intercambios históricos-sociales y por ende el sujeto está determinado de antemano por éstos? La respuesta es "no", la postura histórico-cultural propone que el hombre no es un ser reactivo y por tanto determinado por el medio circundante. A diferencia del conductismo, que propone que el ser humano es un ser que sobrevive en el mundo, pues sus funciones tienen por objeto adaptarlo a las características ambientales sin la posibilidad de cambiarlas, la escuela histórico-cultural establece que el humano es un ser que vive en el mundo, problematizándolo a cada instante y modificando las relaciones normales de existencia. Por ello se dice "que el hombre que busca el sentido personal, no es una criatura adaptativa, nosotros vivimos y no sobrevivimos y, el principio de la aproximación de la actividad es vivir y no sobrevivir" (Asmolov, op. cit.). Por ello al hombre no se le puede reducir a las relaciones que establece con su sociedad, ya que éste tiene la capacidad de modificar la dirección de estas relaciones por medio de su actividad, y con ello de sus motivos propios de existencia

En este sentido es necesario considerar que el hombre es un ser suprasituacional (Asmolov, *ibidem*), es decir el hombre trasciende las barreras impuestas por las circunstancias inmediatas e intenta ir más allá de las mismas. Se dice que en un experimento de laboratorio se enfrentó a niños, pertenecientes a dos grupos de edad (de 4 y 7 años respectivamente) a la siguiente tarea: el problema consistía en alcanzar unos plátanos. Los niños se encontraban separados de éstos por una reja, en el interior de la cual se encontraban algunos utensilios tales como palos, alambres, etcétera, con los cuales podrían cumplir la misión.

Los primeros en pasar fueron los niños de cuatro años que después de algunos intentos tomaron uno de los palos alcanzando de esta manera los plátanos y cumpliendo así el objetivo experimental. Después les siguieron los niños de 7 años quienes, en apariencia, no podían cumplir la tarea, estos no decidían a través de que medio resolver su disyuntiva. Al ver esto los niños de cuatro años intentaban ayudar, ante lo cual el investigador prohibía dicha ayuda, pero en un momento de distracción de éste uno de los niños de cuatro años dijo entre dientes, al compañero que tenía la dificultad, toma el palo y con él los alcanzarás, la respuesta recibida fue: "hay pero eso es muy fácil; eso hasta un tonto lo haría".

Lo notable de este hecho es que el niño de siete años estaba complejizando la situación. Para él hubiera sido muy sencillo tomar el palo para cumplir con la tarea, y aún teniendo esta información él decidió buscar algunas otras vías, más complejas, para resolverla. De tal manera lo que se observa es que el niño fue más allá de la situación requerida con lo cual no se adaptó de manera directa a las

características impuestas por el objeto sino que él introdujo una nueva variable, la cual tiene que ver con el sentido personal que le adjudicó a la situación experimental. Por ello se puede decir que el hombre no es determinado unidireccionalmente por la cultura que le rodea ya que él mismo constituye a la cultura a través de su actividad con los objetos.

Es necesario indicar que:

El hombre existe siempre en el sistema y, como forma parte de él, tiende reducirse a algunas funciones o formas determinadas. Pero el hombre es algo más que el sistema efectivo. La existencia del hombre concreto se sitúa en la extensión entre la imposibilidad de ser reducido a un sistema y la posibilidad histórica de superación –de trascendencia del sistema, y la integración efectiva y el funcionamiento práctico en el sistema de las circunstancias y las relaciones históricas (Kosik, 1969, p. 92).

El hombre se reduce al sistema de relaciones sociales a través de la inculcación de cierto tipo de ideologías, por medio de la educación (formal, informal y del medio) que el mismo sistema le asigna, limitando así la actividad del hombre a meros intercambios comerciales. Así los conceptos de alienación y de enajenación permiten entender el porqué en ciertas circunstancias la persona concreta no puede trascender las barreras impuestas por su sociedad. Por ello se debe buscar retribuirle al hombre su capacidad de actuación, para lo cual creemos necesario fomentar el desarrollo de una conciencia crítica hacia las experiencias que afronta

el hombre desarrollando, para esto, la capacidad de orientarse activamente en el entorno social.

Markus (op. cit.) afirma que:

Sería un error el interpretar la determinación histórico-social del individuo en el sentido de que toda concreta individualidad humana fuera descomponible y reducible sin resto a un conjunto definido de determinaciones sociales (o sociales y biológicas) y consiguientemente comprensible como resultado mecánico del funcionamiento de esas determinaciones. El hombre no es pura pasividad, no es la impronta de su entorno material y social... Los elementos de su entorno no se convierten en momentos intrínsecos de su individualidad, sino en la medida en que se las apropia, esto es como consecuencia de su propia actividad. Esta actividad y sus consecuencias sociales son los agentes que principalmente constituyen y configuran de modo inmediato al individuo en cuanto individuo específicamente humano (p. 45).

De tal manera al individuo concreto no puede someterse a la colectividad. El ser humano se incorpora al mundo de una manera activa, en cada momento de su vida explora el mundo circundante reconstruyendo en todo caso lo que el medio, ya sea natural o social, le aporta, así la individualidad es elemento preponderante al intentar explicar al hombre. El medio social aporta la materia prima a partir de la cual el hombre concreto ha de actuar pero su actuación no se determina absolutamente por el medio histórico-social este es necesario pero son igualmente

importantes las funciones cognoscitivas, afectivas y volitivas, propios de cada individuo, para explicar la manera en que el individuo se insertará en la cultura.

Por lo tanto no se trata de subyugar la individualidad ante lo social, de lo que se trata es de poner de manifiesto que lo específicamente humano no es resultado de condiciones metafísicas o de la mera injerencia medio ambiental que al estimular al hombre provoca respuestas en éste reduciendo así su actividad a un arco reflejo; de lo que se trata es de poner de manifiesto que es la sociedad la que promueve que el hombre se humanice por medio de la adquisición de capacidades y conocimientos necesarios para desarrollar su vida.

De lo anterior se deduce que el ser humano no nace con las características que le conocemos de adulto. El hombre aprende a sentir, a percibir, a obrar, así se dejan de lado los dos mitos principales acerca del origen del hombre; por un lado se abandona la postura metafísica y por el otro se deja de explicar lo humano a partir de elementos biológicos. Es por lo anterior que afirmamos, como lo hiciera Leontiev (op. cit., p. 19), que "cada hombre aprende a ser hombre." Así la psicología individual debe basar sus estudios y conclusiones a partir de la realización de estudios en los cuales se busque comprender por medio de que actividad y en que condiciones culturales-sociales e históricas el sujeto conformó su sistema psicológico, para a partir de ello comenzar a esclarecer las cuestiones concernientes a su personalidad.

Lo anterior resulta obvio si consideramos que cada nueva generación nace en un mundo en el que existen objetos y conocimientos creados por las generaciones que le precedieron, por lo tanto es necesario buscar ahí los elementos generadores de los comportamientos. El hombre particular debe apropiarse de esos conocimientos y en una etapa posterior debe darles una interpretación propia.

De tal manera la concepción que la teoría histórico-cultural tiene en torno al hombre rescata estos elementos; así la cultura, la sociedad, la historia, la actividad, la creación, la autocreación, los métodos de apropiación y la individualidad permiten entender al ser humano.

Como conclusión de este apartado debemos decir que la concepción de hombre con la que hemos de trabajar rescata los elementos mencionados, por lo tanto, el estatus antropológico a considerar consiste en que el hombre es determinado por los aspectos biológicos e histórico-sociales que, a través del trabajo, es decir de los procesos de creación y autocreación determinan los elementos de individualidad y, por ende, de todas las capacidades humanas, en esta conceptualización, la actividad es un elemento central, ya que por medio de ella el hombre puede obrar en el medio apropiándose de éste reconstruyéndolo así, y de este modo, construyendo nuevas formas de actuación.

1.2. La Actividad Social en la Génesis y el Desarrollo de las Funciones Psicológicas Superiores

El desarrollo de las funciones psicológicas superiores es un complejo proceso que implica la participación de estructuras corticales y, de manera determinante, la influencia del entorno histórico-cultural que, trabajando a través del medio interno del individuo, producen los sistemas funcionales psíquicos. El desarrollo de los sistemas funcionales complejos se desenvuelve bajo el amparo de la cultura, los elementos biológicos por sí mismos no pueden explicar el origen de ellos; es la cultura que rodea a la persona la responsable de que en ella se formen determinados mecanismos comportamentales.

Si partimos de las ideas anteriores debemos entender tanto la manera en que el cerebro participa en la formación de dichos sistemas funcionales como la importancia de la cultura como aquel elemento que dirige este proceso de formación. En lo que respecta al aspecto biológico se puede decir que, de manera sucinta, como especie nacemos con características psicológicas primarias que dependen de la fuerza del estímulo y cuyo curso se determina desde el exterior (son los adultos quienes dirigen el comportamiento del pequeño), conforme el niño comienza a interiorizar y a apropiarse de mediadores culturales (tales como el lenguaje) encuentra la posibilidad de dirigir su propio comportamiento. Nacemos con características morfofuncionales, lo cual no quiere decir que los contenidos psicológicos estén determinados de origen, ya que es la práctica histórico-social la que permitirá que los contenidos se desarrollen en cada uno de nosotros, por ello,

los contenidos psíquicos variarán de una persona a otra en dependencia directa de su historia de vida en un contexto determinado.

Según Papalia y Olds (1997, pp. 3):

... el desarrollo es el estudio científico de cómo cambian las personas y cómo permanecen algunos aspectos con el correr del tiempo... los cambios ocurren durante toda la vida, aunque son más notorios en la niñez. Presentan dos formas: cuantitativas y cualitativas. El cambio cuantitativo es la variación en el número o en la cantidad de algo... El cambio cualitativo es el que se produce en el carácter, la estructura o la organización... la manera como trabaja la mente...

En este sentido, hablar de cambios cuantitativos y cualitativos dependerá, desde luego, de la aproximación teórica empleada, para el abordaje en cuestión. Si bien desde una perspectiva histórico-cultural, se puede hablar de diferencias cuantitativas, obedece a una cuestión de grado y por tanto de cualidad, la posibilidad numérica no queda excluida, sino que se enfatiza el sentido que tiene la actividad de cada persona la cual no puede expresarse en planos numerológicos.

En el caso de los cambios cualitativos, estos se identifican con la creación de zonas funcionales, que durante el desarrollo ontogenético se complejizan cada vez más, por ello el desarrollo es un proceso de adquisición y reestructuración de

nuevas cualidades comportamentales que aparecen gracias a la participación del niño en la sociedad y gracias a la actividad que él realiza con la información. Cabe anotar que el desarrollo no es la mera acumulación de comportamientos, en él se presentan momentos de reconstrucción activa de la información y por ello debemos entender la manera en que las cualidades funcionales, tales como el pensamiento, la memoria, la percepción, el lenguaje y la personalidad cambian en el devenir histórico del hombre. El desarrollo debe entenderse como un proceso único en donde las condiciones histórico-sociales determinan el curso de su desenvolvimiento.

El desarrollo psíquico del niño se desenvuelve bajo el amparo de la familia. El adulto, los padres, etc. quienes son los responsables, primarios, de que en el niño se formen determinadas características de personalidad; gracias a la educación en su sentido más amplio, el niño puede asimilar la cultura que le rodea.

Se ha dicho que la maduración del sistema nervioso central no determina de manera absoluta al proceso de desarrollo, sin embargo lo anterior no implica que se ignore el papel jugado por esta maduración, es importante considerar “que el desarrollo psíquico del niño está ligado de modo inseparable al desarrollo de su sistema nervioso...” (Smirnov, op. cit., p. 493), lo anterior implica conocer algunas de las leyes que rigen el funcionamiento del sistema nervioso central.

Lo primero que debemos considerar es que el cerebro trabaja como una unidad funcional compleja lo cual implica que:

... las funciones mentales, como sistemas funcionales complejos, no pueden localizarse en zonas restringidas del córtex o en grupos celulares aislados, sino que deben estar organizadas en sistemas de zonas que trabajan concertadamente, cada una de las cuales ejerce su papel dentro del sistema funcional complejo, y que pueden estar situadas en áreas completamente diferentes, y, a menudo, muy distantes del cerebro (Luria, op. cit., p. 30).

Este sistema funcional tiene su origen en los elementos histórico-sociales. Debido a la participación del niño en el entorno y a los nuevos aprendizajes, pueden desarrollarse las cualidades funcionales propias del cerebro, además lo anterior implica que durante el desarrollo ontogenético estas zonas funcionales no permanecen rígidas, éstas cambian durante el curso de la actividad. Vygotski (citado en Quintanar, op. cit., p. 161) indica que existen, al menos, tres postulados básicos del desarrollo del sistema nervioso y de sus funciones:

El primero consiste en que durante el desarrollo del niño se observa un fenómeno, al cual se le denominó como el "paso de las funciones hacia arriba". Esto significa que aquellas funciones, que en los estadios iniciales del desarrollo se realizan en los centros inferiores, en los sectores inferiores del cerebro, durante el desarrollo comienzan a realizarse en los centros más altos. Esta ley del paso de las funciones hacia arriba se observa tanto durante la filogénesis (más claramente), como durante la ontogénesis del cerebro.

Debemos recordar que el trabajo de la corteza cerebral se presenta por medio de tres unidades funcionales básicas:

Una unidad para regular el tono o la vigilia, una unidad para obtener y almacenar la información que llega del mundo exterior y una unidad para programar, regular y verificar la actividad mental.

Otra característica importante es que cada una de estas unidades básicas en sí misma es de estructura jerárquica y consiste, por lo menos, en tres zonas corticales una sobre la otra: el área primaria o de proyección que percibe impulsos de, o los manda, a la periferia; la secundaria, de proyección-asociación, donde la información que recibe es procesada, o donde se preparan los programas, y, finalmente, la terciaria zonas de superposición, los últimos sistemas en desarrollarse en los hemisferios cerebrales, y responsables en el hombre de las más complejas formas de actividad mental que requieren la participación concertada de muchas áreas corticales. (Luria, op. cit., p. 43).

Este primer postulado, esbozado por Vygotski, implica que en las primeras etapas del desarrollo la información es procesada primariamente en las áreas de proyección, conforme el niño comienza a crear eslabones funcionales y comienza a enriquecerse por medio del lenguaje, las zonas de asociación son las que se encargan del análisis de la información y por último cuando el niño controla sus actos volitivos (por medio del lenguaje), los lóbulos frontales son los que permiten producir, dirigir, controlar y verificar el comportamiento del pequeño, es importante recordar que el papel de las funciones inferiores no desaparece, sino que, se subordinan a los planes de acción elaborados desde "arriba".

El segundo nos explica cómo se da este paso, qué es lo que está oculto durante el desarrollo. Esta segunda ley consiste en que durante el paso de las funciones hacia arriba, los centros inferiores que anteriormente realizaban esta función, no se separan totalmente de dicha función, sino que se conservan como una instancia subordinada a la actividad de los centros superiores (Vygotski, en Quintanar, op. cit. p. 164).

Esta ley implica que los centros inferiores pierden su independencia y ahora el desarrollo de sus funciones se determina por el centro superior. Esta subordinación provoca que la función cambie, cualitativamente hablando, por ejemplo al entablar un proceso de comunicación oral, la función acústica que antes dependía de la fuerza del estímulo ahora se dirige de acuerdo a planes conscientes, se escucha lo que desea escucharse y la información que es irrelevante se elimina del campo perceptual, pero para lograr el reconocimiento del sonido es necesario: primero descomponerlo en sus elementos esenciales (análisis) y segundo codificar la información (síntesis) para que el reconocimiento sea posible. Por ello no desaparece la función sino que cambia en su cualidad y en su forma de expresión.

El tercero podría formularse así; frecuentemente a esta ley la denominan ley de la emancipación de los centros nerviosos. La ley de la emancipación de los centros nerviosos significa que en la debilidad funcional de los centros superiores, que surge como consecuencia de causas orgánicas o dinámicas, los centros inferiores se emancipan y comienzan a actuar de manera independiente, retoman la realización de aquella función, la cual ya no se

puede garantizar por los centros superiores afectados (Vygotski, en Quintanar, *ibid.*, p. 168).

El trabajo funcional complejo implica que ante la lesión de alguna estructura nerviosa el sistema trabaja conjuntamente para tratar de regular o suplir la falta. El cerebro es autorregulable, por ello si una estructura se lesiona no se puede dejar de realizar la función, para que la regulación del comportamiento sea posible es necesario que se presenten mecanismos compensatorios, esta ley implica este proceso de compensación, por ello si a partir de la lesión una función (realizada en un centro superior) deja de presentarse, ésta pasa al control de otro centro inferior con el fin de mantener en funcionamiento el sistema. Del mismo modo, el hombre puede regular las funciones cerebrales haciendo uso de elementos artificiales, por lo que además de la regulación interna existe una regulación de corte exterior realizada, principalmente, por medios semióticos los que facilitan el control "artificial" en la dirección de las funciones cerebrales.

Vygotski formula la siguiente apreciación que es importante considerar: es primordial pensar en que etapa del desarrollo ontogenético se presenta la alteración, ya que no tendrá la misma cualidad en un niño que en un adulto "si en la niñez se altera algún centro B, entonces sufrirá más el siguiente centro superior C que el centro subordinado A" (Vygotski, en Quintanar, *ibidem*, p. 173). Esto se explica a partir de que el centro subordinado A ya desarrolló la función por ello ante la lesión del centro superior no sufre muchos trastornos; sin embargo esto no ocurre con el centro superior C que apenas está desarrollando su función y para

lograrlo necesita del centro inferior, pero si este se lesiona entonces la función que está por aparecer no cuenta con el medio necesario para hacerlo.

De esta manera el sistema nervioso central es la base necesaria para que las funciones psicológicas superiores se adquieran. Lo que debemos tener claro es que el cerebro es un sistema funcional complejo cuyas estructuras trabajan de manera armónica y concatenada con el fin de que la persona pueda regular su actividad en el medio, para entender la funcionalidad propia de los sistemas psíquicos es importante que partamos del conocimiento de las leyes fundamentales de trabajo del cerebro. Estas leyes explican la base biológica necesaria para la aparición de los sistemas funcionales complejos, sin embargo, la formación de éstos depende, de manera determinante, de la influencia histórico-cultural en la que se haya inmersa la persona y en la actividad (ya sea juego, trabajo, actividad académica, etc.) que realiza con los objetos y en las diferentes relaciones que establece.

Citando a Liublinskaia (1971, p. 22) se puede decir que:

el desarrollo del niño tiene su expresión en la influencia activa y variable de éste sobre la realidad que le rodea y sobre sí mismo. La propia experiencia práctica del niño, dirigida por los adultos, sus juegos y observaciones, su trabajo y su lectura, preguntas y hechos básicos determinan, al modificarse en los distintos períodos de su vida, su desarrollo psíquico.

A través de la práctica, el niño enriquece su comportamiento, motivando, por este camino, el desarrollo de sus funciones psicológicas superiores. La actividad del niño en el mundo de la cultura, el trabajo conjunto de éste con el adulto y con otros niños crea cualidades funcionales que se manifestarán en su personalidad y serán responsables de su desarrollo psíquico total.

Por lo anterior el concepto de desarrollo de las funciones psicológicas superiores implica:

...partir de un hombre que, inserto en su cultura y en sus relaciones sociales está de forma permanente internalizando formas concretas de su actividad interactiva, las que se convierten en sistemas que mediatizan y organizan el funcionamiento integral de todas sus funciones psíquicas. El desarrollo de los sistemas de signos, operaciones intelectuales cada vez más complejas, que se apoyan no solo en los sistemas actuales de comunicación del hombre, sino también, y de manera esencial, en la continuidad histórica del desarrollo cultural, posible solo por los distintos sistemas de lenguaje en que sintetizan los logros esenciales de la cultura a través del tiempo, lo que garantiza la continuidad de su progresiva complejidad en una dimensión histórica.
(González, 1996, p. 18).

La cooperación del niño con la comunidad que le rodea procura el desarrollo de su psiquismo, por ello, es trascendental entender al desarrollo como un proceso histórico en cuyo desenvolvimiento se encuentran inmersas las esferas biológicas, históricas, subjetivas, comunicativas, sociales, etc. de esta manera, el concepto de

desarrollo de las funciones psicológicas superiores está unido indisolublemente al entramado cultural; el niño se desarrolla a través de la interiorización cultural y social.

Asmolov (op. cit.) indica que:

...en el centro del desarrollo se encuentra, no el individuo, no el medio por separado, no la cultura por separado, sino se encuentra el movimiento, la interacción del hombre en el mundo de la cultura. Precisamente, el movimiento en el mundo de la cultura permite entender cómo la cultura constituye la personalidad, pero no únicamente eso; cómo la personalidad constituye la cultura. Nosotros llegamos a este mundo y nos convertimos en personalidades, pero ¿qué significa convertirse en personalidad? Eso significa crear mundos.

La actividad desarrollada por el niño promueve la formación, el desarrollo y la consolidación de sus funciones psicológicas. Por ello, no se puede entender al desarrollo como un proceso pasivo-contemplativo, en la medida en que el ser humano se relaciona con su comunidad puede controlar y dirigir su propio comportamiento, en este sentido la personalidad se forma a través de la actividad.

El niño al nacer es un ser indeterminado y en la medida en que se crea la simbiosis psicológica con la madre comienza a tomar cierta determinación el curso de su desarrollo. Al entrar en contacto con la cultura que le rodea enriquece sus

calidades psicológicas y, lo más importante, se desarrolla como personalidad. La cultura determina la personalidad, es cierto, pero no se trata de un determinismo unívoco, el hombre al actuar dentro del mundo de la cultura no la asimila pasivamente, él tiene la capacidad de reconstruir la información recibida del entorno determinando, a su vez, a la cultura, por ello se trata de una relación dialéctica, en la que el hombre internaliza los conocimientos alcanzados a través de las generaciones que le precedieron, construyendo activamente a su personalidad; la personalidad no es un mero adaptarse, la personalidad y el desarrollo se construyen viviendo en el mundo.

Desde la aproximación histórico-cultural se entiende al desarrollo de las funciones psicológicas superiores:

...como el paso consecutivo de una etapa a otra cualitativamente diferente, donde cada una de ellas posee un carácter unitario que reestructura la esfera psicológica del niño y se manifiesta solamente como función o funciones totales en los actos comportamentales... la esencia de dicho cambio consiste en que el comportamiento del niño pasa de una conducta dependiente del medio a una conducta voluntaria. En otras palabras, el comportamiento que anteriormente se regulaba externamente ahora se regula internamente, con la posibilidad de seleccionar su propia conducta (Quintanar, op. Cit. p. III).

Vygotski (op. cit., p. 116) dice que:

...nuestro concepto de desarrollo implica un rechazo de la opinión generalmente sostenida de que el desarrollo cognoscitivo resulta de la acumulación gradual de cambios independientes. Por el contrario, nosotros creemos que el desarrollo del niño es un proceso dialéctico complejo caracterizado por la periodicidad, la irregularidad en el desarrollo de las distintas funciones, la metamorfosis o transformación cualitativa de una forma en otra, la interrelación de factores internos y externos, y los procesos adaptativos que superan y vencen los obstáculos con los que cruza el pequeño.

El desarrollo requiere de la maduración del sistema nervioso central y la internalización de procesos interpsicológicos. El niño al actuar en sociedad internaliza aquellos elementos tanto comportamentales, como simbólicos que le permitirán desarrollar sus capacidades psicológicas, metamorfoseando, de esta manera, sus cualidades psíquicas, complejizando, cada vez, el comportamiento individual. Por lo anterior, este autor afirma que "el sistema de actividad del niño está determinado en cada etapa específica tanto por el grado de desarrollo orgánico como por su grado de dominio en el uso de los instrumentos" (Vygotski, *ibid.*, p. 42).

La actividad mental humana, está mediatizada por el uso de instrumentos (las herramientas que regulan la actividad externa del hombre y los signos que

mediatizan los procesos psíquicos). La utilización de los instrumentos facilita la transformación de los contenidos psicológicos de primarios a superiores. Parafraseando a Leontiev se puede indicar que lo que diferencia a un tipo de proceso de otro es la regulación de los mismos, así la dirección de los procesos psicológicos primarios (en las primeras etapas del desarrollo, antes de que el niño domine el lenguaje) viene dada desde fuera; son los adultos quienes dirigen el comportamiento del pequeño hacia donde ellos desean guiarlo, del mismo modo las características inmediatas de los objetos determinan la relación que el niño ha de establecer con ellos.

En la medida en que el niño comienza a manejar los mediadores culturales, y por la apropiación del lenguaje, comienza poco a poco a regular, de manera cada vez más autónoma, su actividad; ya no es absolutamente el adulto quién dirige el comportamiento del menor ahora él comienza a regular su actividad privilegiando sus motivos para la acción, es decir, el niño comienza a tomar conciencia de sí como individuo desarrollando su personalidad. Del mismo modo, el pequeño es capaz de romper con el influjo directo de los objetos, y ahora puede actuar con ellos sin necesidad de guiarse por sus características físicas inmediatas.

En suma el planteamiento central de la escuela histórico-cultural es que la actividad mental, que define a la especie humana, se caracteriza por que está *"culturalmente mediada, se desarrolla sociohistóricamente y surge de la actividad práctica"* (Cole 1990, citado en Rodríguez, 1999).

Para Vygotski el aprendizaje social antecede al desarrollo, explica la aparición de comportamientos nuevos, cualitativamente diferentes a los anteriores. Lo nuevo encuentra su base en el pasado, sin embargo, el comportamiento humano no puede entenderse como un mero adaptarse a la influencia modeladora del ambiente, ni puede explicarse a partir de la maduración del sistema nervioso central; el comportamiento humano debe entenderse como un continuo entre la influencia del ambiente y la maduración del sistema nervioso central en una relación dialéctica, entendiendo como tal, la concatenación de dichos aspectos y no como entidades diferentes. El pensamiento práctico consolida la aparición de nuevas funciones, en la medida en que el niño comienza a dominar el lenguaje su actividad se enriquece adoptando nuevas cualidades y pudiendo el niño dirigir sus comportamientos.

Al principio del desarrollo, la inteligencia práctica y el uso del lenguaje son dos líneas independientes la una de la otra, aunque en el adulto estas dos líneas convergen, así el pensamiento se torna verbal y el lenguaje se intelectualiza, para Vygotski "el momento más significativo en el curso del desarrollo intelectual, que da luz a las formas más puramente humanas de inteligencia práctica y abstracta, es cuando el lenguaje y la actividad práctica, dos líneas completamente independientes convergen" (Rodríguez, *ibid.*). Cuando esto comienza a ocurrir, el niño al actuar habla y en la medida en que la actividad aumenta su grado de complejidad, aumenta el lenguaje egocéntrico del niño, de esto se desprende que los niños resuelven sus tareas con la ayuda del lenguaje y de los sentidos

exteroceptivos. Al principio del desarrollo la percepción, el lenguaje y la acción determinan el curso de su aparición.

Uno de los postulados del desarrollo ontogenético establece que:

...toda función en el desarrollo cultural del niño aparece en dos planos. Primero aparece en el plano social y luego en el plano psicológico. Primero aparece entre la gente como una categoría interpsicológica y luego dentro del niño como una categoría intrapsicológica. Esto es igualmente cierto con respecto a la atención voluntaria, la memoria lógica, la formación de conceptos y la voluntad. Podemos considerar esta posición como una ley en todo el sentido de la palabra pero no está demás decir que la internalización transforma el proceso en sí mismo y cambia su estructura y funciones. Las relaciones sociales o las relaciones entre la gente subyacen genéticamente a todas las funciones superiores y a sus relaciones, (Wertsch, 1985, citado en Rodríguez op. cit., p. 455).

Para Harré y Lamb (citados en Rodríguez, *ibidem*) esta cita articula tres ideas fundamentales:

Primero, la idea de que las formas de la conciencia individual tienen su génesis en la apropiación de las formas de la actividad colectiva. Segundo, la idea de que la mente se conforma de la actividad y no mediante la recepción pasiva de estímulos. Tercero, la idea de que gran parte de lo que se considera

propriadamente psíquico tiene sus fundamentos en la interacción social y en la colaboración.

De tal forma, al tratar de dar cuenta del comportamiento de cualquier individuo es necesario conocer el contexto histórico en el cual se desarrolló la persona. Este análisis deberá poner un especial interés en las relaciones que se han llevado a cabo dentro del núcleo familiar (entendiendo por tal su contacto más directo e inmediato con la sociedad, ya que pueden ser padres, abuelos, maestros, etc.) pues es el primer grupo social con el que niño comienza su interacción. Es importante considerar que la actividad que desarrollan los niños es determinada en gran medida por los deseos y aspiraciones que los adultos circundantes tienen hacia ellos.

Sin embargo, esos deseos y aspiraciones se conforman por la configuración de la personalidad del propio adulto en actividad, y es esa actividad a su vez la que determina el tipo de relaciones que el niño establece con los adultos o con otros niños cerca de él; así como con los objetos circundantes, a través de la mediación instrumental.

En este sentido para comprender la manera en que el niño se desarrolla en la cultura debemos considerar el término interiorización. Vygotsky (op. cit., p. 6) describe el proceso de interiorización como:

Una operación que inicialmente representa una actividad externa se reconstruye y empieza a ocurrir internamente, y en forma conjunta con esfuerzos internos representa simbólicamente la experiencia y la reconstrucción de la actividad externa simultáneamente con una reconstrucción de la actividad interna (p. 100).

Mediante la internalización el hombre puede transformar aquellos comportamientos interpsicológicos en intrapsicológicos lo que le permitirá dirigir su propio comportamiento; por esto es importante considerar la importancia teórica del concepto de interiorización ya que este proceso permite explicar tanto el desarrollo de la orientación activa, de lo afectivo, de lo cognoscitivo, de lo volitivo, es decir, el desarrollo global de la personalidad. La actividad en sociedad permite al niño individualizarse, en la medida en que el pequeño controla el lenguaje interno puede diferenciarse de las otras personalidades, es decir, desarrollo su propio "yo" con lo cual se está dando luz como personalidad.

Al respecto de la interiorización Asmolov (op. cit.) indica que:

Existen tres aspectos en la interiorización: primero, interiorización como el paso de las formas colectivas de la actividad a partir de la colaboración, a través de la zona de desarrollo próximo hacia las formas individuales; segundo, interiorización como el paso a partir del plano externo de la acción hacia el plano interno de la misma, este es el aspecto cognitivo; y, tercero, interiorización, este es el paso en el cual aparece el propio "yo" del niño, aparece la autoconciencia, el *self*.

El proceso de internalización ocurre por medio de la utilización de los instrumentos. Al estar en contacto con la cultura los niños y las niñas la manipulan por medio de la utilización de instrumentos, ya sean herramientas o signos. Esta mediación instrumental es la que asegura la formación de los sistemas funcionales psíquicos, ya que, facilita la internalización y reconstrucción de la cultura.

Se ha dicho que la actividad del hombre es mediada por los instrumentos que le aporta la cultura, de entre estos instrumentos quizá el que tiene mayor importancia es el lenguaje. Los signos lingüísticos le permiten al adulto transmitir los conocimientos, acumulados a lo largo de la historia al niño, le facilitan dirigir su comportamiento, verificarlo, corregirlo, etc. En la etapa adulta el manejo del lenguaje permite, además de los elementos citados, una mayor abstracción de la realidad, de esta forma se pueden conocer las características generales de nuestro contexto.

Luria (op. cit., p. 16) indica que:

El niño al hacer suyas todas las técnicas principales de relación que le proponen los adultos, llega a ser capaz de modificar activamente el medio que actúa sobre él; el niño, al utilizar el lenguaje para su uso personal, altera la fuerza correspondiente de los estímulos que actúan sobre él y adapta su comportamiento a las influencias así modificadas, este es el primer paso del niño hacia la regulación de su propia actividad.

En la apropiación del lenguaje el niño pasa por dos etapas esenciales: la primera se denomina lenguaje externo, cuya función básica es la señalización de aquellos elementos esenciales tanto anímica como comunicativamente para la vida del pequeño; después de esta característica señalizadora, el lenguaje cumple la función comunicativa, el niño utiliza el lenguaje para regular su comportamiento con las personas que le rodean; segunda, en la medida en que el niño controla los elementos esenciales del lenguaje, éste adopta una nueva cualidad, no sólo comunicativa, sino que además consiste en organizar la vida interna del propio niño. Ahora el lenguaje permite al niño controlar y dirigir su propio comportamiento, el lenguaje interno es responsable de que surjan las funciones psicológicas humanas. Entre estas dos etapas de apropiación y dominio del lenguaje se encuentra el denominado lenguaje egocéntrico que implica el cambio de cualidad funcional del lenguaje. El lenguaje egocéntrico implica el creciente dominio en la utilización del aspecto lingüístico con lo que comienza a ser utilizado por el niño no sólo como medio de comunicación, sino también, como un medio para organizar su vida.

Por ello, el lenguaje es tan importante para entender el comportamiento global de las personas, pues dota de un mecanismo especial para la autorregulación del propio comportamiento, así se es capaz de hacerse cargo de sí mismo, considerando la medida en que su orientación activa le permita trabajar armónicamente con su medio interno y externo. A este respecto Vygotsky (1999) menciona que:

El lenguaje interiorizado se desarrolla a través de lentas acumulaciones de cambios funcionales y estructurales, se separa del habla externa del niño, simultáneamente con la diferenciación de las funciones sociales y egocéntricas del lenguaje y, finalmente, las estructuras de este último, dominadas por el niño, se convierten en las estructuras básicas del pensamiento.

Esto nos suministra un hecho indiscutible de gran importancia: el desarrollo del pensamiento está determinado por el lenguaje, es decir, por las herramientas lingüísticas del pensamiento y la experiencia socio-cultural del niño (p.31).

Así mismo Luria (1966, p. 8) propone que:

Por medio del lenguaje, el niño no sólo amplía su experiencia sino que adquiere nuevos modos de conducta y luego nuevos medios de organizar sus actividades mentales... esto le permite al hombre ir mucho más allá de los límites de sus capacidades físicas y organizar las formas bien definidas de su conducta activa y deliberada.

El lenguaje es responsable esencial del desarrollo de la autoconciencia y por ello de la personalidad, la actividad humana se realiza de manera comunicativa, principalmente, el lenguaje permite desarrollar la personalidad en la medida en que: primero comunica al sujeto con otras personalidades lo que facilita el proceso

de individualización y; segundo, permite desarrollar la idea del sí mismo o del yo, gracias al control y manejo del lenguaje interno.

La importancia que toma el lenguaje deriva del hecho de que es utilizado socialmente y de que, a través de su uso, se crean y aprenden las convenciones y variantes del mismo para crear una comunicación que permita el establecimiento de relaciones entre los hombres cualitativamente diferentes.

El proceso de internalización implica la reconstrucción activa del sujeto de la información recibida del entorno. El niño, a través de su trabajo constante con las cosas, y a través del lenguaje, formula sus propias nociones con respecto a las relaciones que se establecen en su esfera cultural, por ello reconstruye dicha información dando como resultado la aparición de comportamientos cualitativamente diferentes a los que le precedieron e incluso de los que depende su origen. Por ello podemos decir que la actividad interna es la capacidad de la gente, individual y colectivamente, para crear sistemas semióticos, inventar nuevo lenguaje (en cualquier categoría gramatical), encarar experiencias nuevas y tener nuevos sentimientos e ideas. Esta zona de creación produce cambios y posibilita que el lenguaje continuamente siga el ritmo de las necesidades en constante desarrollo y cambio de la población que lo maneja.

Por otro lado, la actividad externa es relativa a la naturaleza social del lenguaje. Si el lenguaje fuera algo estático e invariable, pronto inhibiría a sus usuarios en el aprendizaje y al comunicar sus respuestas a las nuevas experiencias. El cambio

en el lenguaje, ya sea temporal o permanente, pueden iniciarlo los individuos pero debe resultar comprensible y aceptado por los otros para ser efectivo en tanto lenguaje. En las relaciones sociales, el desarrollo de la personalidad experimenta el consenso del lenguaje social. Cuando el lenguaje cambia se da una transformación en la relación entre la zona de creación y la necesidad de comunicarse.

Cualquier creación personal de lenguaje junto con los sistemas y normas socialmente establecidos del mismo es necesaria para el aprendizaje. El lenguaje no se aprende exclusivamente imitando a los adultos o aprendiendo reglas a partir del contexto de uso del mismo. Cada individuo, en el contexto de su uso social, lo va transformando y de alguna manera también lo va creando para sí mismo dependiendo del grado de significación que le dé.

De esta manera, la actividad mediada del hombre le asegura el desarrollo y control de su propia personalidad. Los instrumentos que le aportemos al niño le permitirán hacer frente de una manera más efectiva a la movilidad de motivos que regulan su comportamiento. En este sentido la educación, en el más amplio sentido del término, es la vía a través de la cual se aportan los elementos mediadores.

Al hablar del origen histórico-social de la conducta se estableció que para poder llegar a la comprensión neta del comportamiento, tanto funcional como disfuncional, era necesario conocer estas características. Aparte de lo anterior es necesario saber en qué medida los instrumentos con los que cuenta el sujeto le

permiten actuar de manera funcional en el medio. La orientación activa hace uso de los instrumentos adquiridos, a lo largo de la historia evolutiva del sujeto, para poder satisfacer las necesidades que le impelen a la actividad, por ello, si la persona no cuenta con un andamiaje experiencial amplio se le complicará actuar funcionalmente. Se deben crear mecanismos que permitan desarrollar la adquisición de instrumentos con el fin de dotar a la orientación activa de herramientas a través de las cuales le permita a la personalidad regular de manera funcional el comportamiento de acuerdo a las necesidades y motivos propios de su desenvolvimiento.

Podemos concluir diciendo que el contexto cultural y social es en sí mismo un poderoso mediador. Cada grupo en el que cualquier sujeto esté inmerso será una organización social. Tomando en consideración que su formación y su estatus también delimitan las condiciones del sujeto. Pero es posible organizar dicho contexto para que las interacciones sociales sean de apoyo, y proporcionen puentes a las variantes de cada cultura y a los valores sociales que los niños van adquiriendo. Así, la capacidad de orientarse activamente y transformar el medio incrementará en la medida en que el sujeto participe en la dinámica de su propio contexto. Esta capacidad de orientarse no puede surgir de la nada, como algo espontáneo, sino que se necesita enriquecer las relaciones de interactividad del sujeto en su entorno a través de una significación más profunda y personal, en la que los elementos de transformación constante, sean parte de cada individuo, para que tenga la posibilidad no sólo de seleccionar entre varias alternativas de acción, sino de poder plantearlas por sí mismo en un proceso de creación de

zonas de sentido con una visión que sobrepase lo inmediato, y que pueda trascender su actividad psíquica a planos de mayor planeación, regulación y verificación. Esto conlleva explicar las relaciones que se establecen entre la personalidad y las funciones psicológicas superiores para comprender la manera en que se puede orientar la actividad psicológica hacia la satisfacción de necesidades y expectativas de acción.

1.3. La personalidad y las demás funciones psicológicas superiores

En este apartado, más que abordar las que pudiesen parecer las diferencias entre estas dos categorías con el fin de poder definir las, intentamos esbozar de manera sucinta las relaciones que se establecen entre las funciones psicológicas superiores con un recurso multisemántico; esto es, más que intentar abordar a la personalidad y a las funciones psicológicas superiores como algo predeterminado y apriorístico, el propósito va encaminado a entender aquellos aspectos de articulación de diversas nociones en la construcción de la teoría de la actividad de la escuela histórico-cultural.

Esta articulación puede partir de lo que hasta ahora hemos mencionado referente a que el hombre nace con un paquete morfofuncional el cual, por su naturaleza biológica, requiere de la satisfacción de ciertas necesidades; dichos requerimientos se van transformando conforme este individuo entra en contacto con su contexto histórico-cultural, esto en un proceso de internalización constante mediado por el mundo construido hasta entonces por generaciones anteriores y de manera más próxima por los adultos que le rodean; estos últimos se encargan de proporcionar los elementos de enriquecimiento cultural, mientras el individuo se va desarrollando y va tomando parte activa en su entorno al cual, a su vez, va determinando por la actividad tanto interna como externa que realice. En otras palabras:

El hombre efectivamente no escapa a la acción de las leyes biológicas. No se trata de eso; se trata de que los cambios biológicos, transmitidos hereditariamente, no condicionan el desarrollo social-histórico del hombre y la humanidad; que el proceso de desarrollo lo mueven otras fuerzas y no la acción de las leyes de la evolución biológica y de la herencia (Leontiev, op. cit.).

Pero no debemos detenernos en la consideración de esta interrelación de lo biológico y lo socio-cultural, si bien lo psicológico es el resultado cualitativo de la interacción de ambas esferas, no podemos hacer una reducción a uno u otro aspecto. Lo que se requiere es precisamente abordar esos resultados cualitativos, sin negar ni olvidar su sustrato neurofisiológico, respecto a lo cual Smirnov (op. cit.) menciona que las funciones psicológicas superiores son el resultado del complejo dinamismo de la actividad cerebral y su interiorización de lo social.

Con la consideración de que las funciones psicológicas están mediadas por el lenguaje y las relaciones histórico-sociales que se van interiorizando a lo largo de su desarrollo. Dichos contenidos psíquicos no se reducen por un lado al reflejo, ya que esto implicaría asumir una postura que implique un materialismo mecanicista implícito, ni por el otro a la conciencia que un individuo tiene de sí mismo, ya que esto no permitiría trascender la postura idealista. Estos contenidos se entenderán como parte de un sistema funcional complejo en el que confluyen las interacciones que el individuo mantiene en su contexto, pero no como una relación multidireccional *per se*, sino como una relación sustentada en la actividad

orientadora de cada sujeto en ese conjunto de interacciones sociales. Esa actividad orientadora opera como el mecanismo de internalización de la información del medio, lo que permite, a su vez, mantener los mecanismos de regulación y programación de la actividad psíquica en general.

La actividad orientadora a la que nos hemos referido no solo tiene connotaciones individuales, aunque sea parte indisoluble y básica del proceso de internalización, sino además permite la amplitud de las relaciones que mantenemos en comunidad ya que “nos determinamos no por el aislamiento sino por la relación, así también nos enriquecemos. Y la determinación que nos identifica es, al propio tiempo, la que nos diferencia” (Labastida, 1983). Estas relaciones nos ayudan de manera contundente al desarrollo de la subjetividad, posteriormente al desarrollo de la personalidad aunado a la formación de la identidad individual, todo esto en un marco del desarrollo de las funciones psíquicas superiores.

Las relaciones entre la personalidad y las demás funciones psicológicas superiores son relaciones indisolubles, en la medida en que la personalidad se despliega gracias a la adquisición y desarrollo de las cualidades psíquicas. Si el fundamento externo de la personalidad se encuentra en la cultura su desenvolvimiento interno se ubica en el sistema funcional complejo del psiquismo. La personalidad, en el curso de su desarrollo, toma poco a poco el control y la dirección de las funciones psicológicas, por ello es necesario considerar que “la personalidad es cierta unidad irrepitible, cierta integridad... por ello es necesario reconocer por personalidad el papel de una instancia integradora superior que

dirige los procesos psíquicos" (Leontiev, op. cit., p. 126). Sin embargo, no debemos ver a la personalidad como intermediaria entre el mundo interno y externo ya que la personalidad es la unidad del mundo interno gracias a la cual el hombre internaliza las pautas interpsicológicas. De tal manera, la personalidad se nos presenta como la unidad superior encargada de integrar y dirigir los procesos psicológicos a fines de corte social.

Rubinstein (1974, p. 260) indica que:

Al explicar cualquier fenómeno psíquico, la personalidad aparece como un apretado nudo de condiciones internas a través de las cuales se refractan todas las acciones externas (estas condiciones internas incluyen también los fenómenos psíquicos: las cualidades psíquicas y los estados de la personalidad)

La determinación histórico-social de la personalidad implica partir de la idea de que el individuo es un ser creador que constantemente construye medios para actuar en el contexto. La personalidad como aquel sistema en el que se conjuntan las apreciaciones personales acerca de los fenómenos acaecidos en las áreas de vida del hombre, representa la unidad de los sistemas psicológicos complejos. Los procesos de atención, memorización, voluntad, etc., que son característicos de la posición interna del hombre ante la vida, encuentran en la personalidad la dirección de su manifestación. Por ello, la personalidad es aquella función interna a través de la cual se filtrará la información recibida desde el exterior. Es necesario

indicar que si bien la personalidad filtra la información recibida, dándole un matiz personal, su función no es meramente receptiva. La postura interna también se encarga de construir activamente formas de vida, el sentido personal no surge por la mera adaptación al ambiente, surge en la medida en que el ser humano vive tanto en la esfera social como en la personal construyendo y reconstruyendo modos de comprender y actuar.

La personalidad entendida como un sistema funcional complejo (punto que se desarrollará más adelante) necesita del trabajo conjunto de todas aquellas funciones psicológicas que permiten al hombre representar en forma de imágenes, emociones, palabras, etc. las relaciones que establece en su desarrollo histórico-cultural. Hacer un análisis de la personalidad presupone elaborar un análisis en torno al psiquismo en general. La personalidad como resultado histórico-social es un sistema integrativo, multinivel que relaciona y da un sentido a los diversos mecanismos de obtención, elaboración y reconstrucción de la información.

Petrovski (citado en Shuaré, op. cit., p. 208) formula el siguiente comentario:

Hasta ahora la psicología fue la ciencia sobre la psiquis, pero a mi juicio la psiquis sólo es un aspecto de la personalidad, aunque su aspecto más importante. Yo diferencio, el desarrollo de la personalidad que tiene sus leyes, más globales que las leyes del desarrollo de la psiquis del individuo.

El psiquismo se nos presenta como parte integrativa y fundamental de la personalidad, pero ésta al representar el punto de vista propio del sujeto acerca de la vida, dirigir de manera volitiva las funciones psicológicas, determinar las relaciones que establece el sujeto con los otros y consigo mismo, es más que la suma de funciones psicológicas aisladas. La personalidad da un sentido y dirección a las funciones psicológicas por que es parte integrante de éstas. Sí la personalidad dirige las funciones psicológicas superiores lo hace por que aparece durante el desarrollo de aquellas y manifiesta la integridad del sistema psíquico, por ello se debe entender en unidad y no como contraria del mismo.

Las funciones psicológicas superiores aparecen gracias al desarrollo cultural del niño. Por ello, la personalidad presupone un origen histórico, en este orden de ideas el desarrollo cultural de la personalidad implica el control y autodomínio de sí mismo y de las funciones psicológicas, Vygotski (op. cit., p. 329) dice:

La esencia del desarrollo cultural consiste en que el hombre domina los procesos de su propio comportamiento. Pero la premisa imprescindible para ese dominio es la formación de la personalidad, de modo que el desarrollo de una u otra función depende, y está siempre condicionado por el desarrollo global de la personalidad.

La importancia que tiene la personalidad radica en el hecho de que gracias a ella el hombre puede dirigir de manera independiente sus funciones psicológicas. Las funciones psicológicas superiores permiten al hombre orientarse de manera activa

en las diferentes relaciones que establece con el mundo, sin embargo por sí mismo el psiquismo sería incapaz de dirigir al comportamiento si no contara con una instancia superior que regule su manifestación. Gracias a que esta instancia funcional existe el comportamiento autodirigido se puede presentar. En la medida en que la personalidad se desarrolla, el individuo deja de ser presa de las circunstancias y comienza a actuar cada vez más de manera independiente a ellas e incluso en su contra.

Para que la personalidad se presente es necesario que el hombre sea capaz de controlar el lenguaje y por lo tanto de dirigir por esta vía su vida psíquica. La personalidad se muestra en un complejo proceso de desarrollo que involucra la formación y desarrollo de cualidades psicológicas a las cuales, a su vez, impacta determinando su desarrollo, es decir el condicionamiento es bidireccional en la medida en que las funciones psicológicas, surgidas históricamente, juegan un papel en la determinación de la personalidad la cual en su proceso de formación dirige y determina el curso de aquellas.

En este orden de ideas Zaporózhets (citado en Davidov, op. cit.) indica que:

Hay razones para suponer que en su forma desarrollada en el hombre adulto, tal sistema de muchos niveles, de muchos pisos funciona como un todo único y durante la solución de tareas prácticas o mentales complejas se requiere el trabajo coordinado de todos los mecanismos psicofisiológicos que realizan la transformación de la información obtenida en todos los niveles de este sistema.

En el curso del desarrollo del niño los niveles de un sistema semejante se forman por etapas, uno tras otro, y aunque cuando surge un nivel más alto de actividad los niveles inferiores cambian, se desarrollan, subordinándose al control superior, ellos no pierden significación, sino que cumplen su papel subordinado en el sistema general de orientación y regulación de la actividad consciente. (p. 243)

Es posible ver a la personalidad como aquella instancia superior integrativa de la vida anímica individual. La personalidad da coherencia a las diferentes manifestaciones psicológicas de los individuos, por ello, al trabajar con ella no se puede sobreestimar algún sistema en específico, tal como la volición o el aspecto cognoscitivo, el abordaje de la personalidad implica verla en trabajo orquestado y armónico entre los diferentes eslabones que intervienen genéticamente en su formación. La personalidad implica una visión holística y funcional del psiquismo. No se debe trabajar con unidades independientes, sino con los sistemas funcionales en conjunto pues al hacerlo por la vía contraria se corre el riesgo de estudiar sólo un rasgo de la personalidad y no la personalidad.

Este sistema integrativo se caracteriza por que:

La personalidad es... una unidad indestructible de fenómenos psicológicos intervenculados.

La interconexión indisoluble de todas las cualidades de la personalidad condiciona la dependencia del contenido, estructura y manifestación de cada

una de ellas respecto de la combinación con otras cualidades y las correlaciones con las necesidades concretas que cristalizan en ellas.

(Petrovski, op. cit., p. 292)

La personalidad en un alto grado de desarrollo se caracteriza por una posición estable ante la vida, por una jerarquización de motivos dinámica y por la concordancia entre las diferentes necesidades que sientan las bases de la dirección del comportamiento, del mismo modo, y de manera no menos importante que las anteriores, por un desarrollo psicológico integral. Si se privilegia en el desarrollo de la personalidad sólo el aspecto cognoscitivo, eliminamos de la vida anímica los igualmente importantes estados afectivos, corriendo el riesgo de que el sujeto no pueda dar una dirección "lógica" a su vida emocional.

El crecimiento psicológico total promueve la individuación constante de las personas, facilita el desarrollo y control de las propias funciones psicológicas, es una fuente rica que promueve la independencia personal. En la medida en que se enseñe a reconocer la propia vida anímica y, a partir de esto, se pueda dirigir de manera autónoma el comportamiento, se dará luz a hombres capaces de actuar por sí mismos. Pero si seguimos promoviendo el autoextrañamiento humano, parcializando o incluso desconociendo la vida interna propia de cada uno, desarrollaremos hombres dependientes exclusivamente de las circunstancias y de los eventos que ocurren en su exterior. El crecimiento global de la personalidad facilita el desarrollo de la función orientativa de la misma promoviendo la funcionalidad de ésta en la esfera individual.

La orientación activa de la personalidad permite al sujeto: actuar de manera conciente, controlar, dirigir, programar y regular su comportamiento. Para que esto sea posible la personalidad trabaja como una totalidad, cuya expresión depende del trabajo orquestado de los sistemas en general. En la medida en que se busque desarrollar de manera global las cualidades de la personalidad facilitamos la funcionalidad de ella.

Por lo anterior se dice:

...la formación de la personalidad no puede caracterizarse por el desarrollo independiente de cualquiera de sus aspectos: racional, voluntario o emocional. La personalidad es realmente un sistema integrativo superior, una cierta totalidad indisoluble (Bozhóvich, op. cit., p. 254)

En suma se puede decir que:

...este enfoque sistémico posibilita, representarse, aunque sea genéticamente, la estructura psicofisiológica de la personalidad humana como sistema jerárquico complejo de planos o niveles subordinados de reflejo de la realidad y de regulación psíquica de la actividad del sujeto.

Sin hablar de los niveles prepsíquicos de aferentización y regulación de las funciones reflejas incondicionadas, hay bases para diferenciar, en primer lugar, el nivel de las acciones perceptivas, realizadas en el campo de la percepción inmediata de la situación circundante; el nivel de las

transformaciones imaginadas de la realidad en el plano del pensamiento en imágenes; luego, el nivel de las acciones mentales realizadas con ayuda de los sistemas de signos en el plano del pensamiento abstracto, conceptual, etc. Por lo que permiten juzgar los datos disponibles en la psicología, estos niveles de reflejo de la realidad están internamente ligados con los niveles de motivación de la actividad humana, los que también están subordinados entre sí, caracterizándose por una determinada jerarquía de orientaciones valorativas y disposiciones de la personalidad (Zaporózhets, op. cit., p. 242).

Como conclusión de este apartado, se puede afirmar que sólo el estudio sistémico entre la personalidad y las demás funciones psicológicas superiores permitirá entender la manera en que estos sistemas se impactan mutuamente determinado bidireccionalmente las manifestaciones y el curso de desarrollo de la persona. La orientación activa de la personalidad necesita contar con aquellas funciones que le permitan programar, regular y verificar el comportamiento humano, estos fines pueden cumplirse con la ayuda de las funciones psicológicas; de tal manera la personalidad representa la unidad superior de las funciones psicológicas, del mismo modo, representa el medio fundamental de control interno de las mismas. Es por ello que consideramos necesario ahondar de manera más puntual en los aspectos funcionales de la personalidad como un sistema complejo.

1. 4. La personalidad como sistema funcional complejo

Llegados a este punto debemos considerar la organización de la personalidad, ya que de esta forma podremos articular con mayor coherencia algunos de los elementos con que confluye. Para ello nos planteamos una serie de preguntas que son: ¿Debemos asumir que los constantes reforzamientos producen que la organización de la personalidad sea de corte asociativo como si fueran elementos aislados de un mecanismo?; por otro lado, según la concepción estadística, ¿se puede asumir que la personalidad se organiza por la suma de determinados factores, (externos, ya que parten de consideraciones y de consensos sociales, reduciendo la personalidad a lo que se espera del sujeto) independientes entre sí, que darán por gran total la manifestación individual de la personalidad?; sí es así, entonces la personalidad no es más que la sumatoria de elementos aislados; o, tercero, ¿la personalidad se organiza por la lucha psíquica ocurrida entre el ello, el yo y el súper yo?, sí aceptamos lo anterior reducimos la personalidad a nivel inconsciente eliminando la posibilidad de que ella trabaje de manera consciente, y por tanto volitiva en el medio.

Consideramos que las posturas mencionadas reducen la personalidad a un papel meramente adaptativo, en el que la función propia de la personalidad es la de asegurar la supervivencia del individuo en las condiciones externas predeterminadas (Asmolov, op. cit.). De esta manera consideran el funcionamiento de la personalidad desde una postura pasiva, además según esto la personalidad

sería el resultado de la suma de elementos independientes entre sí (hábitos, factores o estructuras psicológicas).

En el presente trabajo, partiremos del carácter activo y sistémico de la personalidad, consideramos que ella capacita al individuo para participar y autorregular el comportamiento propio, de esta manera se rompe con la presentación pasiva y mecánica, bien de un conjunto de hábitos conductuales condicionados por reforzamiento del medio social inmediato, bien como expresión inmediata de un conjunto de rasgos generales a todos los hombres o bien como la respuesta inconsciente a determinados acontecimientos.

Matthews (1997) indica que la personalidad está formado por un sin número de factores o de funciones, y que por tanto, pretender abordarla partiendo del principio aditivo es enfrentar una tarea casi imposible (pues son varios los componentes que se tienen que concatenar) por ello propone que la mejor forma de encarar el estudio de la personalidad es partir del principio relacional de la misma, es decir, reducir los factores a sus orígenes los cuales son de orden afectivo, cognoscitivo y volitivo. Si bien compartimos la exigencia del modelo relacional, creemos que el mismo tiene carencias, pues sigue presentando los tres contenidos de la personalidad como algo independiente entre sí. El trabajo, en torno a la personalidad, debe partir de entender a la misma desde su carácter sistémico, en el que los contenidos son interdependientes y que el desarrollo y cambio en uno obliga al desarrollo y cambio global del sistema.

En la bibliografía actual (e. g. González, op. cit. Asmolov, op. cit. Matthew, op. cit.), se reconoce la unidad funcional de los aspectos afectivos y los cognoscitivos; una unidad de este tipo debe explicarse a partir de un principio sistémico en donde las condiciones internas del sujeto determinan la relación de este con el medio que le rodea.

De tal manera, la personalidad constituye una unidad dialéctica que interrelaciona en cada momento de su accionar la esfera interna; representada, básicamente, por los aspectos afectivos, cognoscitivos y volitivos; y la esfera externa cuyas expresiones básicas comprenden todos aquellos mecanismos de relación y de comunicación. La personalidad debe ser considerada un sistema funcional, ya que relaciona lo interno y lo externo y no sólo eso; la personalidad constituye un sistema funcional debido a que en su desenvolvimiento interno, pre-ejecutorio, se unen todos aquellos procesos responsables del manejo de información; la personalidad concatena los contenidos afectivos, cognoscitivos y los volitivos.

Antes de desarrollar lo que entendemos por personalidad como sistema funcional complejo debemos aclarar qué entendemos por sistema, para lo cual, podemos mencionar la noción que Maturana y Valera (1993) hacen, para ellos los sistemas son un conjunto de elementos que componen un todo autorregulable y no desintegrable que son tanto abiertos como cerrados dependiendo de su funcionamiento. En una aproximación más amplia hacia aspectos psicológicos, Luria (op. cit.) retoma la noción de Anokhin (1935; 1940; 1949; 1963, citado en Luria, *ibid.*) de sistema funcional para poder explicar los mecanismos

neuropsicológicos que se desarrollan en el cerebro humano, el cual pertenece a un individuo en interacción social.

La personalidad en una primera aproximación se nos presenta como una unidad autorregulable e indivisible cuyas funciones se desarrollan de manera sincrónica, así el hablar de sistema implica partir de la unidad funcional propia de la personalidad, no podemos hablar de rasgos si con ello parcializamos el estudio de ella; en este sentido, la personalidad como sistema funcional está relacionada a la "movilidad de sus componentes" (Luria, *ibid.* p.27; Talizina, 2002) los cuales están ante la presencia de una "tarea constante (invariable) ejecutada por mecanismos variables (variantes), que llevan el proceso a un resultado constante (invariable)", este proceso de variantes e invariables permite a la personalidad ser, en su conjunto, altamente dinámica de acuerdo a los requerimientos histórico-concretos para poder modificarse y recontextualizarse, esta actualización sólo es posible en la medida en que la personalidad renueva todas sus funciones.

Como mencionamos al inicio de este apartado, la personalidad es resultado de la interacción de los componentes afectivos, cognoscitivos y volitivos, y no solamente de lo afectivo, lo cognoscitivo o lo volitivo. Por ello, la personalidad no puede explicarse de manera solipsista, desde el interior del sujeto, o por el contrario por la determinación causal desde el exterior, la personalidad en todo caso es resultado de los procesos de internalización por medio de los cuales cada individuo se forma como personalidad en un ambiente histórico-cultural determinado.

González (1989) propone que:

La personalidad no es, como se expresa en algunas corrientes psicológicas, una sumatoria de rasgos, dimensiones o factores que linealmente se expresan en formas bien definidas de conducta. La personalidad constituye una configuración sistémica de los principales contenidos y operaciones que caracterizan las funciones reguladoras y autorreguladoras del sujeto, quien, en los distintos momentos de su comportamiento, tiene que actualizarla ante las situaciones concretas que enfrenta mediante sus decisiones personales (p. 16).

Estudiar la personalidad implica abordarla como una totalidad. De lo contrario podríamos perder de vista nuestro objeto de estudio, pues separarla en unidades o rasgos es romper con su expresión sistémica. Insistimos en este punto, la personalidad sólo puede ser entendida si se le explica como un sistema. Esto implica abordar al hombre de manera íntegra, partiendo del principio de que en su constante actividad, éste no se encuentra escindido o dividido en partes que funcionan independientemente las unas de las otras. Para que el hombre pueda actuar de manera orientada en el medio es necesario que todos los subsistemas que comprenden la personalidad interactúen de forma que le permitan vivir en un mundo que constantemente se complejiza.

El concepto de personalidad, lo mismo que el concepto de individuo, expresa la integridad del sujeto de la vida; la personalidad no se reduce a trocitos, no

es un polípero. Pero la personalidad constituye una formación integral de un tipo especial. No es una integridad condicionada de modo genotípico: la personalidad no nace, la personalidad se hace. (Leontiev, op. cit, p. 137)

El sistema dinámico de la personalidad es un sistema abierto, debido a que su desarrollo está íntimamente ligado a la interacción que establece en la comunidad y con el grupo en el cual se desarrolla la persona, concebir a la personalidad como un sistema abierto permite entender procesos tan complejos tales como la autoproducción de sentidos y de contenidos de la misma. Ya que el hombre interactúa con todas aquellas esferas que componen el marco de su actividad, puede transformar y crear aquellos modos y formas en las cuales podrá expresar sus potenciales reguladores. Un hombre encerrado en sí mismo o determinado por las circunstancias es un hombre que no vive, sino que sobrevive en un mundo que constantemente lo encadena más.

La funcionalidad de la personalidad es resultado del trabajo conjunto de las diferentes funciones que la componen. Sin embargo, esta funcionalidad no se da de manera lineal y específica de cada tipo de contenido; esto es, las necesidades, los motivos, la esfera afectiva, la cognoscitiva y la volitiva, no son autorregulables como entidades independientes, sino articuladas, lo cual da la característica de "complejo" (Luria, op. cit., p.28) al sistema funcional que la personalidad representa. Por tanto, la personalidad como sistema funcional complejo no puede ser entendida como un conjunto de elementos aislados con procesualidad autónoma, tampoco significa que sus elementos se subordinen entre sí, sino que

existen relaciones jerarquizadas entre ellos con cualidades intercambiables (Ananiev, op. cit.; Bozhovich, op. cit.).

Hablar de la personalidad como sistema nos obliga a entender que su funcionamiento se va a determinar por las necesidades que el individuo busca satisfacer. En la identificación de necesidades juega un papel central el papel jugado por la orientación activa, ya que ella proporciona el medio desde el que se ha de entender la situación en la que se haya inmerso el sujeto de la actividad.

De tal manera la identificación de necesidades, que se muestran en un principio como básicas por su carácter orgánico (Galperin, 1992, p. 27), posteriormente, en la experiencia histórico-cultural, se van modificando y conformando nuevas de carácter socializado y socializante que, a su vez, dan pauta a la creación de motivos los cuales sirven de base para la orientación activa de las funciones psicológica y de la personalidad para la satisfacción de tales necesidades a través de la ejecución de tareas a corto, mediano y largo plazo (González, 1995).

Las necesidades primarias que acabamos de mencionar, junto con todo un "paquete" morfofisiológico, son las que permiten ubicar a un individuo como ente genérico (Leontiev, op. cit.), parte de una especie y por tanto de una determinada taxonomía; sin embargo, este paquete no conforma la personalidad sino que sirve de base para desarrollar funciones psicológicas más complejas y superiores dependiendo de los sistemas de actividad social en las que el individuo se encuentre inmerso. Ese desarrollo de las funciones psicológicas superiores, con

su lógica de contextualización, permite que se gesten una serie de contenidos afectivos, volitivos y cognoscitivos, que se encuentran integrados indisolublemente en un proceso de internalización y complejización constante (Bozhovich, op. cit.).

Este proceso de internalización y complejización que se manifiesta durante el desarrollo de la personalidad lo planteó Vygotsky en forma de tres leyes que son:

La primera ley que regula el desarrollo y la estructura de las funciones psíquicas superiores, que son el núcleo fundamental de la personalidad en formación es la ley de: *transición de formas y modos de comportamientos naturales, inmediatos, espontáneos a los mediados y artificiales que surgen en el proceso del desarrollo cultural de las funciones psíquicas* (Vygotsky, op. cit., p. 226).

De lo anterior podemos inferir que la personalidad se gesta por medio de la relación que establece el individuo con otras personalidades en su contexto histórico-cultural, es decir, la personalidad no se genera de manera natural; el individuo nace sin personalidad ya que ésta se forma por medio de la actividad funcional, objetual y comunicativa mediata que establece éste en su comunidad. Este paso de la natural a lo artificial nos permite decir que la personalidad es una función compleja que se crea y desarrolla de manera histórica.

El estudio del desarrollo de las funciones psíquicas superiores, que constituyen el núcleo básico en la estructura de la personalidad nos permite formular del siguiente modo la segunda ley: *las relaciones entre las funciones psíquicas*

superiores fueron en tiempos relaciones reales entre los hombres; en el proceso de desarrollo las formas colectivas, sociales del comportamiento se convierten en modo de adaptación individual, en formas de conducta y de pensamiento de la personalidad (Vygotsky, op. cit., p. 226).

En el punto anterior hablamos del paso de lo natural a lo artificial pero ¿cómo ocurre este proceso en la personalidad? La formación de la personalidad como sistema funcional complejo requiere que entendamos que las formas individuales de actividad parten de las sociales, el paso de lo social a lo individual es la clave para entender la formación de la personalidad.

La tercera ley que podríamos formular como la ley del *paso de las funciones desde afuera hacia dentro* (Vygotsky, ibid, p. 229).

Esta ley, relacionada enteramente con la anterior, implica las ideas manejadas antes, en el sentido en que la personalidad se forma y desarrolla gracias a la internalización de los sistemas sociales de actividad. Estos sistemas se convierten en base de la actividad individual en la medida en que permiten al sujeto vivir en su contexto, la internalización modifica el contenido de lo reflejado por ello encontramos que sujetos que viven en el mismo contexto y con experiencias similares manifiestan formas y modos de comportamiento disímiles. En la medida en la persona se apropia de la información la modifica, por ello no se debe entender la formación del contenido de la personalidad como la copia isomórfica del plano externo de actividad, en la medida en que se internaliza se crean formas

enteramente nuevas de entender y de actuar en la comunidad, la formación del sistema de la personalidad y de sus esferas afectiva, cognoscitiva y volitiva transcurre en un plano histórico donde la persona parte de lo que la sociedad le aporta para de ahí crear un sistema autónomo de actividad.

Estas tres leyes nos permiten entender la movilidad y dinamismo de la personalidad ante las condiciones inter e intrapsíquicas tanto en el abordaje de su desarrollo como en su articulación funcional compleja; la personalidad al estar *en* y ser parte *de* un conjunto de situaciones determinadas, se modifica ante los cambios que se gestan durante el devenir histórico de todo contexto, impactando de igual forma a su entorno; tomando en cuenta además que las relaciones interpersonales son mediadores y son mediadas a su vez por los contenidos, valores y significados (Petrovsky, op. cit.) de la actividad conjunta de distintas personalidades. De tal forma, no es factible considerar la génesis y desarrollo de la personalidad como algo independiente o disociado, sino tomar en cuenta sus peculiaridades y su carácter único que están íntimamente relacionados con otras personas dentro de un contexto similar, percibido y representado de forma particular en la conformación de un sistema funcional complejo a nivel social (Ananiev & Ilyenkov, op. cit.).

Además, la personalidad como sistema funcional complejo, dentro de la esfera de la actividad psicológica de cada persona, conforma zonas de desarrollo próximo (Vygotsky, op. cit.); esto es, por su movilidad temporal, es necesario considerar los aspectos histórico-culturales de la experiencia previa y los elementos

circunstanciales actuales, pero también resulta indispensable tomar en cuenta las posibilidades de desarrollar cualquier tipo de actividad de manera no nada más inmediata sino en un plazo a futuro en el que la tarea establecida sea el determinante de la orientación de la actividad, la cual contenga un grado de significancia (Talizina, op. cit.) para poder trascender el plano de la inmediatez de la circunstancias que se presentan al momento, además de tomar diversas actitudes dependiendo de los diversos motivos que dirigen o incitan a la actividad individual. De tal manera encontramos que la personalidad como sistema funcional complejo trasciende el plano temporal pasado y el presente, pudiendo por esta vía determinarse por lo nuevo y/o diferente, y para poder programar su actividad hacia el futuro (Nadirashvili, op. cit.).

Para que el sujeto pueda satisfacer las necesidades que sientan la base de su actividad, éste debe contar con mecanismos orientativos que le permitan comprender las características invariables de los objetos para así poder programar, dirigir y verificar el curso de la actividad. De tal manera la orientación activa se muestra como el mecanismo clave para la satisfacción de las necesidades personales y con ello un cierto grado de funcionalidad (Galperin, op. cit.).

De esta funcionalidad podemos partir para encontrar la lógica de la personalidad, la cual cuenta con determinadas peculiaridades que son las que conforman las diferencias individuales y que obligan a no tipologizar ni a la personalidad ni a sus peculiaridades (Zeigarnik, op. cit.); esto es, cada personalidad, dependiendo de

sus sistemas de actividad, crea formas únicas e irrepetibles de expresión y funcionamiento. De tal manera, la personalidad al actuar como sistema crea zonas de significado a partir de las cuales el sujeto evaluará su contexto y desde las cuales dirigirá su comportamiento.

Una vez que el individuo ha creado sus propios sistemas de significados y, por ende, una mayor personalización de la información adquirida, conforma y expresa su identidad precisamente como individuo-personalidad en situaciones comunicativas que le conduzcan a la consolidación de tal identidad y representación del "yo" (Petrovsky, op. cit.; Petrovsky, op. cit.; Asmolov, op. cit.). Tal representación se origina por la unidad dialéctica que existe en los diferentes eslabones determinantes de la actividad. La individualidad es un complejo proceso de construcción y reconstrucción dinámica de la información, por que el hombre es un ser activo puede crear sistemas personales de actividad, en este sentido, la orientación activa de la personalidad proporciona la base desde la cual se podrá edificar a la personalidad. Partiendo del principio del sistema abierto dinámico de la personalidad podemos acercarnos a la comprensión de la misma.

Por todo lo anterior podemos afirmar que la personalidad no consiste en la aditividad de rasgos o de aprendizajes, la personalidad representa un sistema funcional complejo en la medida en que cada función (programadora, reguladora, verificadora, afectiva, cognoscitiva, etc.) necesita, para su expresión y funcionamiento, del trabajo concatenado y armónico de los otros elementos.

La funcionalidad de la personalidad se origina por la capacidad de ésta de satisfacer los motivos individuales de existencia, en la medida en que la personalidad cuenta con el elemento orientativo puede satisfacer las necesidades. Del mismo modo, y en consonancia con lo anterior, sólo una consideración sistémica de la personalidad permite comprender al carácter activo de la misma, una de las funciones de la personalidad consiste en programar, regular y verificar el sentido y el contenido del comportamiento, desde esta visión la personalidad produce a hombres que viven en el mundo que le circunda, con la posibilidad de transformar constantemente las relaciones histórico-culturales que se le presentan. En la medida en que entendamos el principio sistémico de la personalidad podemos acercarnos a la comprensión de las manifestaciones complejas de la misma.

Capítulo 2. Orientación Activa de la Personalidad

La noción de orientación de la personalidad generalmente se relaciona con la jerarquía de los motivos, desde esta perspectiva al hablar de orientación de la personalidad se hace alusión a las tendencias comportamentales estables que guían el comportamiento individual (González, 1990). Sin embargo, y a diferencia de este punto de vista, nosotros consideramos el término orientación de la personalidad desde los aspectos funcionales que permiten al sujeto comprender las características fundamentales de las relaciones que establece la persona.

Desde este punto de vista, la orientación activa de la personalidad se gesta a la par de la jerarquización de los motivos. Lo anterior parte de la postura según la cual la actividad crea necesidades, éstas a su vez motivos, los que desembocan en la actividad, de tal manera el principio de la actividad es la actividad misma, por ello consideramos que un paso previo para la jerarquía de los motivos es la formación del cuadro de las circunstancias en las que se desenvuelve dicha actividad. Los motivos se originan por la comprensión que tiene la persona de alguna carencia propia, la conciencia de ésta motiva al hombre a buscar su satisfacción, estas tendencias, de mantenerse a lo largo del tiempo, formarán determinadas jerarquías motivacionales, las que a su vez darán una constante a las manifestaciones propias de la personalidad.

Para que la personalidad pueda programar, regular y verificar de manera funcional la actividad propia que el sujeto ejecuta en su vida cotidiana ésta necesita ante

todo la comprensión de las determinantes de las circunstancias. Requiere formarse psíquicamente la representación de la situación en la cual debe desenvolverse su actividad.

Si partimos de la idea de que la personalidad es un sistema superior psicológico, dinámico, individual e irrepetible que representa la estabilidad de los motivos personales, conformada a partir de la actividad histórico-cultural e histórico-individual que el hombre realiza con los medios internos y externos de acción, encargada de programar, dirigir y regular la actividad del hombre, se comprende la necesidad que tiene ésta de contar con una representación mental del medio en el cual ha de expandir sus funciones.

Si la personalidad representa la unidad de las funciones y contenidos psicológicos y si además en su papel activo, que tiende a la satisfacción de los motivos, se comprende la importancia de que para cumplir este fin la personalidad pueda orientarse activamente en el medio en el cual desarrolla su actividad. De manera sumaria se puede decir que la orientación activa es aquel mecanismo comprensivo que permite a la personalidad entender el cuadro de las circunstancias (las características invariables y determinantes de la situación, los elementos que las constituyen, sus causas, posibles consecuencias, etc.) ante las cuales debe desenvolverse. El plano orientativo comprende el esbozo de un plan de acción, es decir, comprende un aspecto programador del comportamiento, el cual será determinado por la configuración propia de la personalidad, además de este plano programador, la orientación activa incluye un aspecto ejecutor.

Galperin (op. cit., p. 63) indica que:

...comprender una situación dada es una tarea general de la actividad orientadora investigativa, la cual supone más o menos una distinción clara de tareas consecutivas que se supeditan a ella: el análisis de la situación, distinción del objeto de necesidad actual, aclaración del camino a seguir para alcanzar el objetivo, control y corrección, o sea, regulación de la acción a lo largo del proceso de ejecución.

De esta manera la actividad orientadora propia de la personalidad comprende la formación del cuadro de las circunstancias y de ahí aquellos mecanismos que promueven la ejecución del plan de acción para la actividad. Para que la personalidad pueda dirigir sus esfuerzos hacia la satisfacción de aquellos motivos principales del sujeto, éste necesita formarse una imagen mental para de ahí establecer objetivos intermediarios tendientes a la satisfacción del motivo, o motivos, desencadenantes.

Si el medio histórico-cultural en el que vive el sujeto fuera invariable, la personalidad, por medio de constantes reforzamientos, podría satisfacer sus necesidades y motivos a partir de respuestas automáticas o hábitos. Por desgracia, para los teóricos que promueven el papel adaptativo de la personalidad, el medio histórico-cultural en el que se desenvuelve la actividad del hombre es variable, cuanto más variable en la medida en que el sujeto concreto lo transforma a partir de su propia actividad. En este medio variable, para que la

personalidad facilite la actividad del hombre necesita actualizarse en cada momento, es decir, requiere aclarar y resolver constantemente situaciones problemáticas nuevas, para cuya solución las respuestas automatizadas son insuficientes. De esta manera la orientación activa de la personalidad permite al sujeto de la actividad solucionar disyuntivas nuevas, lo cual además le permite crear mecanismos de generalización de los modos en que sus sistemas de actividad se conforman y modifican.

Por ello Galperin (ibid, p. 53) enfatiza:

La tarea general y más importante de la actividad orientadora investigativa consiste en descubrir la causa que produce la discordancia, señalar el modo en que debe ser realizada la acción de acuerdo a las nuevas condiciones y solamente después llevarla a cabo. Aquí, la acción está determinada no por una combinación de estímulos y por las respuestas motoras del organismo, sino por una nueva relación que se establece entre las cosas, y que se distingue por estar orientada a un fin.

La orientación activa de la personalidad permite al sujeto actuar de manera funcional ante las exigencias cambiantes de nuestro entorno, y ante sus propias exigencias, y no sólo eso, en la medida en que el hombre puede programar su comportamiento, a partir del conocimiento de la situación, tiene la capacidad de trascender las circunstancias inmediatas y dirigir sus esfuerzos hacia la satisfacción de motivos futuros. La determinación por la finalidad consiste en la

idea de que la actividad de la personalidad no está encadenada al pasado por un lado o al presente por el otro, gracias a que la orientación activa proporciona a la personalidad la información necesaria para conocer los elementos constitutivos (invariantes) de las cosas, ésta puede trascender la inmediatez y dirigir sus esfuerzos hacia la autoconstrucción futura del hombre o en otras palabras hacia la satisfacción de motivos futuros.

Según Bradley (2000), el origen de algunas formaciones psicopatológicas, se encuentra en la incapacidad del sujeto de regular consciente y volitivamente su actividad, de tal manera la ignorancia de las circunstancias orilla al sujeto a establecer respuestas disfuncionales a los eventos y relaciones que mantiene con su comunidad. Según la autora, una de las maneras que se tienen para reducir esta formación patológica consiste en hacer consciente a la persona de los motivos que le impelen a la acción. De esta manera la comprensión de las circunstancias (orientación activa de la personalidad) promueve el desenvolvimiento funcional del comportamiento personal. Con lo anterior queda de manifiesto la importancia que juega la orientación activa como medio que permite autorregular el comportamiento.

El origen de la orientación activa se encuentra en la constante interacción del sujeto con la esfera histórico-cultural (y como se dijo anteriormente, en el trabajo concatenado de las funciones psicológicas superiores). Las fases por las que atraviesa la formación de la orientación activa se pueden abreviar de la manera siguiente:

- 1) Etapa de la orientación materializada, es decir, de la orientación que completamente (o en partes) se apoya en los objetos originales o en su representación.
- 2) Etapa de la orientación en el lenguaje hablado, es decir, cuando estos índices sólo se pronuncian en voz alta.
- 3) Etapa de la orientación a nivel mental, cuando los índices de la orientación se utilizan mentalmente, sólo para sí.

La orientación activa pasa de su base material a su representación mental, (en forma de imagen, conceptos, palabras, sentimiento, emociones, etc.) en la medida en que el sujeto domina el lenguaje, así pasa por una etapa de lenguaje egocéntrico, en el cual el sujeto al actuar habla hasta que poco a poco se convierte en lenguaje interno o mental, en donde la regulación de la actividad se presenta psicológicamente, es decir, pasa a la comprensión psicológica del mundo externo. De tal manera el hombre se orienta en el mundo de manera teórica, ideal, a través de las funciones mentales el hombre puede programar y regular su actividad...

...al pasar al plano de la representación se transforman de acciones reales en imágenes de las acciones concretas y por ello en acciones teóricamente orientadas. Las distintas funciones psíquicas no son otra cosa que las formas diversas de orientación que se diferencian en el hombre, sobre la base del trabajo y del lenguaje y en relación con las múltiples tareas que debe cumplir.

Galperin subrayó que la actividad de orientación contiene dos partes: la formación de la imagen del mundo subjetivo y la orientación en ese mundo sobre la base de la imagen así formada; la psiquis es la actividad de orientación del hombre, derivada de su actividad práctica y que está al servicio de ésta. (Shuaré, op. cit., p. 172-173)

Una vez que el hombre se ha orientado mentalmente en la situación puede programar el plan de actividad (de ejecución), por ello además de las funciones mencionadas la orientación activa promueve la ejecución de la actividad en la medida en que la programa, la regula y la verifica. En este sentido Zaporozhets (citado en Shuaré, *ibid*, p. 184) indica:

... en cualquier acto existen dos fases: la de orientación y la ejecutiva; que las relaciones entre estas fases cambian tanto a lo largo de la asimilación de la nueva acción como con la edad del sujeto: si al comienzo la fase de orientación tiene un carácter externo y desplegado, posteriormente se abrevia, se reduce, cambia su estructura y se hace inadvertible para el observador. Esto permitió a Zaporozhets concluir que las formas internas de orientación proceden de sus formas externas y que los procesos psíquicos no son otra cosa que acciones de orientación realizadas en el plano interno.

De esta manera la orientación activa de la personalidad permite al sujeto orquestar todas aquellas funciones que facilitan la satisfacción de los motivos. La concepción sistémica de la personalidad nos permite decir que el plano orientativo

de la personalidad incluye los contenidos afectivos, cognoscitivos y los volitivos, por cuanto estos son expresiones diferentes de una misma función orientativa.

La actividad orientadora no se limita únicamente a las funciones intelectuales, sino que abarca todo un abanico desde la percepción hasta el pensamiento. Las necesidades los sentimientos y la voluntad no sólo requieren de orientación, sino que desde el punto de vista psicológico no son otra cosa más que formas diferentes de actividad orientadora del sujeto en diferentes situaciones problemáticas y ante los diferentes procedimientos de solución. (Galperin, op. cit, pp. 82-84)

En la actividad el hombre constantemente adjudica sentidos psicológicos a las diferentes situaciones que enfrenta, estos sentidos se originan por los diferentes mecanismos orientativos que ha desarrollado la persona, esto es, durante el proceso de desarrollo humano la educación que ha recibido este y los diferentes modos de interiorización que cada persona elabora hará que los contenidos de la personalidad cambien. A su vez estos contenidos se formarán en buena medida, gracias a la función orientativa de la personalidad, por ello se dice que los afectos, las cogniciones y la volición son funciones orientativas pues permiten al sujeto formar determinados sentidos, representaciones, y formas de comprensión y actuación de las diferentes actividades que ejecuta en su vida cotidiana.

Así nosotros identificamos la orientación activa de la personalidad como aquella capacidad de ella de dirigir su actividad hacia fines específicos, conscientes,

creados por las necesidades y motivos de cada persona en actividad, que concatena de manera armónica los contenidos afectivos, cognoscitivos y volitivos. Para que el individuo pueda satisfacer sus motivos propios de existencia necesita desarrollar ampliamente su capacidad orientativa, ya que esta función le facilitará: primero el reconocimiento mental de la situación; segundo, la orientación sobre la base de esta representación; tercero, programar la actividad tendiente a la satisfacción de los motivos, y; cuarto, regular y verificar el correcto funcionamiento de la actividad. La orientación activa de la personalidad facilita al hombre la solución de disyuntivas nuevas, del mismo modo que promueve la autoconstrucción individual y le facilitará romper con la determinación por las circunstancias permitiéndole vivir y no sobrevivir en el mundo.

2.1. Desarrollo de la personalidad

El tema del desarrollo de la personalidad nos envuelve en la consideración de aquellos mecanismos que promueven la complejización de las relaciones que establece el hombre con su medio y producto de esto de los cambios cualitativos que ocurren en la esfera psicológica general. La personalidad, al ser un producto históricamente determinado, encuentra las fuentes de su desarrollo en las relaciones-activas-cooperativas que establece el sujeto con la sociedad, esto es con el grupo de coetáneos con los cuales convive.

El desarrollo de la personalidad debe ser entendido como una transformación dialéctica de los sistemas de actividad que el sujeto establece consigo y con la sociedad. Por ello, no debe concebirse el desarrollo como la maduración de funciones innatas que con el paso del tiempo alcanzan su punto de máxima expresión funcional, ni como la acumulación cuantitativa de habilidades y aprendizajes, el desarrollo de la personalidad es la internalización y transformación cualitativa de la información recibida creando con ello sistemas funcionales psicológicos, que ocurre en el transcurso de la historia individual del sujeto y que encuentra su origen en las condiciones histórico-culturales en las cuales se haya inmersa la persona.

La personalidad se desarrolla en la medida en que las actividades que realiza el hombre en su vida cambian en su forma, dirección y objetivos. Los cambios se producen por la influencia personal y social. De tal manera la edad evolutiva se

determina sobre la base de los diferentes sistemas de actividad que el hombre realiza a lo largo de toda su vida, por ello Petrovski (op. cit.) indica:

... el conjunto de estas condiciones exteriores e interiores es lo que determina lo específico de la edad, y el cambio de la relación entre ellas condiciona la necesidad y la particularidad del paso a la siguiente etapa evolutiva.

La edad, por lo tanto, se caracteriza por las particularidades de las condiciones de vida y exigencias que se plantean al niño en cada etapa de su desarrollo, por las particularidades de sus relaciones con quienes lo rodean, por el nivel de desarrollo de la estructura psicológica de la personalidad del niño, por el nivel de desarrollo de sus conocimientos y su pensamiento y por el conjunto de determinadas características fisiológicas. (p. 40)

El desarrollo de la personalidad debe ser entendido como la adquisición, transformación y creación de habilidades y comportamientos ocurrida en la esfera histórico-cultural. "La personalidad es un producto relativamente avanzado del desarrollo histórico-social y ontogenético del hombre." (Leontiev, op. cit., p. 138), por ello la personalidad se crea con los sistemas de actividad que ejecuta el individuo en, y con, su sociedad y posteriormente consigo mismo.

González (op. cit., p. 119) indica:

Las células psicológicas esenciales del proceso de desarrollo de la personalidad son sus vivencias y puntos de vista, sobre cuya base se aglutina

un trabajo activo del sujeto para darle un sentido a estos elementos en los marcos de su sistema personalizado actual, lo que lleva a que este sistema crezca y se amplíe de forma continua, como momento precedente de todo cambio cualitativo más profundo...

El origen de la personalidad se ubica en las relaciones histórica-culturales del sujeto con su medio; sin embargo, no se debe entender el desarrollo de la personalidad como un proceso externo ya que la esencia del desarrollo consiste en la transformación y personalización de las vivencias históricas. Por que el hombre es un ser activo no puede entenderse el desarrollo de su personalidad como la acumulación pasiva de comportamientos. El ser humano es capaz de dirigir su propio proceso de desarrollo en la medida en que éste revoluciona internamente (proceso esencialmente cualitativo), por medio de la representación mental del mundo, las diferentes actividades que establece con su sociedad. Por lo anterior González, en la cita precedente, afirma que las células del desarrollo son las vivencias y puntos de vista del sujeto y no de la sociedad.

Nuestra concepción de la personalidad involucra la idea de que ésta se crea por medio de la actividad. En este orden de ideas nosotros hablamos de sistemas de actividad, ya que consideramos que cada etapa evolutiva se define por las diferentes relaciones (actividades) que el sujeto tiene. Definir un período evolutivo dado a partir de una actividad prevaleciente o principal es restringir las demás vías de expresión activa de la persona. Más que tratarse de una actividad definitoria para un tipo de estadio (o en palabras de Bozhovich "neoformación") requerimos

hablar de sistemas de actividad, ya que se revoluciona toda la actividad del sujeto y no solamente las actividades lúdicas, cognoscitivas, volitivas, afectivas, etc., el cambio ocurre en el sistema de actividad general. Por lo anterior compartimos la opinión de González (2002) en el sentido de que "pensamos que ningún tipo de actividad particular -llámese manipulación con objetos, llámese actividades de estudios, etcétera- puede hegemonizar el momento del desarrollo en ninguna de sus etapas (González, *ibid.*).

Este mismo autor afirma que la clasificación del desarrollo por períodos de actividad fundamental tuvo como consecuencia la división de los procesos afectivos y los cognoscitivos, ya que, se consideraba que en una etapa dada (de los 0 a los 3 años, por ejemplo) la actividad prevaleciente era de tipo afectivo indiferenciado, por lo tanto se llegaba a la conclusión de que los elementos cognoscitivos aún no alcanzaban un grado óptimo para su expresión. Lo cognoscitivo se desarrolla principalmente por la inserción del niño en la escuela por tanto las actividades cognoscitivas son las fundamentales para los niños que asisten a las instituciones de educación formal, etc.

La personalidad se desarrolla como un sistema donde el cambio ocurrido en alguno de sus eslabones propicia el cambio en el sistema general, así en la medida en que las funciones afectivas evolucionan las expresiones cognoscitivas tienen un cambio en el sentido que le adjudica el niño. Así un niño que afectivamente tiene problemas en el hogar al desarrollar funciones cognoscitivas

lo hará de manera poco efectiva pues el problema afectivo propicia la falta de interés por las cuestiones académicas.

Por lo anterior el discurso del desarrollo de la personalidad debe basarse en sistemas de actividad:

No es la actividad en su implicación operacional la responsable lineal del proceso de desarrollo que se opera en la personalidad durante la realización de la misma, sino el sistema de interrelación y múltiples influencias simultáneas que se crean para la realización de una etapa concreta.

(González, *ibid*, p. 123)

Dijimos que el desarrollo es por su origen social, del mismo modo afirmamos que es esencialmente un proceso interno, por lo anterior el desarrollo de la personalidad requiere explicar el cambio ocurrido a nivel de los motivos que dirigen la actividad. En este sentido cabe anotar que en la medida en que cambia la dirección de los motivos cambia la tendencia orientadora de la persona, de tal manera el cambio de los motivos requiere que constantemente se actualice la esfera de la orientación activa de la personalidad pues a partir de ella el sujeto podrá dirigir su comportamiento para, en la medida de lo posible, resolver conscientemente la nueva formación motivacional.

En lo que respecta a los motivos González (1995) indica:

llamamos motivación al conjunto concatenado de procesos psíquicos (que implican la actividad nerviosa superior y reflejan la realidad objetiva a través de las condiciones internas de la personalidad) que teniendo el papel activo y relativamente autónomo de la personalidad, y en su constante transformación y determinación recíprocas con la actividad externa, sus objetos y estímulos, van dirigidos a satisfacer las necesidades del hombre, y en consecuencia, regulan la dirección (el objeto-meta) y la intensidad o activación del comportamiento, manifestándose como actividad motivada.

El cambio en el sistema de actividad, ocurrido por la reestructuración interna y por las exigencias crecientes del grupo social hacia la persona, provoca que las motivaciones que inducen al comportamiento evolucionen, pues ante la nueva situación las necesidades a satisfacer no pueden ser las mismas. Internamente el desarrollo de la personalidad ocurre por la transformación cualitativa de su esfera motivacional, cambiando con ella las relaciones que se establecen en el sistema general de la actividad, por lo anterior, este autor afirma que en la motivación actúa la personalidad como sistema ya que ésta se reestructura. Las relaciones entre la personalidad y la motivación son relaciones indisolubles en la medida en que la primera determina el curso que ha de seguir la motivación humana por cuanto es ella quien concatena los sentidos individuales y las necesidades que guían el comportamiento, González (ibid.) lo dice de esta manera:

...la personalidad determina a la motivación, participa en ella, la engendra en la interacción del individuo con su medio. Si no existe la personalidad, tampoco existe la motivación humana, pues esta última es una expresión, una manifestación de la personalidad en el contexto de la vida actual, interna y externa, del sujeto." (p. 22)

En este orden de ideas cabe hacer la siguiente apreciación:

La psicología de la personalidad es antes que nada psicología del desarrollo de los motivos de la personalidad. Quiero comprender la personalidad, debo comprender los motivos; para qué vivo. En relación con esto, existen tres características de la personalidad en relación con los motivos: la primera es la amplitud de las relaciones de la personalidad con el mundo (la amplitud de las relaciones en el mundo), uno vive en un mundo muy pequeño, está totalmente cerrado, sus motivos son muy pequeños uno o dos y ya, ¿qué es la personalidad de un fanático? Es la personalidad de un hombre con motivos muy pobres, en la clínica esto se llama idea fija... El desarrollo normal de la personalidad presupone dos mecanismos. Primero, el mecanismo más típico; conflicto, el conflicto desarrolla la personalidad... Existen conflictos que desarrollan pero existen los conflictos que destruyen, que conducen a neurosis, la desintegración y lo más importante al empobrecimiento de los motivos de las relaciones. El conflicto constructivo conduce al nivel nuevo del desarrollo de la personalidad.

Segunda vía del desarrollo es la cooperación y no el conflicto; la cooperación con otras personalidades induce al desarrollo (mecanismos de simbiosis)...

Segunda característica de la personalidad, jerarquía de motivos (superiores e inferiores). ¿Qué tanto los propios motivos se encuentran en desacuerdo? Es un problema clave para la psicología de la personalidad.

Tercero, el perfil de los motivos. El dibujo general de los motivos... (Asmolov, op. cit.).

Si la personalidad cumple un papel integrativo y regulador del comportamiento individual, lo hace por que representa la unidad de los motivos, del mismo modo la dirección que ha de seguir la toma de decisiones para la solución de los motivos está unido a la configuración de los diferentes sentidos que le adjudica el hombre a su contexto. De tal manera para entender el desarrollo de la personalidad necesitamos considerar los cambios ocurridos en la esfera motivacional de la persona, ya que estos cambios obligan a reestructuraciones crecientes del aspecto regulador y orientador de la personalidad.

En la cita de Asmolov se reconocen las dos vías centrales que dirigen el paso de una etapa evolutiva a la otra. Los sistemas de actividad se modifican en las diferentes etapas del desarrollo; primero, por la complejización creciente de intereses y exigencias hacia la persona, lo cual deviene en la formación de conflictos de personalidad que revelan la presencia de situaciones problemáticas actuales para cuya solución las respuestas automáticas son insuficientes, de esto se desprende que la personalidad para desarrollarse necesita crear su aspecto orientador activo para encontrar aquella vía que permita resolver la nueva

formación motivacional. La aparición de estos conflictos revelan a la persona que sus respuestas tradicionales ante los eventos son insuficientes y por lo tanto debe crear nuevos mecanismos ejecutivos para enfrentar el problema, la solución de un conflicto manifiesta un cambio revolucionario en los sistemas de actividad, ya que provee al sujeto de nuevos mecanismos de regulación personal en el medio, y producto de esto coloca a la persona en una nueva etapa, cualitativamente diferente a la anterior en el desarrollo de su personalidad.

Así el conflicto se presenta como una vía del desarrollo más que como una vía que lo detiene o que sólo produce formaciones neuróticas. Ante el conflicto el sujeto tiene que hacer uso de todos aquellos medios de relación que le permitan formar nuevos sistemas de actividad funcionales ante la nueva situación. Una de esas vías es la cooperación con otras personalidades. La cooperación representa el segundo medio a través del cual se presenta el cambio de una etapa evolutiva a la otra, Vygotski definió la importancia de la cooperación con su concepto de zona de desarrollo próximo, según el cual la cooperación permite al niño pasar de su nivel de desarrollo actual al potencial y por lo tanto facilita el camino hacia el desarrollo global de la personalidad.

Además, estos motivos se empiezan a desarrollar desde las primeras etapas de vida de la persona, lo que ha ocupado, en buena medida, una gran atención dentro del campo de la psicología, por el tipo de experiencia que se va adquiriendo en ese período, conjuntamente de que el desarrollo psíquico del niño manifiesta una gran diversidad de cambios, ya que, entre otras cosas, está altamente

relacionado con el desarrollo físico, psicofisiológico, y la incorporación del niño como un sujeto más dentro de una o más dinámicas situacionales como son la familia, la relación que mantiene con los adultos en general, las relaciones con otros niños, con los objetos que le rodean, el ámbito escolar, etc. ya que “desde el momento del nacimiento el hombre se enfrenta con estas condiciones ya elaboradas, y su desarrollo primario es, naturalmente, la formación de nuevas cualidades, formación inseparable de la adaptación a estas condiciones” (Ananiev, op. cit., p.144). Todas estas circunstancias – o tan sólo aquellas en las que participe el niño – son clave ya que en ellas se gestan paulatinamente las cualidades, habilidades y hábitos de corte práctico, ético, académico, intelectual que servirán de base para la conformación de los contenidos cognoscitivos, afectivos y volitivos de la personalidad en desarrollo.

Con lo anterior no pretendemos decir que “infancia es destino” sino que dichas condiciones son fundamentales, ya que, las cualidades de cada actividad y dinámica en la que el niño participe servirán como punto de partida hacia la orientación que cada individuo dé a su propia actividad; más no como un determinante inequívoco, sino que por medio de dicha orientación, a través de las alternativas de vida, será el instrumento base para la transformación de sí y de su contexto. Por ello compartimos la opinión de Zaporozhets (op. cit.) en el sentido de que:

...para la realización de las posibilidades potenciales del niño pequeño y para su desarrollo armónico, no se dan mediante la enseñanza

supertemprana, dirigida a interrumpir la infancia y a transformar prematuramente al niño en un preescolar y al preescolar en un escolar. Es necesario, por el contrario, el despliegue amplio y el enriquecimiento máximo del contenido de las formas específicamente infantiles de actividad lúdica, práctica y plástica, así como también de la comunicación de los niños entre sí y con los adultos. Sobre esta base debe llevarse a cabo la formación consecuente de aquellas valiosísimas propiedades y cualidades espirituales, para cuyo surgimiento se crean las premisas más favorables en la infancia temprana y que, como hemos tratado de demostrar, entrarán posteriormente en el arsenal de la personalidad humana ya madura (p.151).

Entonces, si partimos de la idea de que infancia no es destino, sería importante entender que tal enriquecimiento de las condiciones de vida del niño está en contra de una postura en la que se le considera como un ente limitado, inmaduro, asocial, con una gran incapacidad para dirigir sus actos, pensar "adecuadamente", resolver problemas, etc., y que además considera, en algunos casos, que los niños nacen con un "paquete" genético, el cual contiene la información, rasgos y propiedades de cada persona. Una postura de tal tipo elimina las condiciones históricas del individuo, al mismo tiempo descarta la posibilidad de actividad del mismo por considerársele un ser acumulador mecánico de la información del medio. En este sentido, resulta importante entender la forma en que se desarrolla cada niño, dependiendo de su propia experiencia social y cultural, en un determinado periodo histórico, ante circunstancias, si bien parecidas entre los que lo rodean, no igualmente internalizadas en la orientación de su actividad.

En tal orden de ideas, la labor de los adultos relacionados con el niño consiste en enseñarle hábitos y conocimientos básicos que le permitan desarrollar las capacidades necesarias para desenvolverse en su entorno; este proceso no se refiere a una mera adaptación por parte del niño a las condiciones preexistentes, sino que está vinculado a la posibilidad dialógica en la que las personas relacionadas puedan comunicarse para así establecer elementos de transformación constante atendiendo las necesidades subjetivas de cada personalidad sin que ello implique un "individualismo extremo" (Suchodolski, 1986, p. 260), el propósito entonces radica en que el niño sea capaz de darle significado a lo que el mismo decide realizar.

Esa significación es parte de la organización de la vida del niño, que a través de la actividad puede formar necesidades y motivos sociales cuya conformación relaciona aún más al niño con su entorno. La manera en que se gesta dicha relación tiene que ver con el nivel de observación del niño de los comportamientos de los demás, influida por las acciones externas, pero con un alto contenido de iniciativa propia, como parte de un proceso de selección y de ahí de orientación de su actividad psíquica.

Esa iniciativa propia o "convicción" va modificando el tipo de contenidos de la personalidad en desarrollo, ya que las vivencias afectivas, con la posibilidad de satisfacción o insatisfacción de las necesidades hasta entonces conformadas, tienen gran relevancia en la función reguladora del comportamiento, el cual se encuentra en constante confrontación ante las exigencias del adulto. Esas

vivencias se van complejizando conforme el niño va adquiriendo conocimientos y empieza a darse cuenta del nivel de relación y correspondencia que tienen sus actos y los resultados de los mismos ante las ya mencionadas exigencias del adulto quien a través del lenguaje va regulando la volición del niño, tomando como fundamento las normas y requerimientos sociales (Makarenko, 2001).

En otras palabras, las vivencias afectivas con su correspondiente grado de adquisición de información y la contrastación de esta última por medio de la volición están articuladas para dar forma a los contenidos de la personalidad, pero no sólo como una cuestión "circunstancial" por encontrarse inmerso en un contexto, sino con un carácter "vivencial" en el que el niño poco a poco va desarrollando la capacidad de orientar su actividad psíquica la cual se va tornando más compleja y más significativa tanto social como personalmente.

Este último punto merece una acotación que consiste en que si bien partimos, como aspecto de un abordaje epistemológico, de las vivencias afectivas, no queremos con esto decir que la afectividad sea la base de la formación de los demás contenidos (volitivos y cognoscitivos), por el contrario, lo que se plantea es la concatenación de los tres tipos de contenidos, que se van gestando con el apoyo de unos y otros; esto es, en algunos tipos de actividad se puede pretender que el niño aprenda algo en un sentido académico lo cual implicaría, a simple vista, el desarrollo o enriquecimiento de los contenidos cognoscitivos; sin embargo, existe un cierto "nivel de pretensiones" (Zeigarnik, op. cit.) que involucra las esferas tanto afectiva como volitiva en el proceso de la adquisición del

conocimiento mencionado, y que son manifestadas en la actitud, la atención y el grado de motivación (entre otras) del niño hacia tal proceso.

Hasta ahora hemos esbozado la formación de la personalidad de manera general; sin embargo, existe un elemento sumamente relevante en el trabajo de distintos autores (Vygotsky, op. cit.; Liublinskaia, op. cit.; Piaget, 1998; Freud, 2000; Wallon, 1951, etc.) que han abordado este tema y que es el de la edad.

Este tema se ha abordado básicamente desde una postura en la cual la edad es el indicador de lo que llaman madurez psicológica que consiste de acuerdo a los trabajos principalmente de Piaget en que, ante la maduración del sistema nervioso en determinado grado y hasta cierto punto concreto en la vida del niño, se puede dar el siguiente paso cualitativo hacia un estadio distinto y que tales estadios están determinados por la carga inherente al nacimiento (epistemología genética); o, por otro lado, una postura en la cual la libido determina, como eje rector, una serie de etapas psicosexuales manifestadas en diversas etapas de la vida de cada sujeto como el baremo para un desarrollo más "sano" (psicoanálisis). Nosotros no consideramos que las particularidades psicológicas de un niño puedan quedarse en un peldaño evolutivo determinado, y aún menos que tal estancia o estancamiento pueda determinar el curso permanente del desarrollo de cualquier individuo.

Aunque la reflexión en torno al problema de la edad permite elucidar que no es el determinante del desarrollo psicológico del niño, es innegable que si existen

aspectos psicofisiológicos de trascendencia para el desarrollo de la personalidad y de la actividad psíquica en general del niño; tal es el caso en que "las regiones prefrontales del córtex no maduran hasta una época muy tardía en la ontogénesis, y hasta que el niño no ha alcanzado la edad de cuatro a siete años no están preparadas completamente para la acción" (Luria, op. cit., p. 85).

Sin embargo, y retomando lo mencionado, el propósito que deben adoptar los adultos en el desarrollo del niño, como parte imprescindible del andamiaje de éste último, no es el de hacer adultos chiquitos, esperando que actúen de acuerdo a los parámetros que la vida adulta requiere y que podría implicar otro grado de responsabilidad, de desarrollo de las propiedades lógicas en la resolución de diversos problemas, etc., sino que el adulto pueda proveer los elementos necesarios para que el niño tenga una actividad más enriquecida cualitativamente y, de tal forma, la orientación que le dé resulte aún más funcional para desenvolverse en su medio ya que...

•

...notamos en el hombre las capacidades para comportarse independientemente de las circunstancias que influyen directamente sobre él (e incluso en contra de ellas) guiándose en este caso por objetivos propios planteados de manera consciente. El surgimiento de esta capacidad condiciona el carácter activo y no reactivo de la conducta del hombre y hace de él no un esclavo de las circunstancias, sino el dueño de ellas y de sí mismo (Bozhovich, op. cit., p. 151).

Desde luego, esta capacidad de orientarse activamente no es algo dado, ni que surge espontáneamente; la orientación activa es una cualidad que se gesta en la relación del niño y que se desarrollará con el apoyo de los adultos, tomando en cuenta que el niño...

...permanece largos meses, y aun a pesar de la ayuda de la civilización, largos años completamente a dirección de las personas que lo rodean para todo lo relativo a sus necesidades más urgentes. Sus medios de acción se reducen a medios de expresión. Lo de interés vital para él es hacerse comprender y presentir las disposiciones de otros respecto de él. Todos sus intereses lo llevan hacia los otros (Wallon, op. cit., p. 270).

Y conforme distingue esa posibilidad de expresión, en una forma de comunicación aunque muy simple, en muchos casos muy efectiva, empieza a diferenciar la actividad de quienes le circundan con respecto a la suya, y en esta praxis se va dando cuenta de la existencia de sí mismo, y del "yo" que lo caracteriza. Esta formación del yo la abordaremos un poco más adelante con mayor detenimiento; así que, continuando con el problema de la edad que ahora estamos abordando, podemos mencionar que se necesita tener un enfoque más amplio que el de este simple factor, por lo que es importante considerar, de manera más diferencial, el desarrollo orgánico, psíquico, además del proceso educativo en el que el niño se encuentre; ya que "tanto la edad intelectual, como la cultural, no son conceptos cronológicos" (Vygotsky, op. cit., p. 315), sino que son nociones que obedecen al tipo de actividad desarrollada por cada persona.

En este sentido Vygotsky también menciona que “el niño de una cierta edad, puede estar, tanto en relación con su edad fisiológica como intelectual, bien por delante, bien por detrás del punto en que se encuentra su edad cronológica (ibidem), por tanto resulta menester analizar la procesualidad y funcionalidad de las relaciones que se mantienen entre los elementos aquí citados, y, así, no pretender establecer patrones o rangos de edad que no contribuyen en mucho al abordaje del desarrollo de la personalidad.

Tales elementos de análisis se desarrollan en el proceso de internalización de la información del medio a través de la actividad mental. Este proceso es explicado por Galperin (op. cit.), quien basándose en las tesis de Vygotski sobre el desarrollo, argumenta que el niño asimila la información tomando como base la actividad externa que mantiene con las cosas y quienes le rodean, posteriormente, al irse desarrollando el lenguaje desde un plano primero exterior y después egocéntrico, el niño refiere tal actividad en voz alta, para finalmente, llevarla a un plano interior, en el que la actividad, si bien mental por su procesamiento, ahora se convierte en mental orientada.

Esto no se refiere a una serie de saltos repentinos, sino a una transición cualitativamente distinta, en la que la transformación de la información recibida adquiere un carácter cada vez más personal y, por ende, con un significado muy particular. Esta transformación de la información dependerá en gran medida del grado de abstracción y de concreción que el niño tenga de los conceptos (Vygotski, op. cit.) así como de la significación que les otorgue (Talízina, op. cit.).

Este proceso de significación es modificado por el constante proceso de aprendizaje en el que se encuentra el niño por el contacto con su entorno; y es precisamente en este sentido que las cualidades con que cuente dicho entorno determinarán a su vez el nivel de aprendizaje y con ello la identificación de sus necesidades, la creación de motivos y posteriormente la base orientadora de la acción, todos estos como parte de un complejización cualitativa de un sistema funcional complejo. Esa complejización da la pauta para que en determinado momento el niño de mayor direccionalidad a toda su actividad psíquica, esto es:

La peculiaridad de los niveles superiores de la organización del sistema, a diferencia de los inferiores, es el carácter consciente y voluntario de los procesos de autorregulación que se realizan con la ayuda del lenguaje y del pensamiento, condicionados, ante todo, por las influencias educativas del medio (Nebylitzin, 1990, p. 339).

Para que esos procesos de autorregulación puedan enriquecerse, es menester abordar con sumo detenimiento, por parte de los adultos circundantes, aquel tipo de actividad que caracteriza al niño: el juego, ya que este tiene alta significación para su desarrollo (Elkonin, 1987) tanto físico como mental; además de que es elemento clave en la posterior configuración de la personalidad.

Tal significación tiene repercusiones en aspectos del desarrollo como son:

- Psicomotricidad.
- Sensopercepción.

- Socialización.
- Inmersión en contenidos éticos, morales, axiológicos, actitudinales.
- Creación de sentido.
- Personalización de su ambiente.
- Planeación, programación y verificación de la actividad psíquica.
- Enriquecimiento de sus esferas cognoscitivas, afectivas y volitivas.
- Expresión a través del lenguaje tanto verbal como no-verbal.
- Creación de elementos hipotético-deductivos.
- Aplicación de sus conocimientos y habilidades.

Es entonces, que al tomar en cuenta los aspectos anteriores, la relación del niño con los adultos circundantes puede ser modificada cualitativamente para brindarle un andamiaje más consolidado y sólido para su formación en diversos ámbitos (familiar, escolar, situacional, posteriormente laboral, etc.).

En este tenor, uno de los ámbitos de gran trascendencia es el escolar, ya que gran parte de la socialización del pequeño está relacionada con la aceptación de los logros de su actividad por parte de sus padres. Esta aceptación, como parte de la internalización de la cultura y como instrumento de relación contextual, está basada en logros principalmente académicos.

Además, el inicio del proceso de educación formal o académica es un momento de grandes cambios esenciales en la vida del niño. Se suscita un nuevo tipo de

organización de su actividad, tanto a nivel externo que tiene que ver con las nuevas obligaciones y derechos para con el ambiente escolar, como a nivel interno por las implicaciones relacionadas al nuevo tipo de direccionalidad y orientación que dará a su actividad. Aunado a ello, el enfrentarse a distinta gente de la que estaba hasta entonces acostumbrado, convivir con pequeños de su misma edad, etc. (Leontiev, op. cit.) son elementos que obligan a una transformación sustancial en la producción de neoformaciones de la personalidad.

Tales neoformaciones modifican de manera continua la orientación del comportamiento individual que se desarrolla sobre la base de la actividad que las personas, en este caso particular los niños, realizan en su vida cotidiana. Esto es, existe una reestructuración constante de la personalidad la cual depende de las relaciones que se establezcan con otras personas y con los diversos modos de actividad (Leontiev, op. cit.).

A modo de ejemplo, en la edad preescolar, a través del juego, se manifiestan una serie de "acciones aisladas" (Elkonin, op. cit.) que se van realizando de forma más eficaz en la conformación de nuevas representaciones que los niños sucesivamente van asimilando y articulando, no sólo en la esfera del juego mismo sino también en las transformaciones representadas de su contexto. Gradualmente los niños empiezan a reproducir fragmentos de su entorno, sin la necesidad de contar con objetos inmediatos del mismo; esto es, desarrolla la capacidad de recrear y transformar, en el plano imaginario, situaciones de su vida

cotidiana, no necesariamente con objetos concretos, sino con la representación que de ellos hace.

Este conjunto de constructos del imaginario del preescolar se complejiza al ingresar a la etapa escolar, en la que la actividad de estudio se vuelve rectora, no sólo por el alto significado que le dan los adultos, sino además por el tipo de actividad que se efectúa en el aula (Davidov, op. cit.), lo cual implica un gran cambio de contenidos en el desarrollo de la personalidad del niño.

Esos contenidos, si bien están modificándose constantemente en el aula, también es importante mencionar que obedecen al tipo de información que se maneje y a la asimilación de la experiencia social, que se ha acumulado por generaciones, ya que "cada forma de conducta cultural es, en cierto sentido, un producto del desarrollo histórico de la humanidad" (Vygotsy, op. cit., p. 316) y no una creación aislada individual.

Pero no basta con la asimilación de un cúmulo de información, también se requiere que sea significativa para que se gesten cambios en la actividad vital de cada persona (Talízina, op. cit.); además es necesaria la reestructuración que se mantienen con las personas del entorno y la reorientación hacia nuevos tipos de contenidos lo cual implica la formación de nuevos motivos y valoración de los mismos.

En este sentido, resulta que las prácticas pedagógicas son una fuente importante para desarrollar el área activa de la personalidad, sin embargo, en la mayoría de las ocasiones se quedan en un plano cognoscitivo, dejando de lado las igualmente importantes capacidades afectivas y volitivas. Por ello, se necesitan crear mecanismos compensatorios tendientes al desarrollo global de la personalidad con el fin de organizar y orientar toda la vida y actividad del niño (Wallon, op. cit., p. 1).

Este desarrollo global se entiende bajo el baremo de que “el organismo, la personalidad y el intelecto forman un todo único, pero no un todo simple, es decir, no se trata de un todo homogéneo, sino complejo, constituido por una serie de funciones o elementos de estructura compleja y complejas relaciones recíprocas” (Vygotsky, op. cit., p. 318).

Y en la medida en que se van desarrollando y conformando los diversos elementos de la personalidad, surge una noción distinta que es la del “yo”. Ésta empieza a conformarse desde la primera infancia cuando el pequeño está en interacción con los demás y se percata que esos “otros” son quienes permiten la satisfacción de sus necesidades y con quienes mantiene un cierto nivel de apego (Ortiz, et. al., 1999); esto, desde luego, no es un acto dirigido con estos términos por parte del pequeño, sino que se gesta a través de la actividad que él desarrolla, aunado a los primeros toqueteos de su cuerpo como parte del autorreconocimiento físico.

Posteriormente, esa identificación de sí mismo como organismo permite la comparación temporal de las vivencias del pasado en las que se ubican ciertos cambios de tamaño, talla, etc. y que paulatinamente implica la comparación con los demás. Esta socialización de la comparación está íntimamente relacionada con la autoestima y el tipo de actividad que desempeña cada persona; esto es, la percepción de los demás y de sí mismo está relacionada con la aceptación social, la competencia académica, etc. (Ortiz, et. al., *ibid.*).

Ya hacia la pubertad, no sólo se consolida el autorreconocimiento, sino que además se gesta el autoconcepto, que refiere a la posibilidad de autodescribirse en términos más abstractos, tomando en cuenta las habilidades hasta entonces desarrolladas, las motivaciones, su desenvolvimiento académico y social, etc. y ya no nada más el aspecto físico, pero aunado a lo anterior se gesta otra cualidad que es la de “defender” una imagen ante los demás (Asmolov, *op. cit.*) en la que se busca una identidad y una cierta autonomía de convicciones, valores, creencias, roles y situaciones (Ortiz, et al, *op. cit.*).

Ese conjunto de elementos del autoconcepto permite tener una personalidad más estable y realista que integra elementos del pasado y del presente; y en la medida en que se enriquezca ese autoconcepto las zonas de desarrollo real permitirán la creación de mayores zonas de posibilidad. Esto conlleva que la persona tenga mayores posibilidades de orientar su actividad, de desarrollar sus contenidos cognoscitivos, afectivos y volitivos de manera más amplia, de aumentar su nivel de expectativas ante la vida y, por ende, tener una posibilidad de plantearse tareas y

metas a diversos plazos (tanto cortos como largos) y así jerarquizar de manera más funcional sus motivos y necesidades (Zeigarnik, op. cit.).

Entonces, para lograr que la persona se oriente de manera activa en su contexto y ante las diversas circunstancias que en este se presentan, es necesario considerar la formación de la personalidad como un sistema integrativo, complejo y funcional en el que confluyen tanto motivos y necesidades como contenidos afectivos, cognoscitivos y volitivos de manera indisoluble (Bozhóvich, op. cit., p. 254) y que abordaremos en los apartados siguientes con el fin de poder entender su procesualidad y funcionalidad de manera más amplia.

En suma, el desarrollo de la personalidad debe entenderse por la toma de control del comportamiento por parte de la propia persona que lo ejecuta, es decir, el desarrollo de la personalidad transcurre de una etapa en la que su curso es determinado por las tendencias e intereses del medio a otra en la que el curso del comportamiento es determinado por la propia persona. En este desarrollo el dominio del lenguaje es de vital importancia ya que pasa de ser un medio de comunicación con otros (medio que facilita la individualización por medio de la toma de conciencia de sí) a un medio de control y dirección de las propias tendencias e intereses de la persona (formándose con ello el autoconcepto, yo, autodeterminación, etc.), este tomar la propia vida en las manos es considerada por los autores como la esencia del proceso de desarrollo de la personalidad.

En los apartados siguientes esclareceremos la manera en que las diferentes funciones de la personalidad se desarrollan y despliegan sus funciones para desembocar en la conformación sistémica de la personalidad.

2. 2. Las Funciones Afectivas de la Personalidad

Como ya hemos mencionado en el apartado de la personalidad como sistema funcional complejo; ésta tiene que ser entendida como un todo en el que confluyen diversos aspectos de socialización constante; sin embargo, resulta indispensable hacer un análisis de dichos aspectos de manera separada, en términos de abstracción y con fines epistemológicos de estudio por los objetivos planteados para este estudio, más que de disociación de ellos. Tales contenidos, ya nombrados en diversas ocasiones a lo largo de este trabajo, son afectivos, cognoscitivos y volitivos.

Este apartado está enfocado a estudiar los primeros, tomando en cuenta que su génesis, desarrollo, procesualidad y funcionalidad se entienden en concatenación con los otros tipos de funciones; lo cual no implica que se entiendan como parte de un todo homogéneo, sino con diversos aspectos cualitativos entre uno y otro tipo.

Ahora bien para poder abordar la afectividad en el desarrollo de la personalidad, nos resulta imprescindible retomar de primera mano la categoría de emoción, la cual ha sido ampliamente utilizada como base de aquella (Wallon, 1980, 1983; London, 1950; Flack, 1998; etc.). En este sentido, la emoción se muestra como una respuesta fisiológica ante determinado estímulo ambiental, esto tan sólo en un plano primario en el desarrollo infantil. A modo de ejemplo, Wallon argumenta que:

el grito del recién nacido, grito de desesperación frente a la vida que se abre ante él, según Lucrecio; grito de angustia según Freud; para el fisiólogo no es otra cosa que un espasmo de la glotis, acompañado de los primeros reflejos respiratorios, con que el niño se desprende del organismo materno (op. cit. p. 121).

Esto nos indica que las manifestaciones emotivas típicas como son los gritos, llanto, gemidos, sonrisas, gestos en general, etc. obedecen tan solo a planos de naturaleza responsiva; sin embargo, "las supuestas bases psicológicas de las emociones son en un grado menor psicológicas como tales, sino que son la base material para su subsiguiente desarrollo" (London, op. cit., p. 88) lo cual significa, que no es posible reducir su estudio a los aspectos exclusivamente biológicos como ya se ha discutido en apartados precedentes.

En este orden de ideas Nebylitzin (op. cit.) menciona que:

Las emociones son un producto sumamente importante, de la circulación de excitaciones en las estructuras que se encargan de la dinámica de las apetencias y de las motivaciones. Se trata de vivencias subjetivas de lo agradable o desagradable al satisfacer o, por el contrario, al no satisfacer las necesidades (p.329).

Aunque más adelante este mismo autor menciona en su trabajo la importancia de la circunvolución callosa o corteza límbica, así como los sectores mediobasales de

los lóbulos frontales además de otras estructuras del complejo emocional, nosotros consideramos sumamente relevante recalcar que esto es en planos de una base material, más no de la fuente que se encuentra en lo social; en este sentido, lo que debemos considerar es que si bien las emociones se muestran primeramente como un mecanismo senso-perceptual (Elmgren, 1950, p. 143); en el transcurso histórico-social del desarrollo del individuo como personalidad, éstas se van modificando y van adquiriendo progresivamente su propio significado dependiendo del sistema de actividad en el que se desenvuelve la persona. En otras palabras, "las bases reales de los sentimientos y las emociones deben ser, por lo tanto, encontradas en las formas históricas de la existencia social del hombre y no meramente en ciertos mecanismos fisiológicos" (London, op. cit., p. 90).

Lo anterior nos indica que las emociones no sólo se manifiestan, sino que son parte de un proceso de desarrollo en el que se forman nuevas emociones, pero que en el proceso de socialización activa, adquieren un significado cada vez más personal y con ello toda la carga afectiva; dicho de otro modo, la afectividad es la articulación de los elementos biológicos de respuesta conocidos como emociones y el nivel de significación que se les da en correspondencia directa con la experiencia que cada individuo tiene dependiendo de los sistemas de actividad en que se desenvuelve.

Entonces, las emociones tan sólo son una parte de las manifestaciones de la afectividad, así, las emociones dan un matiz personal a cualquier tipo de actividad

que el sujeto realice, tomando en cuenta la importancia del nivel de pretensiones de cada persona en el logro de metas y tareas tendientes a satisfacer sus necesidades. En este sentido, los contenidos afectivos, al ser parte del devenir histórico-social de cada individuo en constante formación y transformación de su personalidad, están íntimamente vinculados con sus necesidades y motivos particulares así como los resultados de sus acciones, los cuales, en su conjunto, darán pauta a la creación de nuevos tipos de orientación y a la modificación y/o consolidación de la orientación ya conformada.

Esta condición histórico-cultural permite que en el desarrollo de la personalidad, se gesten y consoliden algunas funciones psicológicas superiores aunado a la actividad que desempeña el sujeto (Dysinger & Ruckmick, 1983); además se espera que tenga mayor capacidad crítica y adquiera control sobre sus emociones (Reymert & Khon, 1970), considerando que estos cambios cualitativos se mantienen como una transición constante lo cual indica cambios graduales más que repentinos (Anderson, 1950).

Además es importante mencionar que los cambios cualitativos de las funciones afectivas no son una respuesta de un sí o un no; esto es, no es posible encontrar un esquema de "normatividad" de estas cualidades y de su transformación; por el contrario, las posibilidades de manifestar cualquier tipo de emotividad depende de lo que se exprese y como (Kennedy-Moore & Watson, 1999, p. 297); por lo cual el ser humano requiere de una gran diversidad de formas para expresar sus afectos, siendo importante considerar su multirreferencialidad de emociones, afectos,

actitudes, valores, circunstancias y su relación inalienable con las funciones cognoscitivas y volitivas.

Pero aun queda por explicar el porqué y para qué de las funciones afectivas, ante lo cual podemos decir que, al surgir una necesidad y posteriormente un motivo, ya sea desde la primera infancia, resultará importante identificar que tan importante y relevante resulta para la persona alcanzar dicho objetivo, tanto a nivel individual como por sus implicaciones sociales. Esto es, los contenidos afectivos manifiestan el nivel de satisfacción alcanzado al cubrir las necesidades que han sido modificadas en el proceso de socialización del desarrollo de estas mismas y de la personalidad en general.

En este orden de ideas, las necesidades primarias de un recién nacido se muestran como el baremo de su actividad, y básicamente se relacionan con aspectos de alimentación, excreción y abrigo; sin embargo, el proceso de satisfacción de esas necesidades tan sólo lo puede realizar por medio de la ayuda del adulto encargado de tales tareas y desde ese preciso instante, las necesidades se socializan y en ese vínculo se encuentra el desarrollo de figuras de apego (Ortiz, 1993) a través de las cuales, el niño internaliza la información en el proceso de andamiaje psicológico.

Tal grado de afectividad producirá cambios actitudinales no sólo respecto a la circunstancia inmediata, sino además ante la posible acción a efectuar posteriormente y sus desencadenantes en un sistema de actividad concreto; en

otras palabras, las funciones afectivas no se quedan en un plano subjetivo exclusivamente, sino que se expresan como un matiz que le da variabilidad a la actividad desarrollada en el contexto de la persona.

Este matiz afectivo hace que la persona cambie sus objetivos específicos y los comportamientos (Ortiz, op. cit., p. 98); esto significa que ante la posibilidad de satisfacer o no cierta necesidad y al alcanzar o no cierta tarea, la persona se orientará de manera distinta dependiendo del resultado y se planteará nuevas alternativas o puede quedarse en un estado de incomodidad y/o insatisfacción al no obtener resultados propositivos.

Además las expresiones emocionales también se van modificando, dependiendo del nivel de regulación que en un primer momento proporcione la familia (Makarenko, op. cit.) y posteriormente en el contacto con las demás personas que le rodeen; todo esto sin olvidar la importancia que tiene el lenguaje al permitir nuevas formas de expresión afectiva (Liublinskaia, op. cit., p. 378) a través de gestos, mímica, palabras, etc.

En este orden de ideas, es necesario mencionar la importancia que tiene la concatenación de las funciones afectivas con las cognoscitivas en el sentido que, la emotividad, al ser socializada, se manifiesta bajo diversas formas afectivas con sus implicaciones en los sistemas de actividad de cada sujeto durante el desarrollo de su personalidad en su conjunto, desarrollo el cual, al irse consolidando paulatinamente, permite a la persona darse cuenta de sí mismo, crear un

autoconcepto y desarrollar una identidad propia, lo cual no sucede sin un grado de concientización y conocimiento.

Tal desarrollo del autoconcepto y su identidad tiene como resultado lo que Lewis (1991) llama la "experiencia emocional subjetiva", la cual permite no sólo experimentar con sus emociones, sino darles una interpretación y verificación de su funcionamiento; esto se da, como hemos mencionado más arriba, con el apoyo inalienable del lenguaje. Este apoyo por parte del lenguaje ayuda a representar y categorizar de forma más clara el estado anímico personal, aunado a la posibilidad de orientar la socialización de su actividad y con ello de su vida afectiva.

Lewis (ibid.) también menciona que es importante hacer una distinción de sí mismo con respecto a los demás para así poder contar con las experiencias emocionales subjetivas, que tienen un alto impacto en los sistemas de actividad de la persona, siendo impactadas de igual forma por los aspectos primeramente familiares y posteriormente en contacto con los demás (Makarenko, op. cit).

Esta distinción de sí con respecto a los demás permite observar que no somos elementos sujetos a una normatividad sino que la afectividad "está constituida por un conjunto de fenómenos de naturaleza subjetiva, diferentes de lo que es el puro conocimiento, que provocan un cambio interior que se mueve entre dos polos externos: agrado-desagrado, inclinación-rechazo, afición-repulsión" (Lyons, 1993, p. 20). La afectividad permite organizar las señales externas e internas, según el principio de que estas satisfagan o no las necesidades de existencia personal. Así,

aquellos eventos que promuevan la supervivencia individual tendrán una carga emocional positiva y viceversa.

El valor que tienen las manifestaciones afectivas en la conformación sistémica de la personalidad dependerá del modelo a partir del cual las consideremos, según Strogman (1979), los principales modelos que intentan explicar el papel jugado por las emociones en el psiquismo son: a) teorías basadas en motivación, arousal y/o fisiología, b) teorías comportamentales, c) teorías psicoanalíticas y experienciales y d) teorías cognoscitivas de la emoción.

Las teorías basadas en la motivación, arousal y/o fisiología, reducen las manifestaciones afectivas a respuestas psicofisiológicas que se activan ante determinados estímulos, es decir, consideran que la emoción es una función básica (biológica) del organismo cuyo fin es el de adaptar al individuo a su medio ambiente, desde esta postura las respuestas que se dan ante el evento dependen del umbral con el que cada persona cuenta y así se explican como estímulos similares provocan respuestas disímiles en la gente.

Desde las corrientes comportamentales (conductistas) se parte de un principio similar al anterior, en otras palabras, las funciones afectivas son series de respuestas desencadenadas por estímulos específicos, que por medio del reforzamiento constante forman hábitos que determinan de manera automática las respuestas.

Partiendo de este principio la afectividad, e incluso la personalidad, se reduce al hábito y al aprendizaje, por tanto el hombre no es capaz de autorregular sus respuestas afectivas ante los estímulos que enfrenta en su vida cotidiana, esto es importante, pues a partir de la teoría comportamental y la fisiológica se reducen las funciones afectivas al plano temporal presente, no obstante que gracias a la participación de funciones cognoscitivas complejas, éstas pueden orientarse al pasado e incluso al futuro, determinando estados emocionales en las personas aún con la ausencia del estímulo desencadenante (no ahondaremos más en este punto, pues más adelante se profundizará en el mismo), además de lo dicho, las funciones emocionales se descubren por su manifestación externa (respuestas) que da el organismo; sin embargo, quizá el papel más importante de la emoción no sea su manifestación, sino la evaluación psíquica que el sujeto realiza de la información, por ello, nosotros consideramos las funciones afectivas a partir de la evaluación interna de una situación externa.

Smirnov (op. cit.) indica:

Las emociones y los sentimientos no son, como las funciones cognoscitivas, el fenómeno mismo de los objetos y fenómenos reales, sino que son el reflejo de la relación que hay entre ellos, las necesidades y los motivos de actividad del sujeto... las emociones y los sentimientos son la vivencia de que los objetos y fenómenos reales corresponden, o no, a las necesidades del hombre.

La aparición de vivencias emocionales positivas o negativas depende de que se satisfagan o no las necesidades... (p. 355)

Entonces, la afectividad es la evaluación interna de las relaciones que establece el hombre. Por medio de la afectividad el ser humano organiza su vida en polos positivos o negativos lo que le permite anticiparse al efecto que ha de tener la situación en él.

Las teorías psicoanalíticas y experienciales consideran que la emoción es resultado de descargas libidinales (instintivas), cuyo fin es el de reducir la tensión que experimenta la persona. Las emociones son respuesta instintivas cuyo objetivo es lograr la homeostasis psicológica, las emociones son resultado de la lucha ocurrida entre las estructuras psíquicas, si las corrientes anteriores reducen a las funciones afectivas al presente, desde esta postura se reduce la afectividad al pasado, pues a partir de las relaciones que enfrentó el sujeto se determinarán las respuestas posteriores que manifestará ante los eventos que enfrenta en su vida cotidiana.

Por último, encontramos las teorías cognoscitivas de la afectividad, éstas argumentan que los aspectos cognoscitivos permiten realizar una evaluación acerca de los objetos o de las personas, por lo anterior, desde aquí se cree que la emoción es resultado de este proceso evaluativo; la afectividad no puede entenderse por separado de las funciones cognoscitivas, pues son una evaluación sencilla de las relaciones que establece la persona. Desde esta postura se

considera a la emoción a partir de su carácter relacional o sistémico, para entender la manera en que la persona responde afectivamente se necesita tener en cuenta los procesos cognoscitivos que facilitan la formación de la evaluación. Como se verá más adelante esta unión permitirá que el sujeto evalúe afectivamente situaciones temporales que traspasan la situación inmediata colocándose en el pasado y en el futuro.

Así la afectividad puede ser tomada como respuesta orgánica básica, como cadena de respuestas, como reductor de tensión o como evaluación, en el presente trabajo consideramos a las funciones afectivas desde su aspecto evaluador. Creemos que la afectividad permite al sujeto significar en polos positivos o negativos las relaciones (objetales, comunicativas o interpersonales) que establece la persona.

En concordancia con lo anterior la respuesta afectiva no es una manifestación inmediata de la experiencia afectiva, sino que, por el contrario, es el resultado de una serie de pasos, evaluativos, que culminan con la manifestación comportamental. Kennedy-Moore y Watson (op. cit.), indican que "la expresión de la emoción representa la culminación de una serie de pasos internos, de evaluaciones cognoscitivas que influyen y son influenciadas por la experiencia afectiva." (p. 11). De acuerdo a estos autores, la respuesta afectiva ante el evento vivido se produce por medio de pasos a través de los cuales el hombre evalúa su medio.

Al respecto de lo dicho Strogman (op. cit.) dice que:

... la evaluación son las cogniciones que intervienen entre la estimulación ambiental y las respuestas fisiológicas y comportamentales. Esencialmente, la evaluación consiste en la percepción personal de cualquier estímulo que entra. Nosotros evaluamos cualquier estímulo ya sea como bueno o malo... una evaluación es un constructo hipotético que nos da alguna comprensión de la situación (p. 105).

Debemos aclarar que cuando hacemos alusión al papel evaluador de las funciones afectivas nos referimos a un nivel básico de evaluación que clasifica al contexto de acuerdo a una escala positivo/negativo, pero, las experiencias y manifestaciones afectivas complejizan el nivel de sus evaluaciones en la medida en que la relación de las funciones afectivas con las cognoscitivas se aumentan en grado de complejidad.

González (et. al.1998) dice que:

...cada emoción expresa una cantidad o magnitud en una escala positivo/negativo. Así, experimentamos emociones positivas y negativas en grados variables y de intensidad diversa. Podemos experimentar cambios de intensidad emocional bruscos o graduales, bien hacia lo positivo o bien hacia lo negativo.

Si bien no compartimos la polarización del discurso de González, consideramos que la afectividad permite evaluar los diversos matices del contexto de la persona, lo cual depende de que la situación favorezca o no la vida (o el mantenimiento de relaciones funcionales) del individuo en la situación. De tal manera, si la situación es favorable para el sujeto tenderá hacia una emoción positiva (alegría, satisfacción, deseo, etc.) y sino, la vivencia emocional se considerará de manera negativa (tristeza, desilusión, pena, angustia, etc.). Así el hombre posee las funciones afectivas para orientarse de manera activa en cada situación, buscando aquellas que le permitan desarrollar sus cualidades de personalidad y alejándole de las problemáticas, cuando esto no sucede, creemos que se debe, en parte, a la pobre orientación (o concientización) que ha desarrollado el individuo a lo largo de la formación de su personalidad.

El papel evaluador de las funciones afectivas se complejiza en la medida en que participan en ella funciones cognoscitivas cada vez más complejas, en términos psicofisiológicos, las zonas correspondientes a las partes límbicas del cerebro (encargadas de las manifestaciones emocionales) se conectan con zonas correspondientes al córtex (encargadas del procesamiento complejo de la información) dando por resultado un procesamiento afectivo superior de la información.

En definitiva, queremos decir que por medio de la emoción un organismo sabe, conscientemente o no, si una situación es más o menos favorable para su

supervivencia. La emoción es el mecanismo fundamental que poseen todos los seres vivos para orientarse en su lucha por la supervivencia.

Retomemos a González (ibid.) quien concluye que:

...siendo la vida y la supervivencia lo positivo para un ser vivo, la emoción es el resultado de una medida (o valoración) subjetiva de la posibilidad o probabilidad de supervivencia del organismo en una situación dada o frente a unos estímulos determinados. La emoción informa al organismo acerca de la favorabilidad de cada situación. Diríamos, pues, que la emoción se comporta como una variable de estado intensiva (el valor total es igual al promedio de las partes). A cada estado de nuestro organismo le corresponde una emoción, que es más positiva cuando se trata de un estado más saludable, más orientado hacia la vida (orexis) y es más negativa cuando nuestro estado se acerca más a la enfermedad y la muerte (anorexis).

Por su parte, Barrul, González y Marteles (2000) dicen acerca de las funciones afectivas que son:

...imprescindibles para la supervivencia de los seres humanos y que tal necesidad no puede sustituirse por ningún otro tipo de recurso. En otras palabras, queremos demostrar que sin una determinada cantidad de afecto, ningún ser humano es capaz de sobrevivir o, lo que es lo mismo, que sin una cierta cantidad de afecto todo ser humano enferma y muere irremediablemente.

La afectividad como función evaluadora permite al hombre no sólo sobrevivir en el medio, sino además es un facilitador de contacto social. En su papel social la emoción facilita la comunicación de los estados internos del individuo lo que promueve la conformación de relaciones, de tal manera, las emociones positivas promueven las interacciones sociales, mientras las negativas las disminuyen.

La primacía de la relación del niño con otras personalidades, implica que él al nacer puede establecer relaciones psicológicas (o figuras de apego) a partir del contacto social. Lo anterior es importante pues: a) coloca a las funciones afectivas como un elemento primario de relación; b) refuerza la idea del origen genérico del hombre, y c) implica la idea de que la personalidad comienza a gestarse a partir del contacto con otros. La vida afectiva estable proporciona un terreno fértil para el desarrollo funcional de la personalidad.

Ortiz (op. cit.) argumenta que por medio de las emociones el niño puede desarrollarse en el medio, formando las indispensables figuras de apego lo que promoverá su supervivencia en el mundo.

Este mismo autor indica la importancia jugada por la afectividad en la conformación de la figura de apego:

Stern justifica el interés en los cambios emocionales: ... en primer lugar, estos elementos son los que poseen más probablemente un alto valor como estímulos (en virtud del contraste) y, en segundo lugar, la duración temporal y

la naturaleza de tales momentos nodales es más probable que corresponda a aquello que ha designado como unidades procesuales funcionales .

Sólo disponemos de pruebas indirectas que demuestran que el investimento emocional favorezca la construcción de modelos internos. No obstante, se puede inferir que el componente afectivo determinará la prominencia de ciertas unidades de interacción sobre otras a la hora de ser almacenadas en la memoria. Con esta selección, mientras unos episodios son relegados, aquellos relevantes desde el punto de vista afectivo constituirán las unidades básicas de la construcción de un prototipo de experiencia interactiva. Por otra parte, sí puede aceptarse la implicación del afecto positivo en la memoria. Es posible que la precocidad referida a la permanencia de las figuras de apego se relacione también con mayor facilidad para evocar una representación investida emocionalmente (p. 60).

Es decir, el niño nace con la capacidad de responder a los estímulos de corte social (en especial con los aspectos de desarrollo comunicativo). Al estar en contacto el adulto con el niño, el primero satisface las necesidades que surgen en el pequeño, producto de lo anterior éste comienza a formarse una representación afectiva positiva del adulto que lo cuida, promoviendo por esta vía la formación del apego entre el niño y el adulto. Además de lo anterior los adultos enseñan al niño a responder de manera afectiva ante las diferentes situaciones que enfrenta en su vida cotidiana, con lo que le aporta representaciones mentales (con lo que el niño significa el contexto) acerca de cómo regular las respuestas afectivas en las diferentes situaciones que enfrentará a lo largo de su vida (Bradley, op. cit).

Así la interacción social es importante en la manifestación de la emoción ya que inculca modos de experimentar y de responder ante el medio. Retomando a Kennedy-Moore y Watson (op. cit.) se puede decir de la interacción social que:

Primero, la interacción social puede precipitar la expresión evocando una reacción emocional. La experiencia emocional usualmente surge en un contexto social, especialmente entre relaciones interpersonales. Segundo, el contexto social puede determinar oportunidades para la expresión... la disponibilidad y calidad de las influencias interpersonales permiten a las personas expresar sus sentimientos. Tercero, respuestas de otras personas puede ser una importante consecuencia de la expresión. (p. 21)

Entonces la interacción social, y la posterior formación de figuras de apego, permiten al hombre significar afectivamente sus experiencias. Esta interacción le permite aprender al hombre aquellas experiencias emocionales que debe experimentar (v. gr. en una sociedad machista, como la nuestra, es muy complicado que al hombre se le deje experimentar la sensación de tristeza y llanto producto de, por ejemplo, una ruptura de una relación amorosa). Entonces las experiencias emocionales o afectivas no se determinan únicamente por el paquete genético con que nacemos.

De acuerdo al principio del origen social de las funciones psicológicas, se puede decir que la interacción social da el marco a partir del cual el niño internaliza las

experiencias y los comportamientos emocionales, y además, este contexto retroalimenta al hombre indicándole el resultado de sus manifestaciones afectivas.

La significación de los eventos tiene un origen social, por ello decimos, que esa significación es parte de la organización de la vida del niño, que a través de la actividad puede formar necesidades y motivos sociales cuya conformación relaciona aún más al niño con su entorno. La manera en que se gesta dicha relación tiene que ver con el nivel de observación del niño de los comportamientos de los demás, influida por las acciones externas, pero con un alto contenido de iniciativa propia, como parte de un proceso de selección y de ahí de orientación de su actividad psíquica.

Esa iniciativa propia o "convicción" va modificando el tipo de contenidos de la personalidad en desarrollo, ya que las vivencias afectivas, con la posibilidad de satisfacción o insatisfacción de las necesidades hasta entonces conformadas, tienen gran relevancia en la función reguladora del comportamiento, el cual se encuentra en constante confrontación ante las exigencias del adulto. Esas vivencias se van complejizando conforme el niño va adquiriendo conocimientos y empieza a darse cuenta del nivel de relación y correspondencia que tienen sus actos y los resultados de los mismos ante las ya mencionadas exigencias del adulto quien a través del lenguaje va regulando la volición del niño, tomando como fundamento las normas y requerimientos sociales.

La afectividad juega un papel primario que promueve la supervivencia del hombre en su medio ambiente ya que gracias a la evaluación que realiza del contexto puede reconocer las personas que buscan su bienestar y aquellas que lo lesionan, de la misma manera, por medio del establecimiento de comportamientos afectivos positivos el niño puede establecer apego con quienes le rodean y producto de esta relación la persona puede regular sus propias experiencias afectivas; la manera que se responde ante las situaciones se origina en nuestro aprendizaje, sin embargo en la medida en que el sujeto internaliza y actualiza puede crear formas enteramente nuevas de regular su comportamiento emocional.

La afectividad se establece como un vínculo primario de relación, a partir del cual una persona organiza las situaciones de acuerdo a la calidad de las mismas. Es en la interacción donde la persona aprende a dominar y dirigir sus propias respuestas emocionales, esto es importante ya que dependiendo de esta evaluación la personalidad puede desenvolver sus aspectos programadores y reguladores, ya sea hacia una manifestación plena y segura o hacia la búsqueda de la seguridad y la defensa. Entonces, las manifestaciones afectivas en la personalidad dependerán del nivel de autocontrol, de las representaciones y de la situación que enfrenta el sujeto. El sentimiento o la emoción positiva (de seguridad y apego) reducen la distancia entre personalidades, promoviendo una orientación segura en donde la personalidad puede desarrollarse y relacionarse.

El concepto de regulación afectiva permite comprender de qué manera ha de responder la persona ante los diversos estímulos ambientales que enfrenta a

diario. Bradley (op. cit.) da a la regulación afectiva un papel central como fuente para el desarrollo de psicopatologías, según ella, la regulación afectiva funcional (aquella que dota al individuo de opciones para regular y para responder ante las exigencias del entorno con un repertorio amplio de posibilidades de elección afectiva) provee un terreno fértil en el que la personalidad podrá desarrollar sus potenciales, pues establece un medio seguro para que se manifieste. Por el lado contrario, la regulación afectiva disfuncional (aquella que responde sin la comprensión de la situación por parte de la persona) provee espacio para la formación de cuadros psicopatológicos.

Según Bradley (ibid):

La regulación afectiva puede caracterizarse en sus aspectos adaptativos e inadaptables. La regulación afectiva equipa al individuo para responder de manera flexible a las demandas de su ambiente. Thompson (1994) define siete dimensiones importantes en el proceso de regulación emocional (como él las llama regulación afectiva: (1) constituyentes neuropsicológicas; (2) procesos de atención; (3) la construcción o interpretación del evento; (4) codificación de señales emocionales internas; (5) accesos a recursos de enfrentamiento; (6) regulación de demandas emocionales del ámbito; y (7) selección de respuestas alternativas. (p. 29).

De lo dicho, podemos afirmar que la evaluación positiva o negativa del contexto estará en relación con el proceso de regulación afectiva que se forma durante los

procesos de relación entre personalidades ocurridos durante toda la historia evolutiva de la personalidad. Por eso podemos afirmar que la afectividad es un medio de relación de la persona con quien le rodea, que consiste, fundamentalmente, en estados de placer o displacer que aumentan o disminuyen la calidad de la relación.

En este orden de ideas la regulación de la afectividad permite expresar las emociones (las vivencias emocionales), esto es importante, ya que, la expresión emocional promueve la funcionalidad, mientras que su ocultamiento la merma.

Sin embargo esta respuesta emocional cambia de un individuo a otro de acuerdo a su nivel de autoconciencia, es decir, la experiencia emocional y la respuesta ante ella dependerá de la organización motivacional propia de la persona, de tal manera se puede decir que la afectividad es selectiva; no se responde afectivamente ante todo, sino sólo ante lo que es significativo para la persona.

Esta capacidad de elección de la respuesta emocional se relaciona con lo que Kennedy-Moore y Watson (op. cit.) denominan como *insight* emocional, según estos autores:

El *insight* emocional es la habilidad de pensar en la autorreflexión, para reconocer, de etiquetar correctamente, y entender una experiencia emocional propia. La perspicacia emocional permite a las personas llegar al sentimiento

de su experiencia interna, y son capaces de etiquetar e interpretar la experiencia subjetiva de sus respuestas emocionales (p. 63).

Este conocimiento de lo qué sienten y del porqué se siente se vincula enteramente con la posibilidad de elegir aquellos estímulos que son relevantes desde el punto de vista relacional, por lo tanto, el insight emocional es la capacidad, sí de respuesta, pero también de elección y selección de la situación.

Este insight emocional se desarrolla en la medida en que la persona por medio de la relación que establece con otros aprende a controlar y dirigir su propia vida afectiva. El tipo de unión entre la madre y el hijo (pueden ser relaciones autoritarias, depresivas, neuróticas, ansiosas, etc.) formarán en él funciones para regular sus estados afectivos; si la relación es insegura, el niño desarrollará representaciones negativas y por lo tanto respuestas emotivas disfuncionales; si se trata de un medio seguro, donde se identifiquen y satisfagan las necesidades del niño, sus mecanismos de respuesta, y la manera en que significará su contexto, se establecerá un medio sólido para desarrollar respuestas afectivas funcionales.

En este sentido Kennedy-Moore y Watson (ibid) dicen que "las familias proveen el contexto para el aprendizaje temprano acerca del comportamiento emocional. La socialización familiar de la conducta emocional consiste en qué y cómo las familias enseñan a los niños acerca de la expresión o no expresión de las emociones..." (p. 109)

El tipo de unión que se establezca con otras personalidades será la base para que el niño se atreva y aprenda a explorar su mundo. Además desarrolla los mecanismos de regulación afectiva. Una unión funcional aumenta el deseo del pequeño por conocer nuevas circunstancias, que le permitirán hacer frente a esas situaciones nuevas con la posibilidad de brindar respuestas conscientes (y por lo tanto controladas) ante ellas. Una unión disfuncional provoca en el pequeño el aumento de la posibilidad de generar respuestas patológicas, pocos deseos de indagar medios extraños, su repertorio afectivo es menor, etc. Las uniones inseguras son un factor de vulnerabilidad que puede interferir con el desarrollo de una regulación afectiva óptima. Otros factores del medio –tales como una pareja disfuncional y conflictos entre personas- pueden hacer contribuciones independientes en las dificultades de la regulación afectiva. Entonces, el tipo de relación promueve el desarrollo de la orientación activa de la afectividad, en la medida en que gracias a ella la persona puede desarrollar su capacidad de comprensión y de autocontrol de sus vivencias emocionales.

Por lo anterior, es importante considerar al medio histórico-cultural no sólo como un elemento que atenúa o que elicit el estado afectivo, sino además, debemos considerar que a partir del contacto y la relación que se establece entre personas se producen y desarrollan formas de regulación afectiva, por ello, además de lo dicho, el medio ambiente cultural y social debe considerarse como formador de estados y de respuestas afectivas.

Sin embargo, también se debe considerar que el niño utiliza su repertorio afectivo de manera instrumental, entonces, se debe entender la formación de la afectividad no sólo en el sentido unidireccional de los adultos al niño sino en sentido dialéctico, en cuyo caso la afectividad se impacta de manera dual.

Siguiendo a Jenkins y Oatley (citados en Flack y Jaid, 1998) se puede decir que las emociones juegan un papel instrumental en la medida en que provocan actitudes esperadas en los otros; v. g. si lloro, seré protegido.

Esta comprensión instrumental de la situación se da en la medida en que el niño comprende la relación que hay entre sus manifestaciones emocionales y las respuestas de quienes le rodean, entonces el niño elicitaba aquellas manifestaciones emocionales que le permiten mantenerse en relación con las personas que comparten espacio con él.

Los niños por medio de la educación privilegian aquellas formas de evaluación y de expresión emocional que los padres les inculcan ya que fortalecen el apego entre ellos, pues sus actitudes son concordantes con las observadas en el medio y por tanto dan continuidad al mismo.

Hasta ahora hemos insistido en el papel evaluador de la afectividad y en la importancia de las figuras de apego, y de las uniones que establece la persona con el medio, como elementos que desarrollan mecanismos para la regulación de los estados afectivos, sin embargo, se necesita profundizar en la relación de las

funciones afectivas con las cognoscitivas pues juegan un papel primario en la conformación del repertorio afectivo de la personalidad.

En este sentido Buck (citado en Strogmant, 1991) propone considerar a la emoción como un tipo particular de cognición ya que desde su teoría "la cognición es definida como conocimiento, y en este sentido la experiencia emocional subjetiva constituye un tipo de conocimiento (p. 108)". Considera a la emoción como un tipo primario de cognición en la medida en que significa el contexto, y además, ayuda a los procesos cognoscitivos a interpretar la situación que enfrenta la persona.

La precondition necesaria para que la emoción ocurra es la cognición pues le permite discernir a la persona lo que es importante, o no, para ella, y en ese sentido no evalúa afectivamente todo sino sólo lo que es significativo para la vida.

Arnold (1970) indica que la afectividad se relaciona con la cognición en tres niveles diferentes:

- a) Protoemoción: trabaja con aprendizaje asociativo y es una respuesta inmediata a sensación de satisfacción o insatisfacción. Son respuestas emocionales básicas determinadas biológicamente, que tienen como objetivo enviar señales primarias del estado del organismo, para procurar su supervivencia. Consiste en respuestas presentes ante el estado actual del organismo.

- b) Segundo nivel de la emoción: trabaja con representaciones mentales (imágenes) en donde la participación del lenguaje es pobre. Su origen se explica a partir de la internalización, no semántica del contexto, se refiere a constructos propiciados a partir de la experiencia práctica de la persona con el medio, a partir de ella, el sujeto puede responder a estímulos emocionales pasados, almacenados en la memoria en forma de representaciones.
- c) Tercer nivel de la emoción: íntimamente relacionada con el contenido semántico de la información almacenada, se trata de respuestas emocionales formadas a partir de la comunicación del hombre con los demás. Por medio de ella el sujeto significa las relaciones que establece con otras personalidades, en términos temporales, estos significados propician que el sujeto responda emocionalmente a eventos, presentes, pasados y futuros.

Estos niveles de la afectividad surgen y se desarrollan de manera constante durante la cooperación entre personalidades, indican grados diferentes de significación del medio, siendo el más complejo aquél que une las funciones afectivas con el procesamiento semántico de la información. Esta unión se da con la aparición de las funciones psicológicas superiores, con las que el sujeto, puede significar afectivamente su situación en el mundo, ya no en planos temporales presentes o pasados, sino ahora, trascender sus estados afectivos hacia el futuro, es decir, el sujeto programa las manifestaciones afectivas que las situaciones provocarán en él.

Estas esferas de relación, entre las funciones afectivas y cognoscitivas, significarán las relaciones de la persona con su medio ambiente (social y personal), así la regulación afectiva dependerá del grado de concientización que el sujeto ha logrado acerca de sus estados emocionales. Las respuestas afectivas funcionales son aquellas que se encuentran determinadas de manera consciente por la persona, en este sentido, algunas respuestas automáticas e inconscientes proveen el espacio para el desarrollo de patrones disfuncionales de respuestas emocionales.

Arnold (ibid) explica sumariamente cada nivel de la emoción:

Primer orden de la emoción o protoemoción: Los sentimientos... se refieren a toda la experiencia del estado interior. De toda esta experiencia nosotros podemos abstraer las cualidades subjetivas de placer o displacer. Estas experiencias llegan a ser factores motivacionales porque la conciencia del placer elícita el comportamiento que tiende a aumentar este estado. Por el otro lado, la conciencia del displacer elícita comportamientos que tienden a eliminar o a aminorar esa experiencia (p. 136).

Las protoemociones son el resultado de una evaluación del estado presente del organismo, corresponde a respuestas emocionales básicas (de placer-displacer) que motivan a la personalidad hacia el mantenimiento o a buscar terminar con la situación, en este sentido, aportan un plano de orientación que hace a la personalidad buscar vías para lograr el estado óptimo del organismo. Cabe anotar,

que si bien son respuestas básicas, ésta no corresponde a algo inmediato, ya que requiere de la evaluación de la situación a través de una operación cognoscitiva la cual, no obstante es de corta duración, presimbólica, o en algunos casos, simbólica básica (inteligencia senso-motora)

Segundo orden de la emoción: el segundo nivel de la emoción no es provocado o impedido por ataques en el organismo o por cambios inmediatos de la homeostasis, pero sí por procesos simbólicos cognoscitivos. El prerrequisito del aprendizaje no es el estímulo directo, o señal, pero sí el simbólico; esto es, con algunas representaciones (que pueden ser muy básicas o muy complejas) (Arnold, *ibid*, p. 137).

Este segundo orden de la afectividad permite significar no ya los estados presentes del organismos, sino ahora aquellas representaciones mentales, en forma de imagen, que se han formado en la experiencia pasada de la persona. De tal manera ésta puede evocar estados afectivos aún en ausencia de los objetos. Estas evaluaciones afectivas orientan a la personalidad para anticipar y prever el estado emocional que provocará tal o cual situación, así permite a ésta anteponerse a la situación, regulando afectivamente el curso de la actividad en el contexto; la imagen permite anticipar la respuesta emocional (ansiedad, ira, miedo, alegría, satisfacción, etc.) que produce el objeto o la persona, ya que la sustituye mentalmente.

Tercer orden de la emoción: Con el desarrollo del lenguaje, el abandono gradual del nivel preconceptual y el desarrollo del nivel conceptual, el tercer nivel de la emoción aparece, esta característica humana es un complejo y diversificado repertorio emocional. En el tercer nivel de la emoción, el lenguaje juega un gran rol. La representación temporal se enfila hacia el pasado o hacia el futuro. La experiencia emocional, tuvo sólo una dimensión temporal; el presente. Cuando esta se conecta con estructuras cognoscitivas, la persona tiene una experiencia en el presente, pero una experiencia que se desarrolló en el pasado o en el futuro. Una persona puede ser alterada ahora por lo que pasó largo tiempo atrás o por lo que puede ocurrir en el futuro (Arnold, *ibid*, p. 140).

El lenguaje hace que la experiencia emocional y la respuesta emocional, trascienda el plano temporal presente y se ubique a futuro y pasado, a través de la formación de conceptos, permite explicar porque en la determinación por la finalidad este fin produce formaciones emocionales negativas o positivas, ya que la persona, por medio de la significación que le da a los objetos anticipa sus resultados pues ha formado expectativas con respecto a ellos.

Además de lo anterior el lenguaje permite que se desarrolle lo que se conoce como creatividad emocional. Parafraseando a Averill y Thomas-Knowles (citados en Strogmant, *op. cit.*) se puede decir que aunque a simple vista la yuxtaposición de los términos emocional y creatividad puede ser incongruente e incluso contradictoria, esto no es así. La creatividad emocional se refiere al proceso por

medio del cual el hombre puede realizar manifestaciones nuevas de sus experiencias emocionales, a favor de lo anterior, se puede considerar las diferencias interculturales con respecto a: 1) las experiencias que elicitada la persona y 2) el comportamiento a seguir de acuerdo a esas experiencias. Además de lo anterior, las experiencias emocionales provocadas por los objetos o personas no son las mismas en todos los individuos, es decir, no todos vemos el color rojo de la misma manera.

Lo anterior permite que se desarrolle la competencia emocional (Buck, op. cit.), la cual es la habilidad de dar con el medio interno de los propios sentimientos y deseos (es decir de llegar a las propias experiencias) para de ahí poder entender el porqué del propio comportamiento.

De acuerdo a Averill y Thomas-Knowles (op. cit., pp. 292-295) la creatividad emocional es importante ya que permite a las personas llegar a niveles diferentes de control emocional, según ellos las personas emocionalmente creativas:

1. Son más capaces para integrar y expresar sus emociones en forma simbólica.
2. Realizan evaluaciones más complejas, toman en cuenta un gran rango de estímulos y son menos propensas a llegar a conclusiones prematuras.
3. Pueden explorar el mecanismo de sus propias experiencias.
4. Ponen más atención al sentimiento y comportamiento de otros.

5. Son menos propensas a actuar de acuerdo a estándares personales o sociales, y son más tolerantes a los conflictos que existen en ellos y en otros.
6. Su experiencia es menos prototípica de acuerdo a las emociones estándares.
7. Encuentran retos donde otros ven problemas (p. 295)

Entonces, vemos que las funciones afectivas deben ser vistas desde un marco amplio y dinámico, en el que se debe considerar más allá de las simples respuestas biológicas que adaptan al individuo a su medio. La unión de las funciones afectivas con las cognoscitivas dota al hombre de una capacidad de acción no vista en otros animales. En la medida en que el ser humano controla los elementos del lenguaje puede trascender las situaciones estimulares inmediatas, promoviendo por esta vía la formación de comportamientos y de experiencias emocionales creativas.

Así, las funciones afectivas dotan a la personalidad de la capacidad de significar el medio con la finalidad de que el individuo busque aquellas situaciones que favorezcan su situación en el mundo. En esta revisión se ha puesto de manifiesto que las funciones afectivas pueden ser reguladas de manera consciente en la medida en que la persona ha elaborado representaciones mentales acerca de cómo regular las manifestaciones de la esfera emocional.

La capacidad de prever el estado afectivo que ha de provocar una situación permite a la personalidad orientar su actividad hacia el futuro, dotándola de la capacidad de predecir alguna respuesta esperada ante determinadas situaciones; sin embargo, esta apertura le hace caer en errores pues puede evaluar como peligrosa una situación que no lo es.

El desarrollo de la afectividad se manifiesta en el proceso de comunicación recíproca del individuo con quienes comparten experiencias con él. Así se pasa, gradualmente, de las protoemociones a las manifestaciones semánticas de la afectividad. Según Jenkins y Oatley (citados en Flack y Jaid op. cit.) la comunicación es importante para comprender el desarrollo de la afectividad ya que "la emoción funciona como un mecanismo de comunicación: los niños aprenden a desplegar ya que permiten formar relaciones interpersonales (p. 50)". Estos mismos autores insisten "con algunas excepciones gran parte de nuestra vida emocional es interpersonal. Los esquemas emocionales cultivan transacciones con la gente: ellos representan una orientación hacia los otros" (p. 52).

Así se manifiesta el hecho de que la emoción permite mantener contacto con uno mismo y con los otros, por medio de la comunicación el hombre controla sus experiencias emocionales y mantiene relación con quienes comparten espacio con él. Del mismo modo la calidad de las experiencias comunicativas hacen que el hombre evalúe afectivamente las relaciones que establece, entonces, la

afectividad dota a la personalidad de la capacidad de relacionarse y de significar su vida interpersonal.

En este deambular juega un papel central la internalización de esquemas de regulación afectiva. La internalización asegura el autocontrol de la respuesta emocional vía el análisis de la situación enfrentada. Strogman (op. cit. p. 186) dice acerca de este punto que “la internalización se refiere al aprendizaje del niño que nosotros denominamos autocontrol a través de los aspectos cognitivos del cambio emocional”, más adelante, este mismo autor indica:

El desarrollo emocional es dependiente de la internalización. El niño aprende a controlar su comportamiento poniendo atención a los aspectos cognitivos de su emoción. El cambio emocional puede producirse por la experiencia directa o por la imitación del comportamiento adulto. Entonces, la internalización es más probable que ocurra si el niño ha formado una buena confianza o unión con algún adulto (ibid., p. 187).

La infancia se presenta como un período crítico, donde las experiencias o evaluaciones emocionales internalizadas promueven o reprimen comportamientos en el período adulto (por lo tanto, las figuras de apego promueven la internalización de respuestas y evaluaciones emocionales del contexto lo que influye en el desarrollo posterior de la personalidad). De nueva cuenta vemos la importancia jugada por las relaciones que establece el sujeto con su medio, pues

producto de ésta, la persona puede tomar ejes de referencia para manifestar sus estados afectivos.

De tal manera la internalización es el proceso por medio del cual la persona autorregula sus manifestaciones afectivas (ya sea positiva o negativamente), anteriormente se había dicho que a través de la comunicación recíproca la persona adquiriría modelos o representaciones mentales acerca de cómo responder ante determinadas situaciones, estos modelos eran internalizados a partir de la experiencia y del aprendizaje de las respuestas emocionales de otras personas.

Conforme las funciones psicológicas pasan de primarias a superiores, la determinación de la respuesta emocional, depende cada vez menos del medio y comienza a ser controlada de manera individual por parte de quien enfrenta la situación. Lo anterior se explica entendiendo que la relación entre la afectividad y las funciones cognoscitivas de la personalidad no sólo cambian en sus manifestaciones externas sino en el procesamiento interno de la información, lo que permite a la personalidad orientar sus respuestas afectivas hacia lo que el sujeto espera de la situación. Además de lo dicho, debemos recordar que la internalización cambia la función internalizada, es decir, durante el proceso de internalización el sujeto actualiza la información produciendo formas enteramente particulares e individuales de regulación afectiva, por ello, la internalización permite a la personalidad tomar gradualmente el control de los estados afectivos.

En el apartado siguiente se dará revisión a las funciones cognitivas para entender la manera en que dichas funciones son un elemento a través del cual la personalidad, como sistema, controla, programa y dirige las manifestaciones globales de sus funciones.

2.3. Las Funciones Cognoscitivas de la Personalidad

En el apartado anterior hemos hablado de la conformación sistémica y dinámica de las funciones cognoscitivas con las afectivas y viceversa. Para comprender la manera en que las personas evalúan y responden ante su contexto, es necesario entender las relaciones estables y dinámicas que se establecen entre las funciones de la personalidad.

El funcionamiento sistémico de la personalidad implica el trabajo concatenado y concertado de sus distintas funciones; sin embargo, "las relaciones entre el sistema cognitivo y el sistema afectivo evolucionan con la edad, siendo clásico describir el desarrollo como una dominación progresiva del sistema afectivo por el sistema cognitivo o, en otros términos, como la conquista de una cierta madurez afectiva" (Huteau, 1989, p. 236). En el apartado anterior, hablamos de que el procesamiento afectivo de la información cambiará en la medida en que las relaciones entre la afectividad y las funciones cognoscitivas evolucionen, entonces, las funciones cognoscitivas permiten dinamizar las evaluaciones emocionales, haciéndolas más libres y dotándolas con la capacidad de programar y de regular sus manifestaciones, lo anterior implica la idea de un control creciente de las funciones cognoscitivas sobre las afectivas.

Huteau (ibid, p. 238) aclara la idea anterior:

"la elaboración y desarrollo de un comportamiento es una secuencia que comporta elementos cognitivos y afectivos en interacción, sea cual sea el producto de ese comportamiento. La cognición organiza y da forma a las necesidades, proporciona algunos medios que permiten intentar satisfacerlas y regula la afectividad y su expresión".

De tal manera, las funciones cognoscitivas se identifican con el papel orientador de la personalidad, pues permiten comprender el porqué, para qué y cómo del comportamiento. En este tenor ubicamos a las funciones cognoscitivas como un elemento indispensable que permite programar, dirigir y verificar, las manifestaciones complejas y volitivas de la personalidad

Por lo anterior, consideramos que las funciones afectivas se subordinan circunstancialmente al control cognoscitivo, pues éste permite un funcionamiento libre y consciente de aquellas. La orientación activa de la personalidad implica que la manera en que un individuo mantiene relación con su entorno partirá del andamiaje psicológico que éste ha desarrollado a lo largo de su historia evolutiva. Las funciones cognoscitivas permiten orientar las manifestaciones de la personalidad hacia la satisfacción de necesidades propias de existencia, así el control cognoscitivo permite utilizar dicho andamiaje para dirigir y controlar el propio comportamiento.

Si bien las funciones afectivas juegan un papel central en la significación del comportamiento, éstas corresponden a evaluaciones del entorno; sin embargo, por medio del control cognoscitivo la persona puede simbolizar las relaciones y prever los posibles efectos que tendrán las situaciones en la persona, y por esta vía liberan al individuo de las condiciones inmediatas y básicas de existencia.

Las funciones cognoscitivas se entienden, básicamente, como aquél mecanismo encargado del manejo simbólico de la información. Por medio de las funciones cognoscitivas el hombre puede trabajar de manera simbólica con el entorno, la abstracción creciente de la información hace que las funciones de la personalidad trabajen sin la necesidad de estar en contacto directo con la situación; dotan a la personalidad de una libertad creciente de acción. El "procesamiento cognoscitivo envuelve procesos más generales y flexibles que operan basados en el aprendizaje y memoria. Las actividades cognoscitivas incluyen juicio, resolución de problemas y entendimiento". (Matthews, op. cit., p. 48), a través de las funciones cognoscitivas se da solución a los problemas que se enfrentan en la vida diaria, las cogniciones se relacionan con las funciones psicológicas superiores, gracias a las cuales el hombre deja de ser un reflejo de las circunstancias y comienza a ser quien las controla y las dirige. Las funciones psicológicas superiores, en su relación con la personalidad, hacen que el hombre pueda actuar independientemente de las circunstancias, dirigiendo las manifestaciones de la personalidad hacia los deseos y necesidades propias.

En suma, podemos decir que "la cognición es un conjunto de procesos a través de los cuales el hombre adquiere, transforma y utiliza información acerca del mundo que le rodea" (Cole y Scribner, 1997, p. 2). La posibilidad de manejar información simbólica permite a la personalidad, no sólo responder ante los eventos, sino estar un paso delante de ellos, programando posibles comportamientos, por lo tanto, el manejo de la información permite dirigir las funciones de la personalidad hacia el futuro. Entonces, comenzamos a ver que el individuo no es una máquina de respuestas, sino que ahora se ubica como un ser capaz de dirigir su propio comportamiento, el hombre no está encadenado a las funciones inconscientes propias de la personalidad, por medio del manejo consciente de la información, él puede controlarse a sí mismo, y por esta vía autodirigir el desarrollo de su propia existencia.

Incluir las funciones cognoscitivas en la personalidad nace por la necesidad de: a) ver a la personalidad como un sistema funcional complejo, b) considerar el papel activo de la personalidad y c) considerar la fuerte unión de las funciones psicológicas superiores con la personalidad; las funciones cognoscitivas en la personalidad permiten explicar el papel activo y directivo del sujeto. A través del procesamiento cognoscitivo de la información el hombre autodirige su comportamiento, dando forma a su plano volitivo de acción.

De tal manera una visión cognoscitiva de la personalidad implica que la:

...elaboración del comportamiento se realiza en sistemas de circuitos simbólicos complejos. El sujeto era concebido como un dispositivo que reaccionaba; se convierte en un dispositivo que trata la información. El interés se desplaza del comportamiento, propiamente dicho, a las modalidades de su construcción, es decir, hacia los procesos internos y la cognición. La cognición es definida como el conjunto de los procesos por medio de los cuales las entradas sensoriales son transformadas, codificadas, elaboradas, almacenadas, recuperadas y utilizadas (Huteau, op. cit., p. 140).

De tal manera las funciones cognoscitivas dotan al individuo de la capacidad de programar y dirigir su comportamiento, de esta forma, el hombre comienza a ser percibido como el responsable de las manifestaciones de la personalidad, cambiando la visión de un hombre autómatas por uno capaz de decidir de manera conciente la dirección de su comportamiento. Así, la actividad que el sujeto mantiene en su contexto, la manera en que maneja la información, sus valores, sus creencias, el funcionamiento sistémico propio de su personalidad, pasan a jugar un rol central al momento de intentar dar cuenta del porqué del comportamiento. Las determinantes externas dejan de ser el ojo del huracán cediendo su lugar de importancia a la manera en que el sujeto interactúa con el medio, así el individuo comienza a ser quien controla su propio comportamiento, dejando de ser un esclavo de las circunstancias, teniendo la posibilidad de controlarlas y de crear nuevas formas de comportamiento.

Ahora bien, el manejo de la información se presenta por niveles, así pasamos del analizador sensorial al perceptual y de éste al manejo complejo de la información, basado en los procesos de pensamiento y razonamiento. Cada eslabón que compone el sistema cognoscitivo da un tratamiento especial a la información recibida, siendo el analizador sensorial el procesamiento básico de ella.

Siguiendo a Siegel (1999, p. 164) se puede decir que “los distintos módulos de la mente, del procesamiento sensorial al perceptual al razonamiento abstracto y la conceptualización de otras mentes, están diseñados para resolver tipos específicos de problemas. Ellos están hechos para crear sistemas específicos de representación”. Este autor argumenta que cada procesador de información representa de manera única la información recibida del entorno, producto de lo cual la persona representa a distintos niveles el evento. Para él, los procesos y niveles de conceptualización son diferentes en el sistema cognoscitivo; a cada tipo de procesador de la información le corresponde un nivel de representación.

Las señales sensitivas se encuentran en el nivel preconceptual, en la medida en que el manejo de la información se complejiza (participando en él el lenguaje) la representación opera no a partir de lo concreto sino de lo abstracto. Esta simbolización del entorno permite a la personalidad crear nuevos sistemas de comportamiento, totalmente originales y dependientes en poca medida de la información recibida, ahora, depende, en mayor medida, del potencial directivo de la personalidad.

Cervone y Shoda (1999) llaman a estas distintas formas de manejo de información capacidades, para ellos las capacidades básicas del sistema cognoscitivo son:

1. Capacidad de simbolización.
2. Capacidad vicaria.
3. Capacidad de previsión.
4. Capacidad de autorregulación.
5. Capacidad de autorreflexión.

Estas capacidades se relacionan con la posibilidad de manejar información en forma abstracta, lo cual permite que la personalidad se autorregule. A través del dominio creciente del lenguaje, y de la consiguiente capacidad de simbolización, se tiene la posibilidad de tener el control sobre las propias experiencias, además de lo dicho, con el desarrollo de las funciones psicológicas superiores existe la posibilidad de prever el resultado de la propia actividad y, como se ha dicho, crear objetivos y expectativas de vida.

Las funciones cognoscitivas complejas están enteramente relacionadas con el contenido simbólico del lenguaje, ya que permite programar, regular y verificar el comportamiento; es en este nivel en donde se ubica a las funciones cognoscitivas en su papel programador, regulador, verificador y director del comportamiento.

A lo largo del presente trabajo se ha ahondado en la importancia jugada por el lenguaje en la conformación y desarrollo de las funciones psicológicas superiores,

y por esta vía de los niveles de conceptualización informativa. El lenguaje permite al hombre abstraer las características esenciales de los eventos, permitiéndole formar categorías, las cuales facilitarán el proceso de conceptualización de la información. El contenido simbólico de éste permite al hombre no sólo comprender al contexto, sino, quizá lo más importante, le facilita el proceso de autocomprensión y autodominio. A través del lenguaje, como mediador, el hombre controla su propio comportamiento y además evoluciona sus características funcionales psicológicas de primarias a superiores.

En la medida en que el hombre domina sus funciones cognoscitivas, por medio del lenguaje interno, puede seleccionar los eventos que tendrán impacto en su vida, de tal manera, las experiencias y respuestas de la personalidad al evento serán selectivas; el aspecto cognoscitivo dirige esta selección vía la significancia que tenga el evento para la personalidad (discriminación de la personalidad, sin embargo, no debemos olvidar que la selección del evento también contiene elementos provenientes de la evaluación afectiva de la situación, ya que uno no responde sólo cognoscitivamente ante el evento, la respuesta corresponde al resultado del trabajo sistémico de las distintas funciones de la personalidad). Por lo anterior, podemos decir que cambia la relación entre la cognición y afecto (a veces uno juega un rol predominante en la determinación de la respuesta). Entonces a pesar de que hablamos de un control creciente de las funciones cognoscitivas sobre las afectivas, no negamos la posibilidad de que las experiencias afectivas determinen la expresión de comportamientos aún cuando

estos sean antagónicos con la evaluación cognoscitiva realizada por la personalidad.

Desde esta perspectiva se hace posible el trabajo armónico entre las funciones afectivas y las cognoscitivas gracias a la coherencia propia de la personalidad. La coherencia de la personalidad está representada, en parte, por el sistema motivacional predominante, son los motivos propios del sujeto los responsables de que en él haya una constancia en las funciones de su personalidad. No obstante, a pesar de que la personalidad muestra esta coherencia y consistencia en su funcionamiento se actualiza constantemente, ya que, el medio en el que ha de expandir sus funciones no es estable por ello necesita contar con mecanismos de actualización. A pesar de la coherencia y consistencia de la personalidad ésta puede actualizarse en la medida en que su dinamismo sistémico permite mantener relaciones discriminativas y selectivas con el entorno, además, por medio de la orientación activa de la personalidad el hombre puede dar solución a situaciones nuevas, para las cuales no tiene medios habituales de respuesta.

Como se ha dicho, el hombre, gracias al dinamismo de su personalidad, deja de ser un esclavo de las circunstancias. El hombre como un ser activo determina constantemente las relaciones que establece con su comunidad, es decir:

...desde el punto de vista de la acción sociocognitiva, son las personas autoorganizadoras, proactivas y autorreguladoras, no sólo un organismo reactivo que es determinado por los eventos externos. Las personas tienen el

poder de influenciar sus propias acciones para producir ciertos resultados. La capacidad de ejercer control sobre los procesos de pensamientos propios, motivación, afectos y acción operan a través de mecanismos de la propia acción (ibid, p. 186).

El hombre, como responsable de la actividad, determina la manera en que mantendrá relación con el mundo que le rodea; por medio de la actividad, el hombre transforma su entorno, transformándose así mismo durante este proceso.

El punto anterior nos lleva a la consideración de la importancia jugada por los procesos de creatividad de la personalidad. La capacidad de formar modos nuevos de relación con el entorno (externo e interno) es una de las cualidades esenciales de la personalidad, el papel jugado por la orientación activa, la unidad de las funciones cognoscitivas, su trabajo concertado y armónico, facilitan el proceso de actualización de la personalidad vía la creatividad.

Es importante considerar que no debemos reducir la creatividad solamente a las funciones cognoscitivas, ya que como indica Huteau (op. cit., p. 192):

...la eficacia en los procesos cognitivos que definen la creatividad en un sentido restringido no son, en el mejor de los casos, más que una condición de la creatividad en un sentido amplio... se deben distinguir varios niveles en el examen de los procesos psicológicos implicados en la creación... en un primer nivel los procesos del pensamiento lógico y los del pensamiento asociativo,

examinados por separado... en un segundo nivel pueden ser considerados según la eficacia de su funcionamiento coordinado... un tercer nivel en el que a las características cognitivas se juntan características afectivas que permiten que la actividad se inscriba en una duración prolongada.

En el proceso de producción de algo nuevo (y por tanto de actualización de la personalidad) es esencial el trabajo concertado del sistema funcional complejo que representa la personalidad, se ha dicho que gracias a la orientación activa de la misma, el hombre puede responder a eventos nuevos debido a que comprende y controla la situación creando con ello pautas de comportamientos actuales. La creatividad permite el cambio y la formación de personas ricas en originalidad, flexibilidad, visión futura, iniciativa, confianza, además amantes de los riesgos y listas para afrontar los obstáculos y problemas que se les van presentando en su vida cotidiana.

La capacidad creativa es muy importante en la vida global humana, se puede decir, que "la cultura se encuentra estrechamente vinculada con la creación al extremo de que ésta se puede considerar como un aspecto dinámico de la cultura, como la intranquilidad interna que hace al hombre desarrollarse" (Forgus y Shulman, 1979, p. 93). La creación es como un resorte interno de la historia que condiciona su dirección progresista. En la medida en que la actividad del hombre sea creadora, la historia adquirirá el carácter de progreso social. Como categoría expresa lo general que existe en su nexo histórico y en el movimiento ascendente de la sociedad, fija el aspecto de la actividad humana que se orienta al futuro,

hacia lo nuevo. Lo nuevo se debe entender no sólo como el producto acabado, sino además como la capacidad resultante, la nueva potencia que amplía el horizonte de la actividad (González y Mitjás, 1999). La creación le da al hombre la posibilidad de realizar su propia esencia como conjunto de relaciones sociales.

Por otra parte en las características de los individuos creativos, se destacan muchos indicadores cognitivos implicados en la creatividad como el alto grado de inteligencia, combinación de la información, percepción, intuición, imaginación, la abstracción, síntesis, entre otras. Como indicadores afectivos y volitivos los sujetos creativos presentan curiosidad intelectual, entrega a la tarea, motivación intrínseca, así como elaboración activa de conflictos. Así encontramos que la creatividad se relaciona con el sistema general de la personalidad, en donde, cada eslabón que la compone juega un papel central en la formación de personas creativas.

Vemos poco a poco que desde una visión sistémica de la personalidad no podemos reducir al hombre al plano de agente de respuestas. El hombre programa, regula y verifica autónomamente su comportamiento, por ello Kelly (citado en, Avia y Sánchez, 1995, p. 156-157) argumenta:

...la actividad fundamental del hombre es organizar la realidad, abstrayendo, generalizando, enjuiciando, valorando y, en definitiva, eligiendo un sentido para su vida. La postura de Kelly señala que las diferencias entre los hombres no dependen sólo de los sucesos externos que les han acontecido, sino

especialmente del modo en que cada uno establece la interacción con su ambiente, es decir, del modo en que cada uno construye su propio mundo, de acuerdo con sus categorías cognitivas. Según Kelly, el hombre mira el mundo a través de pautas que él crea. Cada día la experiencia le hará consolidar ciertos aspectos de su visión de las cosas, revisar algunos y abandonar directamente otros.

Queda claro que desde una visión cognoscitiva del hombre se considera que éste organiza de manera conciente su entorno, partiendo de la posibilidad de autodeterminar el propio comportamiento. La manera en que la personalidad establece contacto con el medio parte de: a) el medio histórico-cultural en el que se desarrolla; b) la organización motivacional propia de aquella; c) el nivel de desarrollo alcanzado por su orientación activa y; d) las características funcionales propias del yo, o del nivel de autoconciencia. Se puede decir que el *sí mismo* funciona como un filtro que matiza con la vivencia personal tanto las experiencias externas como el comportamiento resultante y, además de lo anterior, el yo como sistema tiene mucho que ver con la coherencia de la personalidad.

Kon (citado en Illiasov y Liaudis, op. cit., p. 168) argumenta con respecto al yo

En la teoría de la actividad... el principio subjetivo se destaca, ante todo, por la atención a aquellos tipos de actividad y a los procesos psíquicos en los cuales el individuo no simplemente se adapta al medio sino que también lo modifica activamente (y también así mismo). En este sentido resulta de especial interés

el fenómeno que A. V. Petrovski llama actividad suprasituacional, es decir, el caso es que el sujeto se sale naturalmente de los límites de lo que objetivamente requiere la situación.

La formación del yo implica que las funciones cognoscitivas no se dirigen sólo hacia el mundo exterior sino que también comienzan a poner atención hacia el interior de la persona; es decir, hacia sus procesos de análisis de la información, a las propias expectativas, valores, deseos, experiencias, significados, etc. Para Bozhovich (citada, en Illiasov y Liaudis, *ibid*) parece indudable que el llamado sistema "yo" representa la autoimagen de la persona en su personalidad. Debido a que el hombre dirige su actividad hacia sí mismo puede controlar y dirigir los procesos de evaluación y de respuesta ante los eventos.

El concepto de actividad suprasituacional promueve el papel activo, y no reactivo del sujeto, es decir, el hombre no se limita a actuar, únicamente, de acuerdo a lo que se espera de él en una situación dada, el hombre como responsable de su actividad, puede trascender el nivel de expectativa externa y dirigir su comportamiento hacia la revolución o cambio en la situación, partiendo de su propia posición en el mundo, esta posición interna es parte determinante del sistema yo.

Continuando con el yo, Avia y Sánchez (op. cit. p. 91) proponen las siguientes áreas como las típicas en el estudio del mismo en la psicología contemporánea.

El yo como experiencia: yo fenoménico

- Autoevaluación y autoestima.
- Percepción de imagen corporal y tono afectivo.
- Discrepancia entre el yo real y yo ideal.

El yo como procesador de información: yo cognitivo.

- La representación mental del yo: autoconceptos, esquemas, prototipos, guiones.
- Autoconciencia.

El yo como presentación social: yo conductual.

- Roles sociales y normas de interacción.
- Estrategias de autopresentación y manejo de impresiones.
- Autorregulación y autocontrol.

Por su parte Gunnar y Sroufe (1988, p. 80) dicen acerca del mismo punto:

...el yo como objeto puede ser definido como todo lo que el individuo cree acerca de sí. El yo como objeto en el sistema racional consiste en los puntos de vista acerca de sí mismo que pueden ser reportados. El yo como objeto en un sistema experiencial, consiste primariamente de cogniciones derivadas de experiencias emocionalmente significativas de las cuales la persona puede o no ser consciente.

Como podemos apreciar las diferentes áreas en el estudio del yo, aunque ponen hincapié en distintas funciones del mismo, tienen un punto en común, el cual consiste en que tratan de las funciones subjetivas de la propia persona; ya sea la experiencia de sí mismo, los modos en que se procesa la información o el modo de comportamiento, estas tres divisiones comparten el análisis de las funciones íntimas de la personalidad.

La manera en que consideremos al yo, el cual trata generalmente del autoconocimiento por medio de él la personalidad como sistema global, proporciona información acerca del estado propio de la persona, esta capacidad permite ubicar la actividad del hombre no sólo hacia el exterior, sino hacia su propia situación subjetiva en el mundo; la personalidad encuentra una constancia a partir de las condiciones propias del yo.

Hemos dicho que la personalidad programa y regula la actividad (ver apartado dedicado al estudio de la personalidad como sistema funcional complejo) ¿cómo hace esto? A partir de una autoteoría del mundo, por medio de ella se organizan las diferentes manifestaciones del comportamiento, no sólo hacia la solución de situaciones presentes, sino también al establecimiento de expectativas y fines (determinación por la finalidad).

Esta capacidad de elaborar una autoteoría del mundo parte del conocimiento del mismo, por lo tanto la capacidad que tenga la personalidad de orientarse activamente en el entorno, conociendo sus características esenciales permitirá la

formación de ésta. Gunnar y Sroufe (ibid., pp. 81-82) comentan: “el agente racional del yo organiza las experiencias y comportamiento de acuerdo a una auto-teoría que se base en la conciencia, presumiblemente creencias racionales. Por el otro lado, organiza y dirige el comportamiento de acuerdo a una auto teoría...”

La posibilidad de formar una autoteoría del mundo se relaciona con el nivel de autoconciencia alcanzado por la persona durante el curso del desarrollo ontogenético de su personalidad, Bozhovich (op. cit., p. 158) comenta al respecto:

La autoconciencia corresponde a la existencia de una posición interna que caracteriza el desarrollo ontogenético de la personalidad. Una vez surgida esta posición se hace inherente al hombre en todas las etapas de su trayectoria social y también determina su actitud ante sí mismo y ante la posición que ocupa ante la vida

Esta posición interna de la personalidad facilita la comprensión de la autodeterminación comportamental. Entonces, apreciamos que la manera en que se refractan las diferentes actividades del hombre como personalidad pasan a través de las funciones que desempeña el yo, o la posición propia del sujeto. La posición interna, además de lo dicho, promueve la formación de una coherencia y constancia en las funciones internas, y en las respuestas de la personalidad. Por lo anterior Rubinstein (op. cit., p. 260) afirma:

...como sea que las condiciones internas –a través de las cuales se refractan en cada momento dado las acciones externas sobre la personalidad- se han formado a su vez a tenor de las precedentes acciones externas, la proposición sobre la refracción de las acciones externas a través de las condiciones internas, significa al propio tiempo que el efecto psicológico de cada acción externa sobre la personalidad viene condicionado por la historia de su desarrollo.

Con esta cita queremos indicar que de ningún modo se niega la importancia de las condiciones externas, como funciones genéticas, en el desarrollo global de la personalidad. De lo que se trata es de ver que una vez que la personalidad ha alcanzado un nivel avanzado de su desarrollo tiene la posibilidad de autodeterminarse aún contra las situaciones externas de las cuales parte su origen (este punto ha sido desarrollado en la parte dedicada al origen histórico-cultural de las funciones psicológicas).

Es por lo anterior que Nadirashvili (citada en Illiasov y Liaudis, op. cit., p. 176-178) arguye que entre las principales características de la personalidad se encuentran:

- a) La existencia de una posición de la actividad psíquica de la personalidad.
- b) Se caracteriza por la existencia de una posición, no sólo la actividad actual del hombre, sino también la actividad que él piensa realizar en el futuro.

- c) La personalidad se caracteriza por determinada actitud ante los fenómenos de la realidad, con los cuales anteriormente la personalidad no había tenido que interactuar.

La personalidad mantiene una constancia en los puntos de vista y en los modos de interpretar las diferentes situaciones que enfrenta el sujeto. Por medio de esta postura, las manifestaciones de aquella se tiñen de una experiencia propia, desde aquí podemos entender la manera en que el medio externo se refracta a partir del interno, o sea, la forma en que se personaliza la información.

Los puntos anteriores obligan a que estudiemos la noción de determinación de la personalidad ¿qué determina el origen y funcionamiento de la personalidad?, ¿el medio externo?, ¿el interno o ambos?

El Dr. Lómov. (citado en Shuaré, op. cit., p. 247) plantea la cuestión de la determinación de la personalidad en los siguientes términos:

...cuando hablamos del problema de la determinación, del estudio de ésta, hay que tener en cuenta ante todo la diversidad de los propios determinantes: no son sólo las causas que provocan uno u otro fenómeno, sino también los factores que influyen en ese fenómeno; estos factores no lo provocan, pero influyen en el hecho de que se desarrolle de una u otra forma. Los factores pueden ser internos o externos. Existen, además, las premisas, que pueden ser generales y especiales. Hay también eslabones mediatizadores que se

incluyen en el proceso mismo de desarrollo de una u otro fenómeno psíquico.

En pocas palabras: la determinación tiene carácter sistémico, incluye los elementos que he mencionado y posiblemente otros más.

Por su parte Mancuso (1970, p. 197-198) habla de una determinación triádica de la personalidad, para él, “el medio ambiente determina comportamientos, en interacción con el paquete biológico del organismo y a través de los factores internos de la propia persona. Estos tres elementos se impactan de manera recíproca determinando el curso del comportamiento y la evaluación de las diferentes experiencias que afronta el sujeto”.

Explicar el origen o determinación de la personalidad parte de la consideración del carácter sistémico del mismo. Desde la postura de la actividad, la unidad dialéctica entre el paquete biológico, el medio externo y el interno determina el desarrollo de la personalidad, por lo tanto, no se puede hablar de una determinación unidireccional en la personalidad. Los diferentes sistemas de actividad que ejecuta el hombre en su vida cotidiana, determinan el curso que ha de tomar el desarrollo de la personalidad; por ello, debe estudiarse tanto el medio interno como el externo, en suma, se tiene que hablar de una determinación múltiple y sistémica en la cual no cabe un reduccionismo hacia lo interno, externo o lo biológico.

Resumiendo todo lo dicho de las funciones cognoscitivas de la personalidad, podemos decir que éstas, la dotan de la posibilidad de autodeterminar el curso de su desarrollo y el de las manifestaciones comportamentales. El papel orientador

activo de la personalidad se ve enormemente beneficiado con el manejo simbólico de la información. Las funciones cognoscitivas maximizan el papel conciente-volitivo (González, op. cit.) de la personalidad y gracias a él ésta puede actualizarse constantemente, produciendo manifestaciones creativas y permitiendo la regulación flexible y dinámica de las distintas problemáticas que el hombre necesita resolver, por tanto, podemos decir que el hombre de ningún modo puede ser reducido a su vida anímica, ni mucho menos considerársele como una máquina de respuestas, o por otro lado reducirlo a su vida psicológica. Considerando la actividad como la esencia de su existencia, podemos ver a éste como alguien capaz de determinar conscientemente el curso y la dirección de su vida, del mismo modo, el hombre es una individualidad, por ello no puede ser reducido a un conglomerado social en donde él es una parte indiferente e indisociable del mismo, así concluimos junto con Rubinstein (op. cit., p. 264):

...el hombre es una individualidad gracias a que posee cualidades especiales, singulares e irrepetibles; el hombre es una personalidad gracias a que determina conscientemente su actitud hacia lo que le rodea. El hombre es una personalidad por cuanto tiene su propia faz. El hombre es una personalidad en el más alto grado cuando su neutralidad, indiferencia y pasividad son mínimas, y máximo su espíritu activo con respecto a todo lo socialmente importante. Por ello tiene tanta importancia la conciencia para el hombre con personalidad, no sólo como conocimiento sino también como actitud. Sin conciencia, sin capacidad para ocupar conscientemente una determinada posición, no hay personalidad.

Esa conciencia, empero, no es el elemento único ni rector, es necesario reafirmar el carácter integrador de las funciones de la personalidad como un sistema complejo en el que además de articularse las funciones cognoscitivas y las afectivas, se unen a ellas las funciones volitivas, tema del siguiente apartado.

2.4. Las Funciones Volitivas de la Personalidad

En los dos apartados precedentes, hemos abordado las funciones afectivas de la personalidad, las cuales refieren a la concatenación de las respuestas emocionales propias del organismo con la experiencia histórico-cultural de cada persona que le dan cierto sentido y significado a sus vivencias; así como también hemos abordado las funciones cognoscitivas las cuales refieren primordialmente a aquellos elementos que permiten programar, dirigir y verificar, las manifestaciones complejas y volitivas de la personalidad; sin embargo, y como ya se ha mencionado, estos tipos de funciones no se encuentran aisladas sino como parte de un todo que es la personalidad (Vygotsky, op. cit.), la cual la hemos abordado como un sistema complejo que encuentra su funcionalidad en las funciones cognoscitivo-afectivas ya que “es prácticamente imposible representarnos un proceso o hecho psicológico puramente afectivo o puramente cognitivo” (González, op. cit., p.33).

Aun dentro del análisis epistemológico, resulta complicado realizar un abordaje de lo cognitivo o de lo afectivo de manera exclusiva; y aunado a esto, resulta necesario hacer una consideración más y es el hecho de que dentro de la teoría de la actividad, esta concatenación de funciones cognoscitivo-afectivas, sólo toma sentido si agregamos una noción más que es la de las funciones volitivas.

Las funciones volitivas refieren a la posibilidad de actuar de una manera en que se busca satisfacer las necesidades personales creadas a través de la experiencia

histórico-cultural, ya que si bien los elementos cognoscitivos y los afectivos son indispensables para la funcionalidad de la personalidad, estos se convierten en motivo y cualidad para la acción misma; esto es, al desarrollarse la personalidad en la actividad, la información que se va adquiriendo, dependiendo de los sistemas de actividad en que se desenvuelva el sujeto, aunada al grado de afectividad que se le imprima a tal información van conformando y jerarquizando los motivos (Zeigarnik, op. cit.), basados en las necesidades de origen social y personalizadas gradualmente, lo cual involucra una reestructuración y contextualización constante de la personalidad y de sus contenidos y funciones.

Además, en la volición encontramos la articulación de los contenidos cognoscitivos y afectivos, que, a través de la creatividad, permiten la integración constante de la información del contexto y, a partir de ello, la posibilidad de producir algo nuevo, ya sea a nivel reflexivo o a través de la acción para poder satisfacer sus necesidades aunadas a las exigencias de los sistemas de actividad de la persona.

Esa posibilidad de producción se encuentra en los planos no sólo de resolución de problemas, sino además en el planteamiento de nuevas problemáticas; esto que llamamos "nuevo" no debe entenderse como una construcción única y auténtica para todo el mundo, sino como aquello a lo que por primera vez se enfrenta el sujeto y que quizá ya había sido planteado tiempo atrás por alguien más en cualquier otra circunstancia (González, op. cit., p. 40).

Conjuntamente, el enfrentarse a lo "nuevo" está relacionado con la esfera motivacional que el sujeto ha desarrollado en su devenir histórico-cultural, en donde se han conformado una serie de intereses y actitudes respecto a la circunstancia a la que se enfrenta.

Este desarrollo motivacional y cognoscitivo-afectivo puede trasladarse a la realización de actos conscientes que se encuentran dirigidos al cumplimiento de una tarea. Tal cumplimiento involucra una serie de dificultades y obstáculos de diverso nivel y que tendrán determinado grado de impacto en la persona dependiendo de cómo se encuentre la dinámica y la consolidación de la personalidad hasta ese momento, involucrando como parte de tal dinámica "la previsión y la planificación de la claridad de los objetivos" (Liublinskaia, op. cit., p.362), junto con la experiencia acumulada.

Esta concatenación le da una cualidad más a la personalidad que es la de la autorregulación, la cual empieza a gestarse por medio de las indicaciones que el adulto da al pequeño; éstas, sin embargo, todavía no son el eje rector de la actividad del niño, ya que en la primera infancia...

...la influencia de la palabra del adulto, guiadora de la atención del niño, es todavía muy inestable, y la reacción de orientación suscitada por ella cede raudamente su puesto a la reacción orientadora directa provocada por un objeto más vistoso, nuevo o de mayor interés para el niño (Luria, 1994, p. 44).

Entonces, en el desarrollo de los contenidos volitivos, el lenguaje juega un papel primordial por el hecho de que, además de permitir la socialización del pequeño en su contexto, elicitaba la programación, regulación y verificación de sus acciones, por el hecho de que...

... el momento del dominio del lenguaje depende del intelecto del niño y todas las investigaciones llegan a la conclusión de que el estudio del lenguaje es un índice muy significativo de las posibilidades mentales del niño. Así pues, uno u otro grado de facultad se refleja sin duda en el modo cómo domina el lenguaje (Vygotsky, op. cit., p. 324).

Además de que por medio del desarrollo progresivo y dinámico de la capacidad de llevar a cabo las indicaciones e instrucciones de los adultos circundantes, el pequeño "adquiere al mismo tiempo la facultad de subordinar sus acciones a las conexiones formadas *en su propio lenguaje*" (Luria, op. cit., p. 47).

Sin embargo, en una etapa primaria, la atención coincide básicamente con la percepción visual directa del niño hacia el objeto (Luria, op. cit., p. 46) y posteriormente se va consolidando hacia aspectos verbales, lo cual dependerá de su estado emocional y de las posibilidades de expresión gestual y mímica que se le brinde al niño desde las primeras semanas (Lézine, 1969, p. 114). Esa posibilidad de expresarse estará mediada en un inicio por el influjo regulador de las indicaciones verbales del adulto y posterior y gradualmente mediante el

desarrollo del lenguaje del pequeño así como por la formación de tipos estables de "atención voluntaria autorregulada" (Luria, op. cit., p. 44).

Esa atención voluntaria permite la organización compleja de la actividad psíquica, y su cualidad de autorregulación implica la funcionalidad de la actividad consciente de la persona; pero esto se gesta a través de las pautas culturales del entorno del pequeño en el sentido de que es a través del aprendizaje que la volición se desarrolla, mas no como una cualidad intrínseca al individuo (Luria; op. cit.), sino como el conjunto de alternativas e interrogantes que se le proveen al niño para que así mismo pueda desarrollar su capacidad creativa en un conjunto de sistemas de actividad que fomenten el enriquecimiento de sus funciones psicológicas superiores, además de los contenidos, funciones y significados de su propia personalidad, ya que "la actitud creativa de éste hacia las tareas que surgen en dicha actividad es el verdadero indicador del grado de formación que en él han alcanzado las bases de la personalidad" (Davidov, op. cit., p. 98), lo cual conlleva el inicio de la actividad dirigida, productiva y social de cada persona.

Tal actividad dirigida se manifiesta a través de diversas acciones como son movimientos y actos manipulativos con los objetos que encuentre a su alcance, los cuales poco a poco va controlando más y les va dando una finalidad más organizada; además, empieza a orientar su atención hacia aquellos objetos que le resulten más atractivos visualmente y trata de alcanzarlos a través de la ayuda de alguna persona circundante que se lo pueda facilitar lo cual trae consigo una mayor socialización de su actividad; o si no, orienta su actividad a poder

alcanzarlo por sí mismo, implicando vencer obstáculos y desarrollar más tanto su volición como la satisfacción implícita en el logro de metas planteadas por sí mismo. Esto no lo abordamos exclusivamente en el sentido de la consideración que se hace del sistema ejecutivo aunado a la atención voluntaria, sino en la posibilidad del acto voluntario como elemento activamente orientador.

Este logro de metas permite desarrollar también una actitud "positiva" (Liublinskaia, op. cit.) en la esfera afectiva, junto con sus implicaciones del nivel de autoestima, el nivel de pretensiones; además de enriquecer la esfera cognoscitiva en el sentido de que ha corroborado de manera satisfactoria sus planteamientos hipotético-deductivos intrínsecos a la procesualidad de la programación para vencer obstáculos y el trazo de la forma en que se va a lograr la tarea.

Lo anterior, en correspondencia con las primeras etapas de formación de la personalidad, que posteriormente se va consolidando a través de la "formación de conceptos" (Vygotsky, op. cit.) en el desarrollo del lenguaje como función programadora y verificadora de su actividad con su correspondiente grado de volición.

Ahora bien, esa actividad dirigida y social se expresa, de acuerdo a Liublinskaia (op. cit.), de dos formas: la primera, que es a través de la acción que se dirige al logro de una tarea predeterminada; y la segunda, que es a través de la inhibición la cual significa la renuncia a la acción que lo llevaría a la consecución del fin

deseado y previamente planteado; sin embargo, estas expresiones tan sólo abordan el resultado de la volición.

Es entonces que debemos comprender que la volición no solamente se queda en la acción o inhibición en sí mismas, sino que implica todo un desarrollo complejo en el cual las necesidades se muestran como la base creadora de motivos; estos últimos van permitiendo la gestación de contenidos y funciones tanto afectivas como cognoscitivas que en su conjunto conforman el planteamiento de objetivos de manera consciente (Bozhóvich, op. cit.); además se busca alcanzar tales objetivos a través de la orientación activa de la personalidad hasta entonces desarrollada y que en la actividad psicológica se incrementa para identificar nuevas necesidades y continuar en el proceso de consolidación de esa orientación, para ello es necesario realizar planteamientos hipotético-deductivos, así como el análisis de las alternativas para conseguir la tarea predeterminada y después elegir y decidir la actividad a realizar.

Asimismo, cualquier otra actividad de tipo práctico y/o de tipo reflexivo involucra un cierto grado de desarrollo intelectual y de armonía de los contenidos y funciones de la personalidad, manifestados como la zona de desarrollo real (Vygotsky, op. cit.) que trae consigo una carga de experiencias y vivencias variadas; las cuales, entre más variadas y enriquecidas sean, permitirán el planteamiento y programación de objetivos, con distintas alternativas hacia la consecución de múltiples tareas en la satisfacción de necesidades desde las más primarias hasta

las más complejas dependiendo de la socialización y los sistemas de actividad de cada persona.

En este sentido, las zonas de desarrollo real refieren a la variedad de experiencias adquiridas por cada sujeto hasta entonces y que sirven como el basamento para la resolución y ejecución de tareas así como para la actividad psicológica general de manera inmediata; sin embargo existe una cualidad más proporcionada por esta experiencia que es la zona de desarrollo próximo (Vygotsky, *ibid.*), la cual, en el caso concreto de la volición, hace referencia a la posibilidad de desarrollar potencialidades de acción a diversos plazos y no nada más de forma inmediata; esto significa que la posibilidad de plantear objetivos a mediano y largo plazo ayuda a la organización y jerarquización de motivos, así como al desarrollo de una orientación activa de la personalidad más armónica en la articulación de sus contenidos y funciones, entre más enriquecida haya sido, en el devenir histórico-cultural de cada sujeto.

Sin embargo, la funcionalidad de la volición no se encuentra tan sólo como un almacenaje de contenidos hacia la acción, sino que se mantiene en constante formación y desarrollo. Este desarrollo depende básicamente de dos aspectos fundamentales: el primero que es el plano educativo-comunicativo y el segundo que es el creativo como consolidación y autonomía del primero.

En el caso del plano educativo-comunicativo, hacemos esta unión de nociones, ya que consideramos que, la educación no se limita al mero ámbito escolar (Gonnet,

1997), sino que se traslada a los diversos sistemas de actividad en que cada persona se desenvuelve, involucrando los diferentes roles que desempeña en tales sistemas; esto es, la educación no se mantiene exclusivamente como un proceso de enseñanza-aprendizaje, sino que se traduce de muy diversas formas de acuerdo a la posibilidad de personalizar la información recibida en el contacto con los demás (Martínez y Ortiz, 2003).

Este contacto con quienes lo circundan permite al niño, en sus primeras etapas de desarrollo, tener el apoyo del planteamiento de objetivos de manera externa; esto es, aquellos que se involucran con el niño en sus sistemas de actividad pueden orientar sus finalidades y la ejecución implicada en ellas a través del lenguaje y otras formas de estimulación que se establecen a través del contacto directo y las múltiples relaciones con las personas y los objetos de su contexto.

Posteriormente, al desarrollar más el lenguaje, puede plantearse sus propios objetivos, pero aun valiéndose de los demás; sin embargo, ya empieza a mostrar un grado de volición en cuanto decide con que jugar y lo que se va a involucrar en tal actividad al momento en que lo decida (Elkoninova, 2001, p. 30) (independientemente de si se le permite o no). Esto conlleva que el pequeño exprese sus primeros objetivos que aun se encuentran como elementos primitivos de actividad inmediata, pero que gradualmente concientiza más y que matiza de más afectividad, dependiendo de si cubre sus expectativas o no.

Ese inicio de planteamientos necesita del cúmulo de experiencias precedentes así como de las nociones y conceptos ya formados, por ser éstos los que "mediatizan el aprendizaje de lo nuevo" (Panofsky, et al, 1993., p. 294) y permiten la planeación y programación de objetivos inmediatos y paulatinamente a más largo plazo, lo cual dependerá además de la amplitud de alternativas que el adulto le vaya otorgando, con el fin de que, en una etapa posterior, pueda plantear más alternativas y una más rica variedad de objetivos.

Ese enriquecimiento se gesta a partir de las pautas actitudinales y conductuales por parte de los adultos circundantes; esto significa que la "demostración directa" (Liublinskaia, op. cit., p. 373), el ejemplo y la constancia brindan los elementos de seguimiento y cumplimiento de las tareas planteadas. En este sentido, cuando un objetivo es planteado y obtenido, el pequeño se muestra como un seguidor de las pautas de acción del adulto por encontrar congruencia entre la palabra y el hecho; a modo de ejemplo, podríamos mencionar que cuando al niño se le pide que sea puntual en su asistencia a clase como parte de los requerimientos de la institución en la que se encuentre, pero sus padres quizá lo mandan tarde o el maestro no es suficientemente puntual, el niño no encuentra tal congruencia, y aquello que parecería ser una buena cualidad para orientar su actividad presente y futura, simplemente pierde toda significancia por no encontrarse como parte de su contexto, lo que quizá fortalezca más una actitud de impuntualidad que de puntualidad.

Con lo anterior no queremos justificar la imposición de reglas ni tampoco el incumplimiento de las mismas atañendo su realización a los adultos, sino que pretendemos abordar la importancia de la compatibilidad de los sistemas de actividad del niño, para que lo que conoce y observa resulte coherente en la articulación y organización de la personalidad. Aunque en aquellas circunstancias en las que esto no resulte de tal modo, consideramos necesario estimar que su lógica funcional tendrá diversificaciones y posibilidades de compensar dicha funcionalidad.

Esta concatenación también implica un ejercicio mental para las relaciones inter e intraindividuales en el sentido de que obliga a la programación de la actividad y con ello su orientación mental conciente por parte del adulto y así para poder fomentarla en el pequeño, lo cual se verá reflejado posteriormente en cuanto el niño empiece a consolidar sus necesidades a un plano personal, ya que al tener mayor práctica y experiencia en la programación y verificación de sus actos, podrá a su vez plantear diversas hipótesis tendientes a la búsqueda de alternativas y a la realización a través de la acción.

Los planteamientos hipotéticos permiten la formación de un mayor autorreconocimiento, no nada más del yo como individuo, sino también del yo como persona potencial, lo cual dependerá directamente del grado de complejidad de las tareas y problemas a resolver por el pequeño, de acuerdo al nivel de expectancia del adulto en el desarrollo del nivel de pretensiones del niño (Zeigarnik, op. cit.).

Cuando se plantean objetivos de acuerdo a la zona de desarrollo real del niño, (Vygotsky, op. cit.) se fortalece la atención voluntaria hacia la tarea, ya que por contar con cierto significado, el niño tiende a mostrar mayor interés, además eso permite incrementar paulatinamente su propio grado de exigencias y su capacidad exigida a nivel de función volitiva.

Por otro lado, al reconocer sus limitantes, se puede fortalecer la autoestima y la motivación (González, op. cit.) para que ante los logros obtenidos y las necesidades satisfechas, el niño consiga una mayor funcionalidad personal en el acto volitivo.

En suma, para poder enriquecer ese proceso educativo tendiente a desarrollar las funciones volitivas, resulta necesario plantear desafíos ante las nuevas problemáticas del medio, incrementar las alternativas de interpretación de ese medio (Gonnet, op, cit.) así como brindar los elementos necesarios para desarrollar no sólo las funciones psicológicas superiores, sino también los diferentes aspectos de la personalidad, y así poder reconocer los diversos requerimientos de las circunstancias en las que se encuentra cada sujeto haciendo uso del cúmulo de información adquirida y personalizada en la experiencia-histórico-cultural, además de la participación de cada uno en comunidad para poder confrontar tareas de manera conjunta (Leontiev, op. cit., p. 55) lo cual permite, a su vez, que cada persona sea capaz de plantearse alternativas, buscar los medios y así poder emitir juicios y argumentos, aunado a la posibilidad de orientar la actividad de manera más funcional.

Esta funcionalidad orientativa de la volición implica la libre realización de las capacidades del hombre en el sentido de que no sea exclusivamente un portador, entre otras cosas, de un rol social, sino que por sí mismo pueda transformar y darle sentido a sus sistemas de actividad de una forma "harmoniosamente desarrollada" (Kulikova, 1988, p. 92).

Tal desarrollo armónico de la personalidad dentro de diversos sistemas de actividad se gesta por una variedad de medios y posibilidades comunicativas en los cuales la relación con los demás se torna inalienablemente fundamental en el sentido de que "los individuos se hacen unos a los otros" (Kulikova, *ibid.*, p. 95). Más no como una sujeción y superdeterminación social unidireccional del colectivo al individuo, sino como la posibilidad de expresarse de manera personal en los cambios de su actividad (Merani, 1968, p. 131).

Esa posibilidad de expresar y orientar su actividad traspasa las circunstancias inmediatas, llevando al sujeto a tener un papel activo autorregulado, lo cual le permite trascender las exigencias y expectativas del medio, otorgando prioridad a la actividad elicitada por sus propias necesidades y motivos, fortaleciendo de tal manera su nivel de expectativas y todos los componentes del "yo".

Ese nivel de expectativas es estimulado por la comunicación y los sistemas de actividad, lo cual impacta el desarrollo de las "potencialidades subjetivas de la personalidad" (González, *op. cit.*, p. 3); esto es, por el contacto histórico-cultural que la persona mantiene en su contexto, sus funciones volitivas se construyen y

se contextualizan de manera constante, lo cual va transformando la actitud, valoración y disposición ante las circunstancias presentes regulando su desempeño activo-pasivo, transformador, reproductor, etc. En otras palabras, es indispensable considerar la atmósfera cultural de cada persona ya que:

El cambio y perfeccionamiento de la conciencia de los hombres, el crecimiento de la conciencia individual y la consolidación de su potencial creativo, obligan primordialmente a una cultura de pensamiento; esto es, el entrenamiento de cada individuo para conocer las conexiones y relaciones esenciales de los objetos y fenómenos y para pensar creativamente cuando se proponen y enfrentan problemas teóricos y prácticos (Kulikova, op. cit. p. 95).

Aquella cultura de pensamiento que fomente el desarrollo de la creatividad (que es el segundo elemento fundamental que abordamos en el desarrollo de las funciones volitivas) permite la articulación de la personalidad en ese todo que ya hemos planteado; y que sin embargo, queda por aclarar el papel de la creatividad en la personalidad. El cual empieza por ser la manifestación de la concatenación de los contenidos cognoscitivos y afectivos dirigidos a la volición.

Esta concatenación la encontramos a manera de ejemplo en los estudios que Liublinskaia (op cit, pp. 270-272) ha desarrollado con niños de diversas edades, en éstos ha observado que al momento de pedirles que desarrollen un dibujo, articulan una serie de representaciones de lo que han vivido y al cuestionárseles respecto a su dibujo, tratan de darle un sentido lógico-explicativo incluyendo

elementos de lo que han conocido, aunado al matiz afectivo que sus vivencias emotivas le han permitido personalizar. Tal sentido lógico-explicativo, manifestado a través del lenguaje, sirve a la vez como "un factor creador en un sentido particularmente amplio" (Schaff, 1967, p. 247).

Conjuntamente, tal articulación permite aclarar la importancia de todos los contenidos y funciones de la personalidad hacia una integración y "configuración" (González, op. cit., p. 223) de la actividad psíquica de cada sujeto, expresada en términos de sus capacidades de entendimiento, afectividad, autorregulación, planteamiento de alternativas, etc. en concatenación, también, de él mismo con su contexto a través de la "actividad significativa relacionada a un objeto" (Galperin, 1992, p. 40), y además en relación con la circunstancia misma y las condiciones para organizar su actividad en general.

Galperin (op. cit.) menciona más adelante que:

Aunque "la actividad significativa" se refería a la interpretación u otorgamiento de significado, i. e., a la participación del pensamiento, se le daba teóricamente una descripción psicológica considerando un solo aspecto: la motivación. Aun cuando la distinción entre actividad, acción y operación se explicaban solamente en términos de criterios motivacionales, la actividad era algo en lo que la meta y el motivo coincidían (p. 42).

Por lo anterior, consideramos importante mencionar que los motivos tan sólo sirven como la base para la orientación activa de la personalidad, y que intervienen una serie de contenidos afectivos y cognoscitivos en el desarrollo de la actividad volitiva en la consecución de una tarea. Lo anterior aunado a las circunstancias mismas con sus implicaciones relacionales de cada persona con otras personas así como con los objetos circundantes (Petrovsky, op. cit.).

Todos estos elementos permiten que se desarrolle en la persona un determinado nivel de control de su actividad que se orienta dependiendo de su propia capacidad de contextualización y autorregulación, lo cual implica además el hecho de que a lo largo de la dinámica de concatenación de las funciones cognoscitivas, afectivas y volitivas, se desarrolla un elemento sumamente relevante que es el de la identidad, en este sentido, conforme transcurre el tiempo, el sujeto, al ir personalizando sus necesidades y jerarquizando sus motivos, cuenta con la posibilidad de orientar su actividad, pero no como un ser reaccionario de sus sensaciones, sino como aquel sujeto que puede hacer uso de mecanismos más elaborados (Galperin, op. cit. p. 80) en el cumplimiento de alguna tarea y satisfacción de aquellas necesidades, las cuales se muestran más en un sentido de determinación individual y con un mayor grado de significancia, lo que obliga a la persona a percatarse aun más de su propia existencia y a enfrentar sus actitudes, valores y juicios para poder apreciar el grado de importancia y personalización que tienen para cada uno y así modificar sus relaciones con los demás (Wallon, 1983, p. 190).

Tal modificación no implica necesariamente una antítesis de las ya existentes, sino la revaloración constante y conciente de las preexistentes; esto trae consigo la posibilidad de tomar en cuenta a los otros y definirse aun más como persona (Wallon, 1980, p. 110), pero además pretender defender su propia identidad como alguien con diferencias y cualidades particulares (Asmolov, op. cit.) que no está sujeto a la determinación de los demás sino como quien se muestra autónomo, y autodirigido a través de su propia actividad y que de tal forma cuenta con una serie de alternativas para vivir, con la validez de la redundancia, su propia vida.

Capítulo 3. La lógica funcional de la personalidad

En este momento queda por dilucidar un último punto (que a pesar de que ha sido abordado de manera implícita a lo largo de cada uno de los apartados del presente trabajo no puede darse por obvio) que tiene que ver con el concepto de funcionalidad y disfuncionalidad en las tareas inherentes a la personalidad ¿Cómo debemos entender el funcionamiento óptimo de la personalidad?, ¿Este funcionamiento parte de evaluaciones externas al sujeto? o ¿Se reduce a la vida psicológica del mismo?

Consideramos que, partiendo de los postulados e ideas centrales de la aproximación histórico-cultural, la funcionalidad propia de la personalidad viene determinada por la capacidad del individuo de orientar conscientemente el curso de su actividad, rompiendo con ello el manejo condicionado del comportamiento o la determinación inconsciente del mismo, esto implica el reconocimiento del fin hacia el que se dirige la actividad. De tal manera se concibe que el curso funcional de la personalidad está determinado por el autocontrol y orientación de sus acciones, el cual implica el reconocimiento de las habilidades y capacidades personales para: a) identificar las propias necesidades y motivos que promueven la actividad y b) enfocar las funciones de la personalidad a la satisfacción y establecimiento de nuevas necesidades y motivos de actividad.

En este sentido tanto el funcionamiento en el medio interno y externo de acción se consideran parámetros al momento de establecer el concepto de funcionalidad

¿Cómo? Consideramos que la funcionalidad de la personalidad parte de la posibilidad que tiene el individuo de que a través de la formación de ésta él pueda orientar su comportamiento al establecimiento y solución de motivos de actividad (tanto individual como en sistemas de actividad social) que no sólo parten de lo social, sino que tienen la posibilidad de ser creados por los propios valores, deseos e intereses de la persona.

Según la teoría de la actividad, la formación de la personalidad debe entenderse como la apropiación de experiencias sociales, apropiación en la cual el sujeto crea el medio psicológico desde la que se formará el establecimiento de relaciones; en este sentido, la funcionalidad es una determinada capacidad del hombre de responder de manera consciente a las exigencias que la vida social y personal le imponen, por ello, la orientación activa de la personalidad será el baremo, principal, a partir del cual se conciba la funcionalidad de ésta.

Antes de ahondar en las ideas anteriores consideramos importante revisar a grandes rasgos la manera en que se concibe el concepto de normalidad del comportamiento pues a menudo suele ser un parámetro para concebir el funcionamiento normal de la personalidad.

Ardila (1993, citado en Mustaca y Gandolfi, 1995) propone tres criterios diferentes de normalidad del comportamiento:

- 1) Estadístico: es la persona que se comporta como los demás en su grupo de referencia;
- 2) Teleológico: es el que sigue los ideales de su cultura; y
- 3) Clínico: es el que se siente bien consigo mismo y con los demás.

Como podemos observar de los criterios anteriores los dos primeros consideran la normalidad como una noción externa al sujeto, en donde la normalidad en los actos comportamentales está determinada por que el sujeto siga los lineamientos propios de su cultura de referencia. En ellos no se hace alusión a las capacidades programadoras y reguladoras internas de la personalidad, ya que el parámetro "normal" se adjudica desde fuera como una característica impositiva del medio, en donde el sujeto como personalidad debe adaptarse a las características histórico-culturales en las cuales desarrolla su vida.

El último criterio de normalidad introduce al propio individuo en la caracterización de está. En este sentido la normalidad se determina por la auto-aceptación de las características de personalidad, no a partir de un referente estadístico, ahora el sujeto puede considerarse normal cuando su comportamiento satisfaga las necesidades propias sin afectar a las demás personas. Considerar al individuo, en parte, como determinante de la normalidad del comportamiento introduce la subjetividad y las diferencias individuales como elementos importantes en la determinación del comportamiento, punto con el cual coincidimos, pues no se

puede hablar de normalidad, si con ello pretendemos adaptar al hombre a las características impuestas por su medio, sin embargo desde este último criterio se tiene que explicar la manera en que ocurre la normalidad interna del comportamiento; es decir, de que manera el sujeto es funcional con respecto a la satisfacción de su sistema de necesidades, lo cual conlleva hablar de la funcionalidad de la personalidad.

En lo que respecta al tema de la normalidad en personalidad Avia y Sánchez (op. cit., p. 221) promueven los siguientes como los atributos típicamente considerados:

- 1) Percepción coherente y realista de sí mismo.
- 2) Percepción correcta de la realidad.
- 3) Competencia y ajuste a las demandas del entorno.
- 4) Resistencia alta al estrés y a la frustración.
- 5) Autonomía intelectual, económica, y en hábitos de autocuidado.
- 6) Relaciones positivas interpersonales.
- 7) Actitud positiva hacia sí mismo y hacia los demás.

Las ideas y juicios que guían los postulados anteriores promueven una inclusión mayor del individuo en la definición de la normalidad, aunque esta inclusión se reduce a dos elementos: a) la percepción coherente y realista de sí mismo y b) la actitud positiva hacia sí mismo y hacia los demás, con estos parámetros se intenta considerar las características individuales de la personalidad como definitorias de

una supuesta normatividad; sin embargo, al observar detenidamente la lista anterior, nos damos cuenta que 5 de los 7 puntos consideran la normalidad a partir de criterios exteriores al sujeto y a la personalidad. Definitivamente creemos que la personalidad regula la formación de programas de actividad con respecto a la esfera social, no obstante dichos programas parten del medio interno del individuo, sin el cual no podríamos entender al comportamiento, por lo anterior, consideramos clave ahondar en los mecanismos funcionales internos de la personalidad (su funcionalidad sistémica) lo cual se ignora en las propuestas de normalidad revisadas, en ellas se excluyen, o por lo menos no se mencionan, las características funcionales de la personalidad. Además creemos que la normalidad se evalúa a partir de su manifestación, es decir, a través del comportamiento (otro criterio externo) entonces la personalidad es normal cuando el comportamiento evidente denuncia las características antes citadas.

No obstante los comentarios anteriores, que en una lectura rápida, parecería que eliminan la determinación social del comportamiento, debemos aclarar que nosotros partimos de lo social como el elemento genético desde el que el sujeto puede darse luz como personalidad. Sin embargo, una vez que el sujeto se ha formado como personalidad, el medio interno, desde el que evalúa y analiza el contexto, es clave para entender el concepto de funcionalidad del comportamiento, por ello unos párrafos atrás se mencionó que tanto el medio interno como el externo deben ser considerados en la noción de "normalidad". Lo que intentamos hacer al mencionar las nociones anteriores de normalidad es poner de manifiesto que el medio externo (en términos de una determinación social absoluta o en

términos de considerar como medida el comportamiento) no puede ser el parámetro esencial en la determinación de una supuesta "normalidad" en la personalidad.

Haenen (1992) indica que:

1. La actividad mental tiene que ser considerada como una forma de actividad humana relacionada a un objeto, material y concreta.
2. La estructura y contenido de la actividad mental tienen que ser estudiados en el proceso de internalización.
3. El producto final del proceso de internalización es la actividad mental orientadora. Cualquier persona utiliza esta actividad orientadora como la base para dirigir y monitorear acciones futuras ante un nuevo problema o situación (p. 18).

La actividad (social u objetual) que mantiene el sujeto con el medio será la responsable de que él se forme con determinadas características de personalidad; sin embargo, debemos recordar, como lo hace Haenen, que la estructura y contenido de las funciones psicológicas (de su orientación) obedece a los mecanismos de internalización. La internalización no se reduce a fotocopiar en la mente las distintas formas de actividad; en el proceso de internalización cambian las cualidades del objeto, una vez que la persona crea su medio interno (personalidad) se da el terreno óptimo para que la persona no sólo copie el medio,

sino que ahora tenga la posibilidad de orientar su personalidad y comportamiento hacia la consecución de necesidades personales.

Insistimos en que la funcionalidad de la personalidad parte de la capacidad que tiene el individuo de vivir de manera armónica con el medio, tanto interno como externo, lo anterior se origina en la posibilidad que tiene éste de que a través de la orientación activa de su personalidad pueda comprender las características invariables de los objetos y relaciones para, a partir de ahí, controlar de manera consciente, y por tanto volitiva el comportamiento, así lo individual (partimos de lo individual considerando la funcionalidad propia de la personalidad) no merece una inclusión en los términos de "y también lo individual cuenta", como se ve en las propuestas anteriores, ya que con ello reducimos la funcionalidad de la personalidad a un meta resultado de las acciones sociales sobre el individuo. La individualidad de la personalidad debe concebirse desde el cómo la persona - a partir del trabajo sistémico de sus esferas afectiva, cognoscitiva y volitiva - comprende y guía su comportamiento.

Lo anterior debe partir de la comprensión que tiene el individuo de los motivos y necesidades que guían la expresión sistémica de la personalidad, sin la cual el comportamiento resultaría automático, eliminando la posibilidad de una expresión dinámica de la personalidad, por ello lo individual en una serie de sistemas de actividad puede ser el elemento central para explicar la funcionalidad o disfuncionalidad del comportamiento.

La orientación activa de la personalidad permite al individuo realizar su sistema de actividad de manera que éste satisfaga las necesidades creadas desde los medios tanto interno como externo, por ello Zeigarnik (op. cit., p. 26-27) dice:

El postulado de la psicología materialista, según la cual los procesos psíquicos no son capacidades innatas, sino aspectos de la actividad que se forman durante toda la vida, determina que el experimento psicológico debe permitir estudiar las alteraciones psíquicas como *alteraciones de actividad*. Este debe estar enfocado hacia el análisis cualitativo de las distintas formas de disgregación de la psique, hacia el descubrimiento de los mecanismos de la actividad alterada y de las posibilidades existentes para su recuperación. (p. 26-27)

Nuestro concepto de funcionalidad y disfuncionalidad de la personalidad está más emparentado con las ideas de Zeigarnik (op. cit.), en la medida en que el referente es la actividad que el sujeto mantiene, por tanto las alteraciones de actividad se consideran factores de disfuncionalidad. En la cita anterior encontramos que la disfuncionalidad viene dada por la incapacidad que tiene el individuo de actuar de manera consciente en la búsqueda de los planes de acción para la satisfacción de sus necesidades..

La personalidad cumple el fin de mantener en funcionamiento los sistemas de actividad que el sujeto realiza, por ello la alteración general en dichos sistemas se considera manifestación de la disfuncionalidad a nivel de la personalidad; la

funcionalidad de la personalidad es determinada por la capacidad de ésta de guiar y orientar la actividad psicológica de manera que el sujeto tenga el control de la misma, rompiendo con ello la determinación unidireccional del ambiente. Para que la personalidad pueda mantener en funcionamiento los sistemas de actividad debe comprender el cuadro de las circunstancias en el que debe desplegar sus funciones esto lo hace haciendo uso de la orientación activa; la orientación activa, facilita la formación del cuadro psicológico que permitirá al sujeto tomar el control consciente de sus actos.

Por consciente no nos referimos, solamente, al control cognoscitivo del comportamiento, ya que, como se ha visto, el trabajo sistémico de la personalidad implica considerar la aportación que cada aspecto de la personalidad hace al funcionamiento íntegro de la misma. Por consciente, queremos hacer alusión a que el hombre conoce el qué, porqué y cómo de sus vivencias a través de la orientación activa, en este sentido hablar de conciencia emocional consiste en que el sujeto reconoce y regula tanto la experiencia como la respuesta afectiva ante los eventos que le inquietan; hablar de conciencia a nivel cognoscitivo implica la toma de control, por parte del sujeto, de las actividades programadoras, reguladoras y verificadoras de su personalidad; por último, hablar de conciencia a nivel volitivo es tomar en cuenta la posibilidad que tiene la personalidad de crear y por tanto actualizar de manera constante sus manifestaciones - debemos recordar que la separación de las funciones de la personalidad obedece a fines de abordaje epistemológico, ya que en el funcionamiento de la personalidad dichas funciones

actúan como un todo único que tiende a la regulación del comportamiento con el fin de satisfacer los motivos de actividad -.

Galperin (1992) enfatiza:

El comportamiento más importante y difícil es aquel involucrado en adquirir una orientación correcta en circunstancias que requieren acción y entonces la orientación adecuada de las propias acciones.

Es bien sabido que la gente a menudo no hace esto de la mejor manera o de manera completamente incorrecta, y que la mayoría de sus fallas e infortunios se originan de ello. La inhabilidad para orientarse a sí mismo correctamente ante las circunstancias, aun si son las condiciones de una tarea teórica o una situación que amenaza la vida, pesa en la gente como su "destino". La gente busca la ayuda de la psicología para aprender a conocerse a sí mismos y dirigir sus propias vidas, para aprender y enseñar de manera adecuada, para investigar lo que se puede esperar y lo que uno no debiera esperar, y para aprender como, a través del uso de hábitos, comportarse en situaciones inesperadas y extremas (p. 56).

Un comportamiento tan complejo como el descrito requiere que la personalidad actúe como un sistema en donde cada elemento del mismo es importante en la consecución de la meta (satisfacción de la necesidad). La orientación personal de la actividad requiere que: a) el individuo cuente con la posibilidad de descubrir las características invariantes de los objetos y/o relaciones; b) producto de lo anterior,

el sujeto tiene la posibilidad de orientarse mentalmente en la nueva situación, lo que facilita; c) la posibilidad de programar la conducta y; d) lo anterior desemboca en la ejecución del plan de actividad previamente formulado, en donde la actividad es regulada y verificada constantemente para saber si permite o no completar la satisfacción de la necesidad.

Por ello decimos que la orientación activa no se reduce al plano programador de la conducta, la orientación activa contiene un elemento ejecutor de la actividad, es decir, una vez que se ha creado el cuadro de las circunstancias el sujeto cuenta con la posibilidad de actuar de acuerdo a las características que ha descubierto en ese medio.

Por su parte, Zeigarnik (op. cit., p. 167) continúa diciendo:

Una de las manifestaciones más claras de la alteración de la personalidad consiste en la alteración del subcontrol del comportamiento, en la falta del sentido crítico sobre el comportamiento. La alteración del sentido crítico puede adoptar distintas formas y manifestarse en la estructura de distintos procesos. Puede manifestarse en la valoración equivocada de su personalidad y sus actos, puede manifestarse en la falta de crítica en relación con sus vivencias psicopatológicas.

La orientación activa, al permitir la comprensión de la situación, dota al individuo de la capacidad de reconocer sus propios estados y manifestaciones de

personalidad. En el apartado dedicado a las funciones cognoscitivas de la personalidad se habló de que a través de la formación del sistema "yo" el sujeto puede orientar su actividad hacia sí mismo, con lo que la actividad psicológica cuenta con el medio a partir del cual el hombre puede formar un sentido crítico acerca de la forma en que guía su comportamiento. Este punto es importante pues como se ha dicho el sujeto se auto-actualiza, en la medida en que sus respuestas automáticas no pueden regular situaciones nuevas por lo que requiere de crear modernos comportamientos que satisfagan las nuevas necesidades. Estas necesidades, a su vez, se originan en la medida en que el medio ambiente en el que vive la persona cambia constantemente, debido a lo cual los mecanismos de regulación del comportamiento merecen ser evaluados constantemente para determinar si permiten o no al sujeto mantener en orden sus sistemas de actividad.

Quintanar (op. cit., pp. 185-186), parafraseando a Allport, menciona:

Allport distingue una serie de mecanismos psicológicos (para decirlo más exactamente: de características descriptivas), los cuales son propios de la personalidad normal. Estos son así llamados mecanismos anabólicos: 1) posición activa en relación a la realidad, estudio y superación de la realidad y no huida de ella; 2) acceso de la experiencia a la conciencia (es decir, capacidad de ver los sucesos de la propia vida tal como es, sin recurrir a la defensa psicológica); 3) autoconocimiento con la presencia de humor; 4) capacidad para la abstracción; 5) proceso constante de individuación,

desarrollo y complejización interna de la personalidad que no conduce, sin embargo, al autismo; 6) autonomía funcional de los motivos; 7) estabilidad ante las frustraciones.

En contraposición con los mecanismos anabólicos, los cuales garantizan la salud psíquica, Allport plantea los mecanismos catabólicos, patogénicos. Estas son: posición pasiva en relación a la realidad; 2) represión; 3) otros medios de defensa del yo (racionalización, formaciones reactivas, proyecciones y sustituciones) todas las formas posibles de distorsión de la situación verdadera de las cosas a favor del equilibrio interior y la tranquilidad; 4) limitación del pensamiento al nivel concreto; 5) todas las formas posibles de estancamiento del desarrollo.

Entonces, para Allport, al hacer la referencia del metabolismo, podemos entender que los aspectos anabólicos imperan sobre el catabolismo en una primera etapa de vida y, posteriormente, el catabolismo impera sobre el anabolismo en etapas más avanzadas con la edad; y si bien ambos se presentan articulados para proveer al organismo de un equilibrio funcional, se entiende de cualquier forma que existe una decadencia orgánica propia de todo individuo dependiendo de diversos factores de vida (alimentación, higiene, nivel de stress, etc.). Sin embargo, una metáfora biologicista no nos permite aclarar la funcionalidad de la personalidad, ya que si bien existen determinados elementos tanto funcionales como disfuncionales a lo largo de la vida de cualquier persona, estos no buscan "equilibrar" de manera metabólica al sujeto, sino que su interacción permite que cada persona cuente con una lógica de concatenación de sus funciones

cognoscitivas, afectivas y volitivas para, así, poder recontextualizarse dependiendo de las circunstancias de sus sistemas de actividad, y no quedarse en un plano de equilibrio, mas bien de un dinamismo que cuenta con la cualidad de ser orientado activamente.

Además, la consideración que se haga de elementos tanto funcionales como disfuncionales no implica que tengamos que observar a todas las personas como seres con patologías (Freud, 1939; Jung, 1989) por el simple hecho de que la manera en que orientan su actividad no se ajusta con las pretensiones de normatividad de alguna teoría. Por el contrario, resulta indispensable considerar ambos aspectos de la dinámica de la personalidad, ya que así podremos atender las diferencias individuales (Khomskaja, 1997, pp. 22-23) que, a su vez, nos permitirán considerar a la persona como tal y no a una patología andando, lo cual implica una serie de consideraciones axiológicas respecto al propósito y viabilidad de la construcción de un cuerpo teórico que permita entender no sólo los estados mentales alterados, las patologías y las anomalías del desarrollo, sino además la restauración de la actividad mental, su funcionalidad, y los estados normales de las condiciones particulares de cada persona (Zeigarnik, op. cit; Poliakov, 1997)

De tal manera la funcionalidad de la personalidad se determina por la capacidad que tiene ésta de fomentar el desarrollo del individuo consigo mismo y con el medio social que le circunda. Una personalidad funcional es aquella que facilita la vida del hombre en sociedad y que promueve la individualización constante del sujeto, esto es, que partiendo de sus propias posturas el hombre crea formas de

vida desde las que puede analizar su contexto, en suma, observamos que la funcionalidad se representa por una unidad funcional dialéctica entre el medio interno y externo del individuo.

En esta relación dialéctica, hemos podido explicar que existe una gran mediación por parte del lenguaje, no sólo como elemento de comunicación y socialización entre sujetos, sino que además permite, en gran medida, la interiorización de la información del medio además de ser el mecanismo más relevante en la orientación activa no sólo de las acciones inmediatas, pero además de la actividad y funcionalidad sistémica de la personalidad.

Dentro de esta participación del lenguaje, consideramos relevante la formación de contenidos de información moral, ya que esta carga valoral influirá y determinará no sólo el que hacer y que no hacer ante determinadas circunstancias, sino que además implica la posibilidad de ubicarse en un plano social (Yákovlev, 1968, p. 134) en el que cada persona actúa de acuerdo a sus necesidades, pero también de acuerdo a los requerimientos de los demás.

El abordaje del desarrollo moral tiene gran relevancia en el análisis del desarrollo de la personalidad, el desarrollo de la representación del yo, la socialización constante por parte de cada persona en su propio contexto y la orientación activa de sus funciones de la personalidad; lo anterior lo podemos observar desde las primeras etapas de vida, hacia aproximadamente los dos o tres años de vida. En este momento, el niño dirige su actividad con ayuda de los adultos circundantes y

empieza a adquirir, en su experiencia cotidiana, determinados patrones de conducta que le ayudarán a distinguir entre las acciones apropiadas o no dentro de sus sistemas de actividad; además empieza a desarrollar una sensibilidad ante las transgresiones morales y convencionales (Ortiz, et al; op. cit.), lo cual implica una reducción de las conductas agresivas, o quizá un aumento de ellas dependiendo del grado de socialización que haya adquirido y también dependiendo de las pautas de conducta de su entorno.

Posteriormente, y ante el grado de convivencia que el niño mantenga en su entorno, los elementos psicolingüísticos serán una herramienta cada vez más útil para la consideración de las normas morales relacionadas a su propia actividad, pero además hará consideraciones respecto a la conducta de los demás por estar aprendiendo por imitación básicamente (Liublinskaia, op. cit.). Tal grado de convivencia se ve modificado drásticamente cuando ingresan a la escuela y poco a poco, al encontrarse con niños de su edad, se va percatando que las normas hasta entonces aprendidas, tienen alta significancia como elemento de regulación de su actividad con respecto a los demás y viceversa; esto implica que los niños se muestren más flexibles ante las reglas y que empiecen a manifestar las propias en su actividad primaria de expresión que es el juego (Makarenko, op. cit.).

Más adelante, hacia los doce o trece años, ya no sólo se busca la aprobación de los demás, sino que además se pretende encontrar respeto y mantenimiento de su propia actividad y de los elementos de identidad del yo hasta entonces consolidados (Ortiz, et al; op. cit.) y poco a poco, en la medida que se vaya

fortaleciendo la funcionalidad de su afectividad, de su conocimiento y de su voluntad, aunado a la orientación activa de su personalidad, el joven será capaz de no quedarse en la esfera de la imitación o seguimiento de un modelo como parte de las exigencias externas, sino que gradualmente desarrollará la capacidad de expresar la adquisición de tal modelo de una forma más personalizada y significativa de acuerdo a sus propias vivencias, expectativas, necesidades que irá definiendo y enriqueciendo en el curso de su desarrollo (González, op. cit, p. 105).

Tal personalización de los contenidos morales de la sociedad permite la concatenación de las funciones de la personalidad, lo cual implica que en su condición sistémica se desarrolle una mayor armonía y, por ende, una mayor funcionalidad que de manera intrínseca sea orientada activamente por el sujeto en un proceso de valoración autónoma y una manifestación actitudinal particular.

Ahora bien, tal concatenación se logra tomando en cuenta tanto las funciones afectivas, cognoscitivas y afectivas con su carga motivacional y moral, como sus elementos estructurales dentro de la actividad psíquica; en este sentido, es necesario recordar que:

... la personalidad es aquella base alrededor de la cual se constituye la vida psíquica del hombre, aquello primario que se forma junto con las funciones psicológicas superiores. Es un sistema dinámico del sentido que incluye la dinámica de la actividad, del pensamiento, aspectos volitivos, afectivos y

cognoscitivos, además de la unidad de los aspectos afectivos y los cognoscitivos... (Asmolov, op. cit.)

En este orden de ideas se tiene que considerar que la funcionalidad también se determina por la unidad de las funciones psicológicas superiores con la personalidad; una alteración producida a nivel de las funciones psicológicas acarrea, necesariamente, una disfunción a nivel de la personalidad. La orientación activa de la personalidad, como se ha dicho, es un mecanismo comprensivo y ejecutorio, para que esta tarea se de, la personalidad hace uso de las funciones psicológicas superiores (memoria semántica, pensamiento, lenguaje, atención voluntaria, percepción compleja, etc.) por ello ante la alteración de alguno de estos elementos se provoca la modificación, parcial o total, en las funciones de la personalidad.

Lo anterior no implica que los niveles de disfuncionalidad se mantengan de manera perenne, sino que, por el dinamismo de la personalidad y de sus funciones, se mantiene latente la posibilidad de reorientarse activamente en busca de nuevas estrategias compensatorias dependiendo del nivel previo de organización de los complejos sistemas conductuales (Baryshevskaia, 1997, p. 62) así como de la carga afectiva que se le otorgue a esa reorientación. Dando por resultado que tales elementos de disfuncionalidad se conviertan en nuevos motivos y, posteriormente, en base orientadora de la acción, independientemente de si tales elementos resulten funcionales o aun traigan consigo un mayor grado de disfuncionalidad.

Lo anterior conlleva que, ante el cambio constante de los sistemas de actividad, cuando se llega a presentar un cierto nivel de disfuncionalidad, cada persona cuenta con la posibilidad de hacer modificaciones en sus funciones cognoscitivas, afectivas y volitivas y buscar las herramientas que le permitan adaptarse a la nueva circunstancia creando con ello diferentes necesidades, así como la modificación de las anteriores, e identificando nuevos motivos hacia la base orientadora de la acción; sin embargo, para que pueda existir una orientación activa de la personalidad que resulte funcional para el sujeto, se requiere algo más que una simple y mera adaptación, es necesario entonces, que la persona identifique tales aspectos disfuncionales y que posteriormente ubique su actividad hacia la transformación de las condiciones de su circunstancia inmediata y de su contexto en general como elemento del mismo.

La personalidad como aquella unidad superior de las funciones psicológicas representa el trabajo concatenado de los contenidos psicológicos. La satisfacción de necesidades y la creación de motivos dependen del trabajo sistémico de las funciones psicológicas.

Otro de los puntos importantes en cuanto a la funcionalidad o disfuncionalidad de la personalidad tiene que ver con otro tipo de unidad, esta se refiere a aquella que existe entre el sistema funcional que representa la personalidad, en otras palabras, la funcionalidad se determina porque la esfera afectiva, cognoscitiva y volitiva trabajen con un fin común; mantener en funcionamiento los sistemas de actividad del sujeto.

En la satisfacción de las necesidades la personalidad trabaja como un todo integrado, la consecución de la meta se logra por:

- a) Un determinado nivel de pretensiones hacia la misma (nivel afectivo), es decir la tarea produce placer o displacer en la persona, en este punto se crea la base motivadora de la actividad;
- b) Una vez creado el nivel de pretensiones el sujeto necesita desarrollar un nivel de orientación general en el que la actividad debe desenvolverse (función cognoscitiva) esta orientación en el ambiente facilita la creación de programas de actividad en el que se formulan hipótesis de trabajo que se irán verificando y regulando conforme el proceso transcurre y;
- c) La expresión voluntaria del sujeto hacia el cumplimiento de la tarea y de los pasos consecutivos que tienden a la satisfacción del fin.

En suma, la necesidad se analiza en eslabones distintos cada uno de los cuales hace un tratamiento específico de la información y, sin embargo, la personalidad debe integrar estos diferentes sentidos con el fin de orientar el comportamiento hacia la consecución y satisfacción de la necesidad.

También es necesario recordar que los planes de actividad deben ser evaluados constantemente para saber si permiten la funcionalidad del sistema o si por el contrario eliminan la consecución de la tarea. Se ha dicho que las respuestas

automáticas eliminan la posibilidad que tiene el hombre de responder ante situaciones nuevas. Las respuestas automáticas son funcionales cuando el medio es siempre el mismo pues las características en las que debe desenvolverse la persona son idénticas, en este contexto, las respuestas condicionadas promueven la supervivencia del hombre, pero si incluimos un cambio en este medio las respuestas tradicionales ya no sirven para que el comportamiento sea funcional con respecto a la nueva situación.

La actualización de las funciones de la personalidad dota al individuo de la flexibilidad que requiere para afrontar situaciones nuevas, cuando ocurre algo nuevo en el campo perceptual del hombre, no sólo cambia la situación sino que las necesidades también se transforman (cambia la necesidad, cambia la cualidad de la necesidad, cambia los medios para satisfacerla, etc.) por ello la persona debe reconocer las características esenciales de la nueva situación con el fin de orientar la actividad de la personalidad hacia la creación de programas para que así el individuo pueda satisfacer el nuevo sistema de necesidades. Una persona que no actualiza el repertorio de su personalidad se ve condenada a actuar únicamente con lo aprendido.

En suma los criterios de funcionalidad que se manejan en el presente trabajo son:

- a) La toma de control consciente de la actividad.
- b) El desarrollo de la orientación activa (que crea la comprensión del cuadro de actividad).

- c) El trabajo armónico entre la personalidad y las funciones psicológicas superiores.
- d) La armonía entre el medio interno y externo del individuo.
- e) El trabajo concertado y dinámico de las funciones afectivas, cognoscitivas y volitivas.
- f) La constante actualización de las funciones de la personalidad.

Como hemos visto la normalidad o funcionalidad de la personalidad debe ser entendida desde las tareas inherentes de la misma (dar sentido a las vivencias, unir de manera coherente al sistema psicológico, orientar a la persona en su medio, satisfacer necesidades desde una postura personal, etc.) y no simplemente a partir de las características externas que no sólo se reducen a lo social, sino que, suelen confundirse con el comportamiento, el cual representa la parte final de la actividad de la personalidad.

4. Conclusiones

Para iniciar este último apartado, queremos mencionar algunos elementos que han integrado las ideas de este trabajo:

- a) El marco referencial del cual se partió considera a la personalidad determinada por elementos histórico-culturales y que por la participación activa del sujeto psicológico producen como instancia rectora del comportamiento a ésta.
- b) El sujeto como un ser activo constantemente determina las condiciones de su existencia y en este proceso se determina así mismo.
- c) Se considera que la funcionalidad o disfuncionalidad vendrá dada por la lógica de la persona ya que ésta es la que produce las zonas de sentido a partir de las cuales interpretará su contexto.
- d) Por lo anterior, la funcionalidad y disfuncionalidad cambiarán de acuerdo a la cultura y sociedad en que se encuentre la persona y de acuerdo a sus necesidades.

Ante los elementos los planteados en este apartado, retomamos el problema inicial en la elaboración del presente trabajo de investigación documental, el cual versa en los siguientes puntos básicos:

- a) Manejar como guía teórica los postulados provenientes de la escuela histórico-cultural en el estudio de la personalidad.
- b) Entender la génesis y desarrollo de la personalidad.

- c) Abordar su funcionamiento.
- d) Comprender la funcionalidad y disfuncionalidad de la personalidad dependiendo de sus sistemas de actividad.
- e) Introducir el concepto de orientación activa en el estudio de la personalidad.

Así, este trabajo de investigación documental permite entender que el origen de la personalidad se encuentra en los sistemas de actividad que el sujeto mantiene en los medios interno y externo. En este orden de ideas los autores consideramos importante recalcar que la personalidad no puede reducirse al plano inconsciente ni puede ser entendida como el resultado unidireccional de las influencias que el ambiente tiene sobre las personas. Por ello, partimos del postulado de la actividad social como uno de los puntos que permite sobrepasar las limitantes que las visiones psicológicas clásicas tienen en torno a la personalidad. Del mismo modo se consideró que el papel de la persona no es pasivo-respondiente, nosotros consideramos que el sujeto es un ser conciente-directivo de su comportamiento, es decir el sujeto no es una máquina de respuestas que encuentra el motivo de su actividad en las imposiciones del ambiente; el sujeto por su característica activa puede dirigir su actividad de manera volitiva hacia la satisfacción de necesidades personales de existencia.

Del mismo modo, se indica que una de las funciones de la personalidad no es la de adaptar al individuo a su medio, sino la de hacer que ese individuo logre vivir en su entorno, para lograr mantener el control de las decisiones que le impelen a la actividad. El funcionamiento de la personalidad debe ser entendido como el

resultado de un sistema funcional complejo que implica que aquella es parte de las funciones psicológicas superiores integrándolas y dándoles un sentido determinado por la historia del sujeto y por su sistema interno de; además, a lo largo del trabajo se ha indicado la articulación de los contenidos afectivos, cognoscitivos y volitivos, de ello se desprende que la personalidad es una unidad superior del plano psicológico del hombre, unidad que trabaja de manera sistémica para cumplir el objetivo principal de su trabajo; lograr la vida del hombre.

Nosotros planteamos que la funcionalidad o disfuncionalidad de la personalidad no corresponden a que el sujeto pueda o no satisfacer las exigencias culturales de su actividad, sino que éste pueda identificar y satisfacer sus necesidades; es decir, que el sujeto será funcional o disfuncional en la medida en que pueda o no comprender las características de la situación, para a partir de ello, dirigir su comportamiento no de manera automática sino de manera volitiva-conciente.

El desarrollo de la orientación activa es el baremo a partir del que entendemos el despliegue de las funciones de la personalidad, de tal manera, hemos abordado su desarrollo para romper con la determinación inconsciente del comportamiento. La orientación de la personalidad no se reduce a la jerarquía de los motivos de actividad, aunque en parte se refiere a ellos, la orientación activa se entiende a partir de las funciones comprensivas, programadoras y reguladoras de la actividad, así se va más allá de la mera identificación de una jerarquía motivacional del hombre.

La base teórica que aglutina y da sentido a estos conceptos es aportada por la escuela histórico-cultural. Identificamos en esta aproximación psicológica los elementos epistemológicos para el abordaje de la personalidad por considerar la amplitud del psiquismo humano, es decir, que no reduce la vida anímica de las personas al inconsciente, al aprendizaje, a los procesos preceptuales o a la búsqueda de la realización personal. Como se vio, la escuela histórico-cultural parte del origen cultural de las funciones psicológicas superiores, en esta concepción no se pretende sujetar a la persona a la sociedad o a su pasado, en ella se busca que el hombre tome el control conciente y volitivo de su vida, de tal manera, se considera que el hombre es un ser que por sus características activas tiene el control de su vida.

Por ello, a lo largo del desarrollo de esta tesis se ha puesto de manifiesto que el punto de toque en el estudio de la personalidad debe ser el hombre y la actividad histórico-social que éste establece con su medio, una noción de este tipo permite sobrepasar las limitantes de las nociones bioenergética y del aprendizaje.

Uno de los puntos centrales que motivó la elaboración de esta investigación, teórico-conceptual, era el de establecer que la personalidad no se reduce a la vida psicológica de la persona, ni mucho menos puede constreñirse al resultado de los continuos estímulos del medio sobre ella. A lo largo de las páginas que dan forma a esta tesis se demostró que al hablar de personalidad debemos entender que es resultado de la acción conjunta del medio y de los planos subjetivos, de tal manera la personalidad en sus planos funcionales y disfuncionales se encuentra inmersa

en una compleja relación entre el medio interno y externo, por ello es aventurado reducirla a cualquiera de ambos.

Con respecto al propósito y a los objetivos de investigación podemos decir que:

Nuestro propósito inicial era **“explicar a partir de la orientación activa los aspectos funcionales y disfuncionales de la personalidad”**. Al realizar una lectura del presente trabajo el lector podrá constatar, en cada uno de los apartados, que el concepto de orientación activa permite explicar las funciones propias de la personalidad. Si la función de la personalidad es la de regular la vida anímica de la persona, necesita para ello, contar con la orientación activa para poder comprender las características determinantes de los eventos y relaciones que mantiene en sus sistemas de actividad para lograr que el individuo viva en estas condiciones. Por lo anterior, nosotros concebimos que la funcionalidad y disfuncionalidad de la personalidad dependerá de la capacidad de ésta de orientarse o no activamente en el medio, de tal forma, el desarrollo de las funciones de la orientación activa promoverá que el sujeto mantenga funcionalidad en los distintos sistemas de actividad en los que está inmerso y viceversa. Por lo tanto, se puede afirmar que se cumplió el propósito inicial de trabajo, ya que, se estableció que la orientación activa permite comprender, programar y posteriormente regular la actividad de la personalidad en su medio.

En cuanto a los objetivos podemos decir que:

El objetivo general del trabajo era, **“exponer el valor heurístico de la funcionalidad y de la orientación activa como elemento teórico-conceptual en el estudio de la noción de personalidad como un sistema funcional complejo regulador de la actividad del individuo dentro de la escuela histórico-cultural”**. En este orden de ideas podemos afirmar que la personalidad sólo puede entenderse como el resultado y la manifestación de un sistema funcional complejo compuesto por las relaciones inter e intra psíquicas que el individuo mantiene consigo y con su comunidad. Además, se puede decir que la personalidad debe ser entendida en constante relación con las funciones psicológicas superiores por lo cual se afirma que este trabajo concertado entre estas permite el funcionamiento de la personalidad, en cuanto a la orientación activa se puede atestiguar que es una noción que permite comprender la manera en que la personalidad cumple sus funciones programadoras y reguladoras de la actividad, en este orden de ideas cabe señalar que si la personalidad no contara con la orientación actividad y si no estuviera en relación constante con ella, no podría lograr que el hombre viviera en un mundo que constantemente exige de él la elaboración de nuevos comportamientos con el fin de que él pueda resolver las problemáticas que su actividad social le imponen.

La guía teórica de estos postulados proviene de la escuela histórico-cultural, a partir de las nociones manejadas por aquella se puede entender que la personalidad no puede ser reducida a la lucha del inconsciente o a la asociación

de aprendizajes, al hablar de personalidad en la escuela histórico-cultural debemos hacer uso nociones tales como: a) el origen histórico-cultural de las funciones psicológicas superiores; b) el principio de la actividad como conformador de la realidad psicológica del individuo; c) del paso de lo ínter a lo intra psicológico; d) el trabajo cooperativo entre personalidades como elemento constitutivo en el desarrollo y consolidación de la personalidad individual; e) de la mediación cultural; f) desarrollo histórico de los sistemas funcionales psíquicos; g) el proceso de internalización como la noción que permite comprender la manera en que el sujeto se apropia de la información recibida del medio, proceso en el cual, el sujeto personaliza ésta, rompiendo el determinismo unívoco del medio hacia el individuo; y h) la zona de desarrollo próximo como la herramienta teórica que permite entender la manera en que el trabajo cooperativo permite el desarrollo de la personalidad y de sus funciones.

En cuanto a los objetivos particulares podemos decir que:

- a) El objetivo particular 1 fue **“conceptuar la noción de personalidad”**. En este trabajo de investigación no se pretendía definir de manera categórica a la personalidad, ya que los autores consideramos que era mejor, para el estudio, conceptuarla, así se establecieron nociones a partir de las cuales el lector puede entender las características determinantes de la personalidad, algunas de las que se manejaron en el presente estudio fueron:

1. El carácter activo y sistémico de la personalidad, es decir la personalidad se crea y desarrollo por medio de la actividad y a través del trabajo concertado de esta con las funciones psicológicas superiores y con las funciones propias de la personalidad (afectivas, cognoscitivas y volitivas);
2. El principio relacional de la misma lo cual parte del principio anterior;
3. La constitución dialéctica de la personalidad que interrelaciona en cada momento de su accionar la esfera interna; representada, básicamente, por los aspectos afectivos, cognoscitivos y volitivos; y la esfera externa cuyas expresiones básicas comprenden todos aquellos mecanismos de relación y de comunicación;
4. La personalidad debe ser considerada un sistema funcional, ya que relaciona lo interno y lo externo y no sólo eso; la personalidad constituye un sistema funcional debido a que en su desenvolvimiento interno, pre-ejecutorio, se unen todos aquellos procesos responsables del manejo de información; la personalidad concatena los contenidos afectivos, cognoscitivos y los volitivos;
5. La personalidad en una primera aproximación se nos presenta como una unidad autorregulable e indivisible cuyas funciones se desarrollan de manera sincrónica, así el hablar de sistema implica partir de la unidad funcional propia de la personalidad;
6. Estudiar la personalidad implica abordarla como una totalidad;
7. El sistema dinámico de la personalidad es un sistema abierto; y
8. Hablar de la personalidad como sistema nos obliga a entender que su funcionamiento se va a determinar por las necesidades que el individuo

busca satisfacer, así la identificación de necesidades se encuentra con un elemento importante al pretender comprender las manifestaciones comportamentales de una persona.

- b) El objetivo particular 2 fue el de **“conceptuar la noción de orientación activa”**. La orientación activa de la personalidad no se redujo a delimitar la jerarquía de motivos de la personalidad, en esta tesis se ha manejado el concepto de orientación activa de la personalidad como aquella función que permite a la personalidad comprender el cuadro de las circunstancias en el que debe desenvolver su actividad para posteriormente programar y regular el plano ejecutorio del comportamiento.
- c) El objetivo particular 3 corresponde a **“considerar la noción de orientación activa como una herramienta teórico-conceptual en el análisis de los componentes funcionales de la personalidad en su génesis y desarrollo”**. De acuerdo a esto en el presente trabajo de investigación se aplicó la noción de orientación activa para explicar la manera en que la personalidad es funcional o no lo es a partir de las necesidades que el individuo busca satisfacer. De lo anterior se desprende que al hablar de personalidad, es necesario considerar la función que cumple de programar, regular y verificar los sistemas de actividad en los cuales se encuentra inmersa la persona. Para explicar el proceso anterior, se tiene que hacer uso de la noción de orientación activa, pues a partir de ella, se da cuenta de las funciones anteriores; así, la orientación activa se

ubica como la capacidad de dirigir, de manera consciente-volitiva, las funciones cognoscitivas, afectivas y volitivas.

- d) Por lo anterior el objetivo particular 4 fue **“emplear la noción de orientación activa para comprender la manera en que la personalidad se desenvuelve en condiciones histórico-sociales e histórico-individuales específicas”**. La orientación activa de la personalidad fue la noción que se introdujo en esta investigación para poder explicar la manera en que el sujeto dirige su actividad en las condiciones en las que debe desenvolverse. Lo cual nos permite concluir que la orientación activa de la personalidad es una herramienta heurística que logra explicar el cómo la personalidad permite al sujeto dirigir su actividad hacia la satisfacción de las necesidades individuales y sociales. De tal manera la aplicación y desarrollo de la noción anterior facilita al psicólogo comprender la manera en que las personas buscan satisfacer sus necesidades.
- e) Por último, en cuanto al objetivo particular 5 que fue el de **“explicar la manera en que el proceso de orientación activa de la personalidad, en el plano psíquico, produce la funcionalidad o disfuncionalidad de la misma”**. Podemos afirmar que la funcionalidad o disfuncionalidad del comportamiento está relacionada con el desarrollo de la orientación activa de la personalidad. en la medida en que el sujeto esté capacitado para comprender las características invariables de los sistemas de actividad que mantiene, podrá programar y regular su actividad hacia la consecución del

motivo-meta de la actividad, luego entonces, podemos decir que si la persona no ha desarrollado, suficientemente, la comprensión (orientación activa) de la situación, su comportamiento será disfuncional pues no le permite satisfacer sus necesidades, cayendo en la aplicación y ejecución de respuestas automatizadas, que en muchos de los casos, convierte en disfuncional el comportamiento pues no facilita la comprensión y manejo de situaciones nuevas. La importancia de la orientación activa de la personalidad se puede observar, sobre todo, cuando el individuo debe actuar en situaciones que exigen de él el desarrollo y aplicación de programas nuevos de actividad, por ello, si el sujeto sigue encadenado a respuestas automáticas la solución de nuevas disyuntivas se ve imposibilitada haciendo que la personalidad no pueda cumplir con su función básica de regular el comportamiento para la satisfacción de necesidades.

Como punto final, reconocemos que el estudio de la personalidad como tal permite abrir un sinnúmero de líneas de investigación que sería difícil abarcar en un trabajo de esta naturaleza; sin embargo, consideramos haber realizado, desde una postura histórico-cultural, un abordaje que busca integrar diversos elementos de esta noción, tomando como eje central la funcionalidad de ésta a través de la orientación activa, asumiendo asimismo que esta perspectiva histórico-cultural proporciona diversos elementos gnoseológicos necesarios para una integración sistémica con sus implicaciones tanto estructurales como funcionales.

Bibliografía

- American Psychological Association (2002). *Manual de estilo de publicaciones de la American Psychological Association* (2ª ed.) México: El Manual Moderno.
- Ananiev, B. G. (1977). El desarrollo de la personalidad y los problemas psicológicos de la educación. En Lliasov, I., Liaudis, V. (1986) *Antología de la Psicología Pedagógica y de las Edades*. La Habana, Cuba: Pueblo y Educación.
- Anderson, J. (1950). Changes in emotional responses with age in Feelings and emotions. En Reymert, M. (editor, 1950) *Feelings and emotions*. USA: McGraw-Hill.
- Arnold, M. (editor) (1970). *Personality and psychopathology. A series of monographs, texts and treatises (feelings and emotions)*. USA, New York; Academic Press.
- Asmolov (2002). *Concepto de personalidad en la teoría de la actividad*. Conferencia dictada en el seminario internacional de psicología, Actualidad, aplicaciones y perspectivas de la teoría histórico-cultural; Puebla, México.
- Avia, M. y Sánchez, M. (1995). *Personalidad: aspectos cognitivos y sociales*. España: Pirámide.
- Barrul, E.; González, P. y Marteles, P. (2000). El afecto es una necesidad primaria del ser humano. Del 11/05/03 a las 12:09 p.m. www.biopsychology.org/biopsicología/articulos/el_afecto_es_una_necesidad_primaria_del_ser_humano.htm.

- Baryshevskaia, M. (1997). Compensatory Behavior in 3-6-Year-Old Children Reared in a Children's Home, *Journal of East European Psychology*, 35, (5), 61-80.
- Bischof, L. (1964). *Interpretación de las teorías de la personalidad*. México: Trillas.
- Bozhóvich, L. (1978). Las etapas de la formación de la personalidad en la ontogénesis. En Lliasov, I., Liaudis, V. (1986) *Antología de la Psicología Pedagógica y de las Edades*. La Habana, Cuba: Pueblo y Educación.
- Bradley (2000). *Regulación afectiva y el desarrollo de psicopatología*. Estados Unidos: The Guilford Press.
- Buber, M. (1990). *¿Qué es el hombre?* (15ª ed.) México: Fondo de Cultura Económica.
- Cattell, R. (1972). *El análisis científico de la personalidad*. Barcelona, España: Fontanella.
- Centeno, J. (1981). *Metodología y técnicas en el proceso de la investigación*. (2ª ed.) México, D. F.: Cambio.
- Cervone, D. y Shoda, Y. (editors) (1999). *The coherence of personality. Social-cognitive Bases of consistency, variability, and organization*. USA: Guilford Press.
- Cole, M. y Scribner, S. (1997). *Cultura y pensamiento. Relación de los procesos cognoscitivos con la cultura*. México: Limusa.
- Cruz, F. (1988). *El concepto de hombre en Fromm*. Tesis para obtener el título de Licenciatura en Psicología. Facultad de Psicología, UNAM.
- Dana, R. (1972). *Teoría y Práctica de la Psicología Clínica*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Davidov, V. (1987). *La enseñanza escolar y el desarrollo psíquico*. Moscú: Progreso.
- Dollard, J. y Miller, N. (1950). *Personality and Psychotherapy*. New York, USA: McGraw Hill.
- Dysinger, W. and Ruckmick, C. (1983). *The emotional responses of children to the motion picture situation*. USA. New York: Macmillan.
- Elkonin (1987). *Problemas Psicológicos del Juego en la Edad Preescolar*. En La Psicología Evolutiva y Pedagógica de la URSS. Antología. Moscú: Progreso.
- Elkoninova, L. I. (2001). The Object Orientation of Children's Play in the Context of Understanding Imaginary Space-Time in Play and in Stories. *Journal of East European Psychology*, 39, (2), 30-51.
- Elmgren, J. (1950). Emotions and sentiments in recent psychology. In Feelings and emotions Reymert, M. (editor, 1950) *Feelings and emotions*. USA: McGraw-Hill.
- Engels, F. (1988). *El Papel del Trabajo en la Transformación del Mono en Hombre*. México D. F., México: Quinto Sol.
- Eysenck, H. (1967). *The biological basis of personality*. Springfield: Thomas.
- Eysenck, H. (1979). *Experimentos en terapia de la conducta*. (2ª ed.) España: Orbis.
- Fadiman, J. y Frager, R. (1976). *Teorías de la personalidad*. México: Harla.
- Flack, W. & Jaid, J. (editors) (1998). *Emotions in Psychopathology*. USA: Oxford University Press.
- Forgus R y Shulman B (1979). *Personality: a cognitive view*. USA: Prentice-Hall

- Freud, S. (1939). *Psychopathology of Everyday Life*. Great Britain: Penguin Books Limited.
- Freud, S. (1970). *Psicología de las masas y análisis del yo*. México, D. F.: Iztaccihuatl S.A.
- Freud, S. (2000). *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Galperin, P. (1976). *Introducción a la Psicología, un Enfoque Dialéctico*. España: Pablo del Río.
- Galperin, P. (1992). Human Instincts. *Journal of East European Psychology*, 30, (4), 22-36.
- Galperin, P. (1992). Stage-by-Stage formation as a Method of Psychological Investigation. *Journal of East European Psychology*, 30, (4), 60-80.
- Galperin, P. (1992). The Problem of Activity in Soviet Psychology. *Journal of East European Psychology*, 30, (4), 37-59.
- Gonnet, J. (1997). *L'éducation et Médias*. Paris, Presses Universitaires de France.
- González M, Barrull E, Pons C y Marteles P (1998). ¿qué es la emoción? www.biopsychology.org/biopsicología/articulos/que_es_la_emocion.html.
Del 11/05/03 a las 12:15 p.m.
- González, D. (1995). *Teoría de la motivación y práctica profesional*. La Habana: Pueblo y Educación.
- González, F. (1990). *Psicología de la personalidad*. La Habana: Pueblo y Educación.

- González, F. (1996). L. S. Vygotsky: presencia y continuidad de su pensamiento en el centenario de su nacimiento. *Revista Psicología y Ciencia Social*, 1, (1), 19-38.
- González, F. (1997). *Epistemología cualitativa y subjetividad*. La Habana, Cuba: Pueblo y Educación.
- González, F. (1999). *Comunicación, Personalidad y Desarrollo*. La Habana, Cuba: Pueblo y Educación.
- González, F. (2002). *Sujeto y subjetividad*. México, D. F.: Thomson.
- González, F. y Mitjáns, A. (1999). *La personalidad su educación y desarrollo*. (3ª ed.) La Habana, Cuba: Pueblo y Educación.
- González, M. y Palacios, J. (1990). La zona de desarrollo próximo como tarea de construcción. *Infancia y Aprendizaje*, 51-52, 99-122.
- Gunnar, M. and Sroufe, A. (1988). *Self processes and development*. (vol. 23), USA: LEA.
- Haenen, J. (1992). Introduction: Piotr Galperin and the Content of Soviet Psychology, *Journal of East European Psychology*, 30, (4), 3-21.
- Huteau M (1989). *Las concepciones cognitivas de la personalidad*. España: Fundamentos.
- Illiasov I y Liaudis V (1986). *Antología de la psicología pedagógica y de las edades*. La Habana: Pueblo y Educación.
- Jung, C. (1989). *Memories, Dreams, Reflections*. USA New York: Vintage Editions.
- Kennedy-Moore, E. & Watson, J. (1999). *Expressing Emotion. Myths, Realities and Therapeutic Strategies*. USA: The Guilford Press.

- Khomskaia, E. (1997). The Neuropsychology of Individual Differences. *Journal of East European Psychology*, 35, (5), 22-34.
- Kulikova, I. S. (1988). Man as a Creative Individual. In *The Philosophical Conception of Man*. USSR, Moscow: Progress Publishers.
- Kosik, K. (1969) Dialéctica de lo concreto. México: Grijalbo.
- Lacasa, P. (1992). Pupitres y aceras: ¿alternativas para la educación?, *Infancia y Aprendizaje*, 59-60, 63-72.
- Leontiev, A. (1967). *El hombre y la cultura*. México; Grijalbo.
- Leontiev, A. (1978). *Actividad, Conciencia y Personalidad*. Argentina, Buenos Aires: Ediciones Ciencias del Hombre.
- Leontiev, D. A. (1989). Joint Activity, Communication, and Interaction (Toward Well-grounded "Pedagogy of Cooperation"), *Vestn. Vyssh. Shkoly*, 11, 39-45.
- Lewis, M. (1991). Self-knowledge and social influence. In Lewis, M. and Feinman, S. (editors) *Social influences and socialization in infancy*. New York: Plenum Press.
- Lézine, I. (1969). *Psychopédagogie du premier age*. (2^e ed.) Paris: Presses Universitaires de France.
- Liublinskaia, A. (1971). *Desarrollo psíquico del niño*. México; Grijalbo.
- London, Y. (1950). Theory of emotions in soviet dialectic psychology. In *Feelings and emotions*. Reymert, M. (editor, 1950) USA: McGraw-Hill.
- Luria, A. (1966). *El papel del lenguaje en el desarrollo de la conducta*. Argentina: Tekné
- Luria, A. (1984). *El Cerebro en Acción*. Barcelona, España: Martínez Roca.

- Luria, A. (1984). *Lenguaje y Comportamiento*. (3ª ed.) Madrid, España: Fundamentos.
- Luria, A. (1994). *Atención y Memoria*. México: Martínez Roca.
- Lyons, W. (1993). *Emoción*. Barcelona: Anthropos.
- Makarenko, A. (2001). *Conferencias sobre educación infantil*. (3ª ed.) México: Editores Mexicanos Unidos.
- Mancuso, J. (editor) (1970). *Readings for a theory of personality*. USA: Holt, Rinehart and Winston.
- Marcuse (1958). *Dialectic and its vicissitudes*. Moscow: Progress Publishers.
- Markus G. (1985). *Marxismo y Antropología*. México; Grijalbo.
- Martínez, A. y Ortiz, G. (2003). *Valores en los Estudiantes de la Facultad de Estudios Superiores Zaragoza, UNAM*. Conferencia dictada como parte del ciclo de actividades del área de Psicología Social de la FES Zaragoza, UNAM, México, D. F.
- Marx, M. y Hillix, W. (1963). *Sistemas y teorías psicológicas contemporáneos*. México: Paidós.
- Matthews (1997). *Cognitive science perspectives on personality and emotion*. Netherlands: North-Holland.
- Maturana, H. y Varela, F. (1993). *De máquinas y seres vivos*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Menchinskaia, N. (1973). Los problemas psicológicos de la actividad de la personalidad en la enseñanza. En Lliasov, I., Liaudis, V. (1986) *Antología de la Psicología Pedagógica y de las Edades*. La Habana, Cuba: Pueblo y Educación.

- Merani, A. (1968). *La dialéctica en psicología*. México: Grijalbo.
- Mikadze, I. (1997). A Neuropsychological Approach to Diagnosing Learning Ability, *Journal of East European Psychology*, 35, (5), 43-51.
- Miranda, A. (1998). *Epistemología de la Psicología*. México: FES Zaragoza, UNAM.
- Mustaca y Gandolfi (1995). El problema de la conducta normal. *Revista latinoamericana de psicología*, 27, (1), 88-108.
- Nadirashvili, Sh. (1986). Cuestiones psicológico-pedagógicas de la educación. En Lliasov, I., Liaudis, V. (1986) *Antología de la Psicología Pedagógica y de las Edades*. La Habana, Cuba: Pueblo y Educación.
- Nebylitzin, A. (1990). *Las propiedades fundamentales del sistema nervioso humano como base neurofisiológica de la personalidad*. (3ª ed.) La Habana, Cuba: Pueblo y Educación.
- Ortiz, M. (1993). Conocimiento social: Génesis y naturaleza de la representación de las figuras de apego. *Infancia y Aprendizaje*. 61, (2), 55-72.
- Ortiz, M., Etxebarria, I. et al. (1999). *Desarrollo afectivo y social*. Madrid: Pirámide.
- Orwell, G. (1971). *1984*. España: Salvat.
- Panofsky, C., John-Steiner, V., & Blackwell, P. (1993). Desarrollo de los conceptos científicos y discurso. En Moll, L. (Compilador) *Vygotsky y la Educación* (2ª ed.) Argentina: Aique.
- Papalia y Olds (1996). *Desarrollo humano*. México: Mc Graw Hill.
- Papalia, D. y Olds, S. (1977). *A child's world*. USA: Mc Graw Hill.
- Petrovsky, A. (1990). *Psychology in the Soviet Union, a historical outline*. Russia: Progress Publishers.

- Piaget, J. (1998). *Seis estudios de psicología*. México: Ariel.
- Poliakov, Iu. (1997). Clinical Psychology: Status and Problems. *Journal of East European Psychology*, 35, (5), 13-21.
- Quintanar, L. (2001). *Problemas teóricos y metodológicos de la rehabilitación neuropsicológica*. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- Quintanar, L. (Compilador) (2001). *La formación de las funciones psicológicas durante el desarrollo del niño*. México; Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- Reymert, M. and Khon, H (1970). *An objective investigation of Suggestibility. Character and Personality*. USA: Holt, Rinehart and Winston.
- Riviere, A. (1988). *La psicología de Vygotski*. (3ª ed.) Madrid: Aprendizaje Visor.
- Rodríguez, A. (1996). Vygotsky, el enfoque sociocultural y el estado actual de la investigación cognoscitiva. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 28, (3), 455-472.
- Rodríguez, A. (1999). El legado de Vygotsky y Piaget a la educación. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 31, (3), 447-489.
- Roguinski, Luria, Leontiev, Kosik, Agosti y Nachin (1969). *El hombre nuevo*. México: Martínez Roca.
- Rubinstein, S. (1974) El desarrollo de la psicología. Argentina: Grijalbo.
- Saint-Exupéry (de) A. (1970) *Le Petit Prince*. USA : Houghton Mifflin Company.
- Schaff, A y cols. (1967). *La concepción marxista del individuo*. México; Akal.
- Schaff, A. (1967). *Lenguaje y Conocimiento*. México: Grijalbo.
- Shuaré, M. (1990). *La psicología soviética tal como yo la veo*. URSS, Moscú: Progreso.

- Siegel D (1999). *The developing mind. Toward a neurobiology of interpersonal experience*. USA: Guilford Press.
- Skinner, B. et al (1961). *The validation of scientific theories*. USA: Collier Books.
- Smirnov, A. A., Rubinstein, S. L., Leontiev, A. N. & Tieplov B. M. (1997). *Psicología*. México, D. F: Grijalbo.
- Strogman, R. (1979). *La psicología de la emoción*. (2ª ed.) New York: John Wiley and Sons.
- Strogmant, S. (editor) (1991). *International review of studies on emotion* (vol. 1), England; John Wiley and Sons.
- Suchodolski, B. (1986). *Teoría marxista de la educación*. México: Grijalbo.
- Talízina, N. (1988). *Psicología de la enseñanza*. URSS, Moscú: Progreso.
- Talízina, N. (2002). *La teoría de la formación de las acciones mentales de P. Y. Galperin*. Conferencia dictada en el seminario internacional de psicología, Actualidad, aplicaciones y perspectivas de la teoría histórico-cultural; Puebla, México.
- Vygotski, L. (1979). *El desarrollo de los procesos psíquicos superiores*. Barcelona; España; Grijalbo.
- Vygotsky, L. (1995-6). *Obras escogidas*, Vol. 1, 3 y 4. España: Aprendizaje Visor.
- Vygotsky, L. (1999). *Pensamiento y lenguaje*. (2ª ed.) Cuba, La Habana: Pueblo y Educación.
- Wallon, H. (1951). La evolución dialéctica de la personalidad, artículo publicado como apéndice del libro *Psicología y pedagogía (las ideas pedagógicas de Henri Wallon)* de Merani, A. (1977) México: Grijalbo.
- Wallon, H. (1980). *Psicología del niño*. Madrid, España: Pablo del Río.

- Wallon, H. (1983). *La evolución psicológica del niño*. (4ª ed.) México: Grijalbo.
- Yákovlev, B. (1968). Lo social y lo humano en la conciencia moral. En *Problemas de actualidad. El marxismo acerca de la personalidad*. (1ª ed.) Moscú: Progreso.
- Zaporozhets, A. (1978). La importancia de los periodos tempranos de la infancia para lka formación de la personalidad infantil. En Lliasov, I., Liaudis, V. (1986) *Antología de la Psicología Pedagógica y de las Edades*. La Habana, Cuba: Pueblo y Educación.
- Zeigarnik, G. (1981). *Patopsicología*. España: Akal.